

Elementos 80

A black and white portrait of Samuel Huntington, an older man with glasses, wearing a suit and tie. The image is slightly pixelated and serves as the background for the text.

¿FIN DE LA HISTORIA
O DE LA CIVILIZACIÓN?
Huntington y Fukuyama (I)

Elementos

**Revista de Metapolítica para
una Civilización Europea**

Director:
Jesús J. Sebastián



Elementos N° 80

**¿FIN DE LA HISTORIA O
DE LA CIVILIZACIÓN?
HUNTINGTON Y FUKUYAMA
(Vol. I)**

Dirección electrónica

**[http://elementosdemetapolitica.
blogspot.com.es/](http://elementosdemetapolitica.blogspot.com.es/)**

Correo electrónico

sebastianjllorenz@gmail.com

Sumario

El Nuevo Orden Mundial: entre Fukuyama y
Huntington, por *José Javier Esparza*, 3

De Fukuyama a Huntington o la legitimación del
etnocidio, por *Carlos Caballero*, 8

En torno a Samuel Huntington: algunas
consideraciones sobre el Choque de
Civilizaciones, por *Fernando Cacho Canales y Jorge
Riquelme Rivera*, 13

Una crítica político-antropológica al «choque de
civilizaciones» de Samuel P. Huntington,
por *Anna Quintanas*, 23

Crítica al Choque de Civilizaciones de
Huntington, por *Alejandro Uribarri*, 33

Sam Huntington, por *Rodolfo A. Díaz*, 37

Samuel Huntington, el penúltimo profeta,
por *Antonio Golmar*, 44

La teoría democrática de Huntington,
por *Roberto García Jurado*, 55

La dinámica de la civilización occidental:
Huntington a debate,
por *Raimundo Otero Enríquez*, 66

Por qué se equivoca Huntington,
por *Ulrich Beck*, 73

Samuel Huntington, ¿el Spengler americano?,
por *Carlos Martínez-Cava*, 75

La guerra de civilizaciones: plan para extender la
hegemonía estadounidense,
por *Thierry Meyssan*, 79

¿Choque de civilizaciones? Una revisión crítica de
la teoría de Samuel Huntington,
por *Joan Manuel Cabezas*, 84

Samuel P. Huntington: un intelectual
pragmático del “sueño americano”,
por *María Luisa Parraguez Kobek*, 93



El Nuevo Orden Mundial: entre Fukuyama y Huntington

El capitalismo se atribuyó esa victoria y al día siguiente de la caída del Telón de Acero declara su intención de crear un Nuevo Orden del Mundo. Hemos llegado, por fin, al momento cumbre soñado por Kant y que nunca había dejado de estar ausente del programa ideológico de la modernidad. Los estalinistas rusos empiezan a ser llamados “conservadores”; la vieja URSS empieza a ser definida como el último imperio -¿no huele a Kant? Y ahora, muerto el último imperio, la humanidad puede caminar hacia el Estado Mundial con un líder indiscutido: los Estados Unidos.

JOSÉ JAVIER ESPARZA

El Fin de la Historia

En esa tesitura, aparece un nuevo referente intelectual que va a tratar de dar cuenta de la situación en un tono declaradamente apologético: el ensayo de Francis Fukuyama sobre El Fin de la Historia. A pesar de lo mucho que se ha escrito y hablado sobre este hombre y su tesis, no parece que se haya entendido demasiado bien lo que quería decir: ¿Que la Historia se termina? ¿Es el apocalipsis? Pero no, no se trata de eso. Fukuyama no está diciendo ninguna estupidez. Y lo entenderemos mejor si vemos que lo que Fukuyama llama “Fin de la Historia” equivale a lo que Kant llamaba “Estado Mundial”. Seguimos moviéndonos en la lógica de la Ilustración, de la visión cosmopolita de la Historia, de la Historia entendida como un movimiento guiado por un finalismo moral.

Kant había dado a la Historia una dirección determinada y concreta: la consecución de una unificación universal bajo los valores de la modernidad, cuyo eje es la razón universal y la emancipación individual (en términos actuales: democracia liberal y capitalismo mundial). En esa misma lógica, Hegel considera que la Historia es una lucha por conseguir esa emancipación universal, identificada con el triunfo de la Razón Ilustrada, la razón universal, en todo el globo; por consiguiente, cuando la Razón Ilustrada se imponga, cuando ya no haya enemigos, el mundo nacerá a un nuevo orden y

la Historia habrá terminado. Lo que Fukuyama hace es bucear en la ideología moderna, actualizar los planteamientos de Kant y Hegel y aplicarlos a la situación contemporánea. Y Fukuyama, con toda lógica, llega a la conclusión de que ese Fin de la Historia se ha producido ya, desde el momento en que nadie parece que vaya a detener el triunfo de la Modernidad, justamente identificada con la victoria del libre mercado, las democracias liberales y la hegemonía de los Estados Unidos. El Fin de la Historia no significa otra cosa: los últimos imperios, los últimos obstáculos para la victoria de la ideología moderna han desaparecido. Por consiguiente, el sueño de Kant y Hegel se ha realizado ya.

Conviene entender la tesis de Fukuyama como lo que es: un discurso de legitimación del nuevo status quo internacional, del mismo modo que los discursos de Kant y Hegel eran legitimaciones de las revoluciones burguesas. Y podrá sonarnos más o menos extraño, pero la verdad es que los mismos que gobiernan el mundo, los miembros de esas instituciones que hemos mencionado al principio de esta exposición, comparten el análisis de Fukuyama y creen, como él, que hemos llegado al mejor mundo posible, y que toda oposición a este estado de cosas debe ser ahogada antes de que nazca. La casta dirigente del planeta vive, mentalmente, espiritualmente, en el Fin de la Historia y en el Estado Mundial.

De este modo se van dibujando los contornos de un programa: el de la aplicación práctica del Nuevo Orden Mundial (NOM), una aplicación que debe ejecutarse ya, puesto que el último gran enemigo ha sido vencido. Y una mera ojeada a los distintos aspectos de nuestra vida colectiva nos permitirá ver cómo el programa del NOM empieza ya a aplicarse en todos los terrenos. El NOM, evidentemente, lleva ya muchos años aplicándose en el campo económico, que es siempre la vanguardia de la ideología ilustrada. ¿Cómo se está aplicando? Siguiendo religiosamente las recomendaciones del FMI y el Banco Mundial. Unas recomendaciones que ahora se extienden por primera vez a la China continental y a los viejos países del Este de Europa. Se trata de implantar en todas partes la libre circulación de mercancías y, sobre todo, de capitales: ese es el dogma de fe del NOM. Las Conferencias Internacionales sirven para dar orientaciones, armonizar, coordinar las políticas económicas de todos los países y siempre, siempre, advertir a los Gobiernos que es inútil oponerse a “la naturaleza libre del dinero”. Por lo demás, la partición en “zonas de producción” instaurada en 194, sigue manteniéndose: a pesar del fracaso del sistema, patente en las hambrunas y las catástrofes que están asolando África y Asia en los últimos decenios, el NOM insiste en que ése es el único sistema posible, y si el hombre no se adapta al sistema, el hombre tendrá que desaparecer, como dijo, refiriéndose a África, el sociólogo Daniel Bell. Es lo mismo de la conferencia de El Cairo: si los hombres no respetan las cifras previstas por el sistema, reduzcamos la cifra de hombres: nada de variar los cálculos del sistema. En esa espantosa pretensión, disfrazada de filantropía moral, descubrimos el verdadero rostro del NOM: la ambición de someter la vida humana, la vida de los pueblos, a las exigencias de la civilización técnica; agarrar a la vida por el cuello y golpearla hasta que entre en los márgenes de un cuaderno de cálculo. Es la mayor opresión que jamás ha vivido el espíritu humano.

Al servicio de esa aspiración titánica, en la terminología de Jünger, se despliega toda la política del NOM. Porque el NOM se está aplicando ya en el terreno político. ¿Cómo? Mediante la coalición internacional frente a los

hipotéticos enemigos del Estado Mundial, aquéllos que por razones religiosas, políticas o intelectuales quieren mantener una cierta preferencia nacional o, simplemente, rehúsan someterse a los criterios económicos y culturales de una civilización mundial. El mejor ejemplo es el del Islam. Toda potencia islámica se ha convertido en un enemigo declarado del Estado Mundial, del NOM. Y el caso más claro no es el de Irak, sino el de Argelia. Uno de los criterios básicos del NOM es la implantación de democracias liberales en todos los países, sea cual fuere su estructura social o cultural. Recordemos que, en la óptica ilustrada, democracia liberal equivale a política moral. Pero en Argelia, un partido político opuesto al NOM, el Frente Islámico de Salvación, ganó limpiamente unas elecciones. Y el NOM patrocinó, con un vergonzoso consenso internacional, un golpe de Estado contra los nuevos gobernantes de Argelia. Los miembros del FIS fueron apartados del poder, perseguidos, encarcelados e incluso ejecutados. ¿Por qué? Porque no querían el NOM. Ni una sola voz oficial del resto del mundo se alzó contra ese atropello. Tanto derechas como izquierdas, de acuerdo en mantener este orden internacional y los valores que lo sustentan, saludaron la intervención militar auspiciada por los gobiernos occidentales. Y ahora nos escandalizamos, horrorizamos, porque determinados grupúsculos fundamentalistas andan por ahí en plena locura, degollando extranjeros. El terror, sí, engendra terror, y el de la Argelia de los años 90 ha alcanzado cumbres espantosas. Pero ese terror no lo comenzaron ellos: lo comenzó el NOM.

Para legitimar ese injustificable estado de cosas, el NOM goza de un arma mucho más poderosa que la bomba atómica: los medios de comunicación, y especialmente la televisión internacional. La televisión bombardea todos los días a todos los hombres del mundo, sean cuales fueren sus culturas de origen, sus creencias y sus tradiciones, con los mismos mensajes. “Todos los hombres poseen la misma aspiración natural”, decía Kant. Eso no es verdad. Pero sí es verdad que la televisión implanta en todo el mundo las mismas aspiraciones: el lujo, el consumo, el placer de una existencia hedonista... Series como “Dallas”

o “Falcon Crest” no se emiten sólo en el espacio occidental: llenan también las pantallas en Kenia o el Senegal. Y esas series son mucho más eficaces que unos informativos, porque, a través de esos productos, se va construyendo una universalización de las formas de vida que constituye, de hecho, la mayor empresa de colonización espiritual jamás emprendida por potencia alguna. Así se extienden de modo uniforme unas amplias expectativas que contribuyen a consolidar un determinado sistema social y económico. La gente ve ahí, en la pantalla, que puede ser feliz; se lo cree y comienza a imitar los comportamientos que la pantalla le muestra; después, tras la adopción de las pautas de conducta, se imponen también los valores, unos valores ajenos a los del individuo en cuestión. Es lo que Iring Fetscher ha llamado “democratización de la satisfacción”: todos deben asumir como propia la opulencia del sistema.

Evidentemente, la realidad frustra una y otra vez esas expectativas, especialmente en los países pobres. Sin embargo, los mensajes de la comunicación mundial de masas no responsabilizarán de esa frustración al sistema que la ha engendrado, sino que dirigirán sus críticas al pasado, a la barbarie, a las tradiciones, que se convierten en obstáculos para que el ciudadano de Mauritania llegue a ser como J.R. Ewing. Así se cierra el círculo. El recurso a la tradición, a la identidad, queda proscrito. El hombre ya no sabe a dónde mirar... Y se contenta con lo que tiene: la televisión, pero también lo que hay dentro de ella, ese mundo que la televisión le muestra y que se convierte en el mundo ideal.

Entramos así en un tercer aspecto del NOM: el ideológico, lo que podríamos llamar la Bomba “I”, que es peor que la Bomba “H”. Ningún sistema puede mantenerse en el poder si no tiene una visión del mundo, un discurso, un relato, un conjunto de ideas que lo muestre como el sistema más indicado. Del mismo modo, el sistema moderno, el NOM, ofrece un relato legitimador a sus súbditos; ese relato es, en distintos niveles, el de la ilustración, y lo podríamos reducir a los siguientes tópicos:

1- El hombre es igual en todas partes y en todas partes tiene las mismas aspiraciones; esas

aspiraciones son, fundamentalmente, económicas. Por tanto, el orden natural del mundo será el de un Estado Mundial construido sobre criterios económicos.

2- Esa igualdad radical se ve obstaculizada por las culturas autóctonas, los valores y las creencias heredadas, siempre y cuando sean ajenas o irreductibles al cuadro de valores de la modernidad. Por consiguiente, es legítimo eliminar esas barreras.

3- Dado que la igualdad es universal y moral, todo obstáculo político o de otro tipo debe ser desarraigado. Así, por ejemplo, queda condenado el nacionalismo como delito mayor de nuestro tiempo.

4- La historia es un proceso de carácter finalista, con un sentido determinado, y ese sentido es el de construir un mundo homogéneo, la convergencia de todos los pueblos y todas las culturas en el modelo occidental. Quien se oponga a eso, se opone a la marcha de la Historia.

Podríamos añadir otros desarrollos, pero estos son, grosso modo, los dogmas fundamentales del NOM. Centenares de escritores, profesores e intelectuales, apoyados por fundaciones privadas o centros oficiales y publicitados por los medios de comunicación, construyen y divulgan día a día esta ideología, con el objetivo de que todos los hombres la asuman como propia. Y quien no rubrique sus presupuestos, queda marginado, condenado como “peligroso” o “fascista”. Esta es la fe de nuestro tiempo.

¿Y cómo nos afecta todo esto? Está claro. En esta tesitura, está claro el papel que el NOM nos tiene reservado: va a desaparecer nuestra identidad cultural, va a desaparecer nuestra soberanía política y va a desaparecer nuestra independencia económica. Mirémonos: los españoles somos españoles, somos europeos y somos hispanoamericanos. Pero Europa se está convirtiendo en el esclavo predilecto del NOM, Hispanoamérica se convierte poco a poco en un mercado seguro para la finanza internacional y España misma empieza a dejar de existir para abandonarse a la dulce extinción de su ser en el magma blando e inodoro del NOM. Si no reaccionamos, nuestra suerte está echada.

La zozobra: la tesis de Huntington.

¿Todo está perdido? No. Al menos, no todavía. El NOM se está construyendo a pasos agigantados, pero hay muchos obstáculos. Y, del mismo modo que le ocurrió al comunismo, el principal obstáculo que encuentra el NOM no es un poder extranjero, sino sus propios fundamentos, sus propios cimientos ideológicos, que chocan frontalmente contra la realidad. La ideología ilustrada -aquella de Kant- nos dice que el mundo es homogéneo, que la razón es universal y que las aspiraciones de los hombres son las mismas en todas partes. Pero, ¿y si eso no fuera verdad? En ese caso, todo el aparato filosófico del NOM caería por su propio peso. El NOM dejaría de ser verdad. Si las culturas fueran elementos irreductibles, si realmente en ellas se contiene una visión del mundo -y por tanto una visión del orden económico y político-, las culturas se convertirían en obstáculos imposibles de vencer, porque dejaría de ser evidente que el destino natural del globo es la convergencia en el modelo de la modernidad occidental. Pues bien: eso es lo que está pasando ahora: que todo eso ha dejado de ser evidente.

Ya hemos hablado anteriormente de un notable intelectual de la Universidad norteamericana, Samuel Huntington, que ha expuesto todo este problema en un ensayo que es una especie de anti-Fukuyama. Ese ensayo se llama “¿Choque de civilizaciones?” y su tesis es la siguiente: el mundo no camina hacia la unificación, sino que las civilizaciones, producto de culturas en muchos casos milenarias, van a terminar eligiendo sus propias vías de desarrollo, al margen del modelo occidental. Huntington evalúa los datos económicos y políticos, y concluye que es inevitable la partición del mundo en grandes zonas caracterizadas por compartir una misma civilización. Esas zonas -las repetimos- son las siguientes: Occidente (que para Huntington abarca desde los Estados Unidos hasta la Europa de la UE, pasando por Australia), el mundo eslavo (Rusia y su cinturón centroeuropeo), el área confuciana (liderada por China), el Japón, la India, el Islam, el África Negra y el espacio Iberoamericano.

Podemos pensar que esta partición es discutible: por razones históricas, culturales y políticas, España está más cerca de Rumanía y de la Argentina que del Canadá. No obstante, y sin perjuicio de que esta cuestión pueda ser debatida posteriormente, creo que hay que valorar el ensayo de Huntington en sus justos términos: por primera vez, uno de los laboratorios del NOM reconoce que el sueño de la convergencia universal es imposible, que las civilizaciones (las culturas) son más fuertes que las economías y, por tanto, que la verdad del NOM ha dejado de ser verdad.

Insisto: quien dice esto no es un “tercerista” o un no-alineado, sino una Universidad que funciona como laboratorio del NOM. De hecho, en los Estados Unidos y en Gran Bretaña la polémica ha sido notable. Vale la pena citar, a título de ejemplo, la agria respuesta que el sociólogo Daniel Bell ha dispensado a Huntington: el choque de civilizaciones es imposible -dice Bell-, porque la economía, la política y la cultura responden a lógicas diferentes. Es el viejo discurso ilustrado. Ahora bien: lo que está en cuestión es precisamente esa “diferencia de lógicas”, y está en cuestión porque nadie ha conseguido demostrar jamás que eso que dice Bell sea verdad. Más bien al contrario: cuanto más avanza la sociología, más patente queda que cultura, economía y política no son lógicas diferentes, sino que unas se conectan con otras jerárquicamente, tal y como hemos expuesto aquí utilizando el modelo de la Teoría General de Sistemas. A una cultura determinada -esto es, a una forma determinada de entender la realidad-, le corresponde una forma concreta de organizarla, o sea, una política, y a esta política particular -que viene configurada por una cultura particular- le corresponde una economía particular. A una cultura como la occidental, que a partir del siglo XVII -y aún antes- consagró el individualismo y el esfuerzo técnico, le corresponde necesariamente una política burguesa, y de esa política burguesa se deduce por fuerza una economía que es el libre mercado. A una cultura como la islámica, que es comunitaria y tradicionalista, le corresponde una política definida en términos de religión, y por tanto, una economía donde el bienestar

individual no tiene el mismo valor que aquí, en el occidente burgués.

Ya desde los años cincuenta, algunos economistas de la Unesco (como Perroux, Partant o Grjebine) habían advertido que el modelo impuesto en Bretton Woods era absurdo, porque, por así decirlo, expandía un aire que no servía para todos los pulmones. Y estos economistas proponían aplicar un modelo de desarrollo autocentrado: dividir el mundo en grandes zonas de producción y consumo que mantuvieran la soberanía sobre sus propias economías, grandes espacios autárquicos definidos, precisamente, en función de criterios culturales. El África negra podría constituir uno de esos espacios; el Magreb, otro; Europa, otro, etcétera. Lo que era evidente a ojos de todos es que el modelo de desarrollo mundial único era insostenible, porque estaba llevando al mundo pobre a la ruina. Axelle Kabou, escribió un libro importantísimo titulado ¿Y si África rechazara el desarrollo? Lo que esta señorita proponía era algo tan simple y tan de sentido común como lo siguiente: dejadnos encontrar nuestra propia vía para el desarrollo económico; dejadnos que seamos nosotros quienes juzguemos en qué consiste el desarrollo, cómo hemos de entenderlo y qué medios hemos de utilizar para conseguirlo ... que una cultura, un arraigo, una identidad, siempre es más fuerte que una Balanza de Pagos.

¿Os acordáis de Carl Schmitt? El había dicho que la fase Dualista del Nomos de la Tierra terminaría llevando a una fase Pluralista. Schmitt, ya lo veis, nunca hablaba a humo de pajas. Lo que estamos viendo en el análisis de Huntington es el surgimiento de lo mismo que intuía Schmitt: no el nuevo Monismo de Fukuyama, sino otra cosa completamente distinta. El mundo es plural, y la realidad del mundo, la pluralidad, es más poderosa que el proyecto técnico, la utopía técnica y económica del cosmopolitismo moderno. Las identidades culturales, las raíces, los arraigos pugnan por detener la utópica imaginación del NOM. Mientras haya pueblos conscientes de serlo, no habrá Nuevo Orden del Mundo, porque no será posible el Estado Mundial.

En estas condiciones, se dibujan dos campos con toda nitidez. Por una parte, el

cosmopolitismo del NOM: los que creen que el mundo debe ser sólo uno, que ese único mundo ha de estar regido por los criterios del capitalismo financiero, que las culturas, las tradiciones y las raíces son negativas, obstáculos que hay que eliminar por la fuerza si es preciso. En el campo opuesto, los partidarios de la Identidad: aquellos que creen -que creemos- que el mundo es plural y que ésa es su riqueza; que no se puede obligar a todos los pueblos, sea cual fuere su metabolismo espiritual, a marchar al mismo paso; que cada cual debe elegir la vía que le resulte más propia; que las culturas, las raíces y las tradiciones son no sólo positivas, sino necesarias, porque ellas constituyen lo que nos hace específicamente humanos, lo que define nuestra forma de estar en el mundo.

Para quienes interpretamos el NOM como un monstruoso intento de arrasar el mundo y entregarlo a una civilización sin alma, a la civilización técnica; para quienes queremos seguir siendo lo que somos, el combate de hoy se plantea en esos términos. Es un combate nuevo donde muchas viejas fronteras -por ejemplo, la frontera entre derecha e izquierda- se deshacen. Ahora las apuestas son otras. En lo político, la apuesta consiste en defender la soberanía de nuestras naciones, y en eso pueden coincidir una cierta derecha, una cierta izquierda y aquellos que jamás se han sentido ni de izquierdas ni de derechas. En lo intelectual, la apuesta consistirá en defender el pluralismo del mundo y la identidad de las culturas, y en eso pueden coincidir los viejos náufragos de un cierto socialismo, los restos dormidos de un cierto conservadurismo y los nuevos intelectuales que fundamentan su reflexión en la crítica de la civilización técnica, en la senda de Ortega, Jünger o Heidegger.

Gane quien gane en esta guerra, nadie puede permanecer indiferente. Estamos ante el combate decisivo de nuestro tiempo. Porque lo que nos estamos jugando es el aspecto que ofrecerá el mundo dentro de veinte años, el mundo en que vivirán nuestros hijos. Hace más de medio siglo, Oswald Spengler escribió: "Ahí están los dados del terrible juego. ¿Quién se atreve a echarlos?". Hay que atreverse.

© Extractado de *Curso General de Disidencia*, 1997.



De Fukuyama a Huntington o la legitimación del etnocidio

En un cómico alarde de triunfalismo, Francis Fukuyama se atrevió a asegurar que esa victoria significaba, ni más ni menos, que el "final de la Historia". El artículo que hizo famosa su tesis aún contenía una dosis de duda, expresada en forma de signos de interrogación ("¿El Final de la Historia?", *The National Interest*, verano de 1989). Sin embargo, algunos meses después Fukuyama suprimía los interrogantes y lo daba por un hecho consumado e irreversible: su libro *The End of History and the last man* aparecía en 1992 (1).

CARLOS CABALLERO

Visto desde la perspectiva que nos dan un puñado de años, resulta patético que tan pobre argumentación como la sostenida por Fukuyama (tanto en su famoso artículo como en el libro) dieran lugar a tanto revuelo: debates, seminarios, numerosísimos artículos de prensa, etc. El paso de sólo unos pocos años ha arrinconado las tesis de Fukuyama en el basurero intelectual de nuestra Historia Contemporánea.

Lo único que a mí me llamó la atención de la figura de Fukuyama y de sus tesis es que nadie parecía prestar ni el más mínimo interés a la más que reveladora biografía del personaje. Sí, se nos dijo que pertenecía a la Oficina de Planificación Política del Departamento de Estado norteamericano. Ya era un dato elocuente, porque nos daba el perfil de nuestro personaje como un "intelectual a sueldo" y no de cualquier institución académica, sino del todopoderoso Departamento de Estado de la mayor superpotencia mundial. No cabía imaginar que estas tesis surgieran "porque sí", como fruto de una elaboración intelectual autónoma, sino dentro de un contexto de búsqueda de argumentaciones legitimadoras, elaboradas específicamente para servir a los objetivos de la potencia hegemónica mundial, los EE.UU.

LA Rand Corporation

Pero antes de trabajar para el Departamento de Estado, Fukuyama había sido

un "analista" en la plantilla de la Rand Corporation. Y después del renombre que le dio su artículo volvió a la Rand Corporation como "asesor residente". ¿Qué es esta organización? La Rand Corporation, pese a que su nombre pueda sugerirnos que es una empresa industrial o comercial, "fue creada en 1946 por las Fuerzas Aéreas de los EE.UU. para dar continuidad a la colaboración entre científicos universitarios y jefes militares, iniciada durante la Segunda Guerra Mundial" (2).

Durante sus primeros años de andadura la Rand Corporation se centró en la realización de estudios típicamente "ingenieriles", es decir, estudios sobre la viabilidad práctica y los costes de producción de complicados artilugios aeroespaciales y armamentos term nucleares que a la sazón eran la obsesión de los estrategas norteamericanos, apasionados por la "high-tech". Pero desde principios de los años 60 "la Rand se encargó de aplicar sus conocimientos en materia de análisis de sistemas al estudio de la contrainsurgencia y la guerra limitada" (3). A partir de entonces la Rand ha ido evolucionando hasta transformarse en un genuino *brain trust* con especialistas dedicados a todos los ámbitos de la Defensa, incluyendo en sus plantillas a sociólogos, antropólogos, historiadores y —por lo que se ve— hasta aprendices de filósofo. Entre las obras publicadas por la Rand uno puede encontrarse desde un manual de antropología cultural a un estudio histórico sobre las causas de la derrota de la Wehrmacht en Rusia,

pasando por un análisis de costes de producción en sistemas de radares. Y también el libro *El Final de la Historia* que, como ingenuamente reconoce Fukuyama en el capítulo de "Agradecimientos", fue posible gracias al apoyo prestado por la Rand Corporation. Tan sugestivo organismo es financiado por órganos estatales norteamericanos (por ejemplo, las Fuerzas Aéreas) y por las grandes empresas norteamericanas. La Rand Corporation no es un caso aislado. Decenas de instituciones similares, vinculadas en muchos casos a prestigiosas Universidades, trabajan en multiplicidad de áreas al servicio de los intereses del "complejo militar-industrial" norteamericano. Y aprovecho la ocasión para señalar y recordar que la expresión de "complejo militar-industrial" no se debe a ningún visionario marxista del Tercer Mundo, ni a ningún propagandista a sueldo del Kremlin, sino al mismísimo Dwight *Ike* Eisenhower, ex-Comandante en Jefe de las Fuerzas Aliadas en Europa Occidental durante la Segunda Guerra Mundial y ex-Presidente de los Estados Unidos de Norteamérica.

En opinión de Michael T. Klare, la Rand Corporation y la miríada de instituciones afines que existen en EE.UU. son una rama más de su poderío militar: *"este cuerpo de personal científico y técnico sin uniforme militar forma el Cuarto Ejército de la nación"*.

Teniendo en cuenta esta biografía intelectual, resulta sorprendente que alguien se tomara en serio los dislates de Fukuyama. Eran lo que eran: ideología elaborada a las órdenes del Pentágono y de las más potentes Empresas Transnacionales de capital norteamericano. Además, el final de la historia había sido ya anunciado por mentes bastante más preclaras que las de Fukuyama, incluyendo las de Hegel y Marx, sin que hasta ahora la Historia haya hecho el menor esfuerzo por cumplir tan brillantes vaticinios. En realidad, la obsesión por alcanzar el final de la Historia es una constante desde que la tradición judeo-cristiana impuso en Occidente su visión lineal y teleológica de la Historia.

Las tesis de Fukuyama cayeron rápidamente en un justo olvido. Pero lo más revelador es

que quienes primero apoyaron este *nuevo paradigma* perdieron muy pronto interés por él. Resumiéndolo en su forma mínima, el argumento de Fukuyama era que la victoria de la democracia liberal y el capitalismo era ya un hecho incuestionable e irreversible. Los conflictos que el mundo pudiera seguir contemplando en los años venideros ya no serían más que patéticas escaramuzas entre las fuerzas que encarnaban antiguos valores, en fase de descomposición, y la imparable fuerza que encarnaba la *posthistoria*.

Era un planteamiento netamente *"desmovilizador"*. Cualquier estudioso aficionado de estrategia sabe que hay dos formas absolutamente seguras de perder en una guerra: darla por perdida de antemano y *darla por ganada de antemano*.

Si la victoria ya se había producido, si su consolidación era absolutamente inevitable, ¿para qué mantener en pie el gigantesco complejo militar-industrial norteamericano? Ahora que ya hemos vencido —podrían pensar los norteamericanos de a pie— sólo nos queda como tarea importante en este mundo encontrar un rato para jugar al golf o sentarnos con una montaña de botes de cerveza ante una transmisión televisiva de la NBA.

Las ideas de Fukuyama se convertían así en objetivamente peligrosas para mantener movilizado y en tensión el cuerpo de la sociedad norteamericana. Hacía falta un nuevo paradigma. Y aquí entra en escena Samuel P. Huntington. Este intelectual es el Director del Instituto John M. Olín. Un dato en absoluto irrelevante al respecto es que la Conferencia que inspiró el tristemente famoso artículo *¿El fin de la historia?* de Fukuyama fue pronunciada precisamente en este Instituto Olín. Dicho de otra manera, el Instituto Olín forma parte del complejo entramado de instituciones académicas o para-académicas al servicio directo del complejo militar-industrial norteamericano.

Civilización como poder

Las tesis de Huntington son relativamente bien conocidas y se resumen en la afirmación de que el próximo siglo XXI será el del *"choque entre civilizaciones"*. Huntington diseña un mundo

compuesto por ocho grandes civilizaciones, a saber, la occidental o euro-norteamericana, la europeo-oriental o eslava, la islámica, la confuciana, la budista, la japonesa, la latinoamericana y la africana. Estas ocho grandes civilizaciones actuarían a manera de gigantescas "placas tectónicas" que chocaran entre sí, dando lugar a una serie de conflictos que constituirían la esencia del próximo siglo.

A la teoría del señor Huntington se le podrían oponer un sinnúmero de consideraciones. Para empezar, las civilizaciones en que divide a la Humanidad son bastante caprichosas y resultan más inteligibles para un conocedor de los objetivos estratégicos norteamericanos que para un sesudo especialista en Historia de las Culturas. Por ejemplo, llama la atención que se individualice como una de las grandes ocho civilizaciones del mundo a la japonesa, rechazando el incluirla en la confuciana o en la budista, lo que sería mucho más lógico desde el punto de vista de la Historia Cultural. La razón para esto no es otra que la percepción de Japón como gran amenaza para los EE.UU. En un artículo titulado "Los nuevos intereses estratégicos de EE.UU." (4), Huntington escribía que uno de los objetivos primordiales de los EE.UU. era "mantener a EE.UU. como primera potencia mundial, lo que en la próxima década significa hacer frente al desafío económico japonés (...) EE.UU. está obsesionado con Japón por las mismas razones que una vez estuvo obsesionado con la Unión Soviética: ve a aquel país como una gran amenaza para su primacía en un campo crucial del poder (...) La preocupación ya no es la vulnerabilidad de los misiles, sino la vulnerabilidad de los semiconductores (...) Los estudios se centran en cifras comparativas de EE.UU. y Japón en crecimiento económico, productividad, exportaciones de alta tecnología, ahorro, inversiones, patentes, investigación y desarrollo. Aquí es donde reside la amenaza al predominio norteamericano y donde sus gentes lo perciben".

Sólo a partir de esta percepción estratégica del peligro japonés cabe individualizar a Japón como una cultura individual entre las ocho grandes civilizaciones del mundo.

Pero lo realmente importante es otra cosa. Es la respuesta a la pregunta: ¿Qué quiere justificar Huntington con su teoría? No hace falta ser un genio para intuirlo. La hegemonía norteamericana a nivel planetario no va a dejar de ser contestada en múltiples rincones del mundo. Aunque los europeos occidentales se hayan conformado con convertirse en un apéndice transatlántico del *american way of life* y se encuentren sumamente a gusto en su papel de "compañeros de viaje" de Washington, no parece creíble que el resto del mundo vaya a seguir esa senda. Por mucho que el *rock* se escuche en Beijing y en Maputo, por mucho que el sueño de un niño de Rabat o de Yakarta sea ir a *Disneyworld*, no dejan de existir las contradicciones más sangrantes en el orden político y económico mundial. Un orden diseñado y mantenido para beneficiar a los EE.UU. y sus protegidos de Europa Occidental.

Conflictos van a surgir y eso es inevitable. ¿Cómo justificar la continua intervención del poderío político, económico y militar de los Estados Unidos para mantener el *statu quo*? El *Imperio del Mal* con sede moscovita se ha hundido y ya no cabe atribuir al oro de Moscú las "amenazas" que surgían en Nicaragua, en Somalia o en Indonesia. Hay que ofrecer una nueva explicación que tenga el suficiente empaque ideológico para el mantenimiento de las mayores Fuerzas Armadas del mundo, alimentadas por una industria de estructura totalmente belicista, sobre las que se basa todo el tejido social norteamericano. Y no hay explicación mejor que la de Huntington. Las civilizaciones están ahí, van a chocar inevitablemente, y debemos estar preparados para ello, sostiene Huntington. Podemos lamentarlo —argüirán Huntington y sus secuaces— pero ello no evitará que las grandes culturas estén condenadas a enfrentarse. Y en todo enfrentamiento debe haber un vencedor. Nos podemos imaginar cual desearía Huntington que fuese.

Uno se pregunta porqué extraña razón el pensamiento estratégico norteamericano no había caído hasta ahora en la cuenta de la existencia de grandes conjuntos culturales, de grandes civilizaciones, en la vida de la

Humanidad. La existencia del sandinismo o el conflicto árabe-israelita podrían haber sido explicados de manera satisfactoria con este paradigma desde hace varios decenios. Pero entonces hubiera sido poco conveniente. Si en el *fedayin* palestino sólo se hubiera visto a un enemigo de los sionistas, el público norteamericano podría haberse dado por no preocupado; era mucho más rentable políticamente presentarlo como un pelele de Moscú. Lo mismo cabe decir del guerrillero sandinista o del iraní Dr. Mossadegh.

Pero Moscú ya no sirve de excusa. El comunismo ya no es creíble como amenaza porque salvo cuatro nostálgicos irreconvertibles nadie con dos dedos de frente se atrevería a reivindicar el comunismo soviético. Debe dibujarse una nueva amenaza, un nuevo peligro, en este caso la inevitabilidad de un choque a nivel planetario entre grandes civilizaciones, en el que Occidente (el Occidente del *Monoteísmo del Mercado*) debe vencer, porque de lo contrario será aplastado.

El nuevo paradigma de Huntington, en resumen, cumple un papel fácilmente identificable en la estrategia norteamericana por mantenerse en la situación hegemónica mundial de la que disfruta.

Bajo este paradigma "culturalista" se esconde, apenas agazapado, el objetivo sempiterno de la política exterior norteamericana: mantener la hegemonía económica de los EE.UU. Veamos un ejemplo: en una de las últimas entrevistas concedidas por Huntington a la prensa española, el titular, muy elocuente, decía: "La amenaza viene de China". Este es un fragmento:

"—¿Cuál es la principal amenaza del siglo XXI?

—El mayor peligro de desestabilización se encuentra en Asia. La amenaza viene de China, que es cada vez más agresiva. Su política causa gran preocupación entre las naciones vecinas. No hay que perder de vista sus movimientos militares en el mar del Sur de la China.

—¿De dónde le viene esa agresividad?

—China es el país más poblado del mundo y, en volumen económico, se sitúa en el tercer puesto, pero en el año 2000 su economía habrá avanzado al segundo

lugar del mundo. Históricamente ha tenido una enorme influencia en el sureste asiático pero, desde mediados del siglo pasado, se ha visto humillada por Occidente. Es natural que ahora trate de recuperar el poderío y la influencia que tuvo durante milenios" (5).

En este fragmento queda bien de manifiesto que no se trata de que la cultura china amenace a la occidental (ni a la islámica, ni a la latinoamericana...), sino que el interés de China por ocupar un lugar en el escenario internacional acorde a su peso demográfico, a su pasado histórico y a su potencial económico constituye una amenaza a los intereses económico-estratégicos de los EE.UU. No hay un choque de civilizaciones, sino un choque de intereses. Pero desde que el mundo es mundo los choques de intereses suelen ser camuflados bajo hermosos discursos ideológicos. Y desde que el mundo de la Ilustración empezó a formular una serie de Leyes universales que regían los distintos aspectos de la vida y de la historia, estas leyes se han convertido en poderosos argumentos justificatorios. La pobreza y la miseria de las masas no eran fruto de injusticias económicas corregibles, ya que la economía se regía por Leyes Económicas objetivas y de no ser observadas éstas, el mundo económico iría hacia el Caos. Tratar de subvertir el capitalismo era ir contra las leyes económicas fundamentales.

De la misma manera, las leyes biológicas de Darwin fueron utilizadas para justificar y sancionar con el prestigio de "lo científico" la victoria de ciertas clases sociales o ciertos grupos étnicos, ya que en la "lucha por la vida", sólo podían vencer "los más aptos" y esto no sólo era inevitable, sino bueno, ya que contribuía al progreso de las especies. Se podía lamentar, sí, pero eso no impedía que fueran leyes inexorables. El nuevo paradigma de Huntington se coloca en esa misma perspectiva. La lucha entre civilizaciones es un hecho insoslayable. Debemos prepararnos para él y combatir esa guerra, para ganarla. Con la división de civilizaciones adoptada por Huntington, Europa Occidental debe agregar su poder al de los Estados Unidos. No olvidemos que —pese a ser la potencia hegemónica mundial— el poder relativo de los EE.UU. en el escenario internacional no deja de

decrecer, conforme otras regiones del mundo se modernizan económica y tecnológicamente. Hoy los EE.UU. sólo pueden imponerse a nivel mundial recurriendo al concurso de los europeo-occidentales. Por esa razón, Huntington, que ha individualizado como una de las grandes culturas del mundo a la de un diminuto país (Japón), se niega a introducir ninguna distinción entre la cultura norteamericana y la europea-occidental: desea embarcarnos en su misma nave, nave cuyo puente de mando se situará indudablemente en Washington.

Extirpar la diversidad

Pero el paradigma de Huntington tiene otra lectura, aún más inquietante. Las grandes civilizaciones han existido, desde siempre, en la Historia. Y su relación ha sido a menudo de enfrentamiento y lucha. En otras ocasiones, sin embargo, ha existido la colaboración, la intercomunicación, el mutuo enriquecimiento gracias al intercambio de ideas, conocimientos y productos. Recordemos, por ejemplo, lo que para el ámbito euro-asiático supuso la fascinante historia de la Ruta de la Seda. A través de ella llegó el budismo desde la India hasta China; y el papel, la seda, la pólvora y los spaghetti, viajaron desde China hasta Occidente, y así sucesivamente. En la Historia las grandes culturas han existido desde siempre, pero su relación no ha sido siempre de enfrentamiento frontal, sino todo lo contrario.

La teoría de Huntington, sin embargo, prima las relaciones de conflicto entre culturas. Y no es casual. Uno de los rasgos más definitorios de la Modernidad es el odio a la diversidad cultural. Para la Modernidad sólo puede existir una Cultura, la suya propia. La Modernidad es etnocida por definición y sustancia. El primer país europeo en acceder a la modernidad ideológica, la Francia de la Revolución, tuvo como primer objetivo político extirpar todas las diferencias culturales que existían en el antiguo Reino de Francia. La persistencia de una identidad étnica diferenciada en bretones, saboyanos, alsacianos,

provenzales o flamencos era un insulto a *Las Luces* y no es casualidad que el grupo más "avanzado" de los revolucionarios, los jacobinos, fueran los impulsores de una brutal política de centralización y uniformización.

Hoy vivimos en la "aldea global". El mundo se ha empequeñecido hasta extremos increíbles por obra y gracia del progreso tecnológico y económico. Se ha hecho demasiado pequeño para que en el subsistan distintas culturas diferenciadas. Y de la misma manera que la Francia Jacobina ejecutó el etnocidio sistemático de las distintas culturas étnicas diferenciadas de la específicamente francesa que habían existido en el Reino de Francia, hoy los Estados Unidos se están lanzando a una lucha titánica para laminar y destruir las grandes culturas que aún subsisten en nuestro planeta. Como nuevos jacobinos a escala planetaria, su objetivo —ya formalmente declarado y asumido— no es otro que el de extirpar de la superficie del planeta todo vestigio de diversidad cultural. Este es el aspecto más siniestro de las tesis de Huntington. De la misma manera que las Leyes del Mercado justificaban la pobreza o las Leyes Biológicas de Darwin fueron utilizadas para justificar el Imperialismo, el nuevo paradigma de Huntington sobre el "choque de civilizaciones" no es sino la legitimación y justificación del Etnocidio a escala universal.

Notas

(1) Inmediatamente traducido al castellano: *El fin de la Historia y el Ultimo Hombre*, Planeta, Barcelona, 1992.

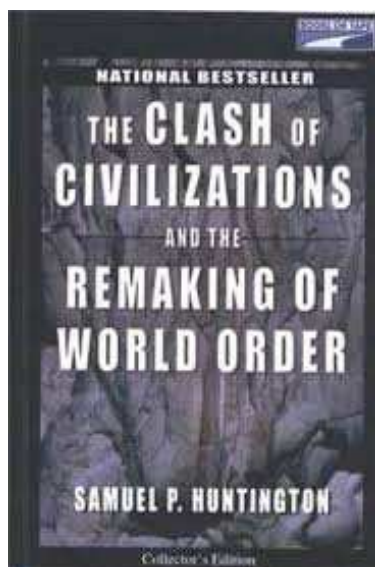
(2) T. KLARE, Michael: *La Guerra Sin Fin*, Noguer, Barcelona, 1974. Ver p. 82 y ss.

(3) Klare, op. cit.

(4) Ver *Claves*, nº 14, julio-agosto de 1990, pp. 20-33.

(5) *El País*, 24 de mayo de 1995, p. 12.

© Artículo extraído de la revista "Hespérides", 8, noviembre de 1995



En torno a Samuel Huntington: algunas consideraciones sobre el Choque de Civilizaciones

Introducción

La llegada de Barack Obama a la Casa Blanca hacia principios de 2009 generó un alto nivel de expectativas tanto en el ámbito doméstico como en el exterior de Estados Unidos, derivadas de un ambiente mundial marcado por la guerra de Irak y por una política exterior acentuadamente unilateral puesta en marcha por la administración de George W. Bush.

FERNANDO CACHO CANALES y JORGE RIQUELME RIVERA

En la práctica, las tendencias de la política exterior norteamericana estuvieron signadas durante el año 2009 por un mayor acento en el multilateralismo y por una moderación de las antiguas tendencias hegemónicas, características de la administración conservadora anterior. En tal sentido, las fuertes críticas de Bush hacia el accionar del Consejo de Derechos Humanos han devenido en la participación del país del norte en este órgano, así como en el ámbito del Medio Oriente la estrategia exterior estadounidense evidenció un progresivo alejamiento de la postura israelí respecto de la denominada cuestión palestina.

Asimismo, el discurso pronunciado a mediados de 2009 por Obama en la Universidad de El Cairo abrigó esperanzas en la comunidad internacional acerca del inicio de una nueva relación histórica en Medio Oriente, basada en la cooperación y la concordia, sosteniendo Obama que "El Islam no es parte del problema en el combate del extremismo violento, es una parte importante de la promoción de la paz" (Obama, 2009).

Sin embargo, la realidad ha sido distinta de las expectativas. Actualmente se mantienen vigentes diversas situaciones de conflicto en la región, como es el caso de Irak, el terrorismo y la cuestión palestina. Junto a ello, la zona ha estado convulsa por la preocupación internacional que despierta el programa nuclear

iraní, sin olvidar la compleja situación de Afganistán y Pakistán, y últimamente el agudo escenario de tensión que representa Yemen, entre otros.

A propósito de dichas tendencias, el presente trabajo pretende reconsiderar de forma crítica los planteamientos del politólogo estadounidense Samuel Huntington -fallecido hacia fines del año 2008- sobre el Choque de Civilizaciones, un tema todavía plenamente vigente según se puede desprender de los párrafos anteriores.

Como respuesta a los planteamientos de Francis Fukuyama sobre el denominado Fin de la Historia, producto del derrumbe del muro de Berlín, el término de los socialismos reales y el triunfo del capitalismo y la democracia liberal tras el fin de la Guerra Fría, desde su aparición en el debate académico e intelectual el año 1993 –primero en un artículo en la conocida revista *Foreign Affairs*, y luego en un libro que pronto se transformaría en bestseller-, la idea del choque de civilizaciones planteada por Huntington causó gran atención y numerosas críticas. De hecho, su interpretación del sistema internacional de la Postguerra Fría como un sistema multipolar y multicivilizacional, caracterizado por el conflicto y el enfrentamiento entre Occidente y Oriente, fue ampliamente reseñada con motivo de los

ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001 en los Estados Unidos.

En ese sentido, cabe reconocer que dichos atentados, además de demostrar la vulnerabilidad de la mayor potencia militar del mundo, lograron poner la atención en los factores culturales, especialmente los religiosos, en los conflictos del nuevo contexto internacional.

El trabajo de Huntington fue visto como un relevante marco explicativo para dar cuenta de lo anterior, y su paradigma civilizatorio repercutió fuertemente en los estudios internacionales. Sin embargo, también recibió numerosas críticas, dado su carácter occidentalista, sus duros ataques al Islam y su visión del rol preponderante de los Estados Unidos en el escenario internacional.

La idea de un contexto global cuyos actores principales son civilizaciones en constante enfrentamiento, tiene limitaciones en su interpretación -como revisaremos en este trabajo- por lo que ha sido criticado por su excesiva simplificación acerca de la realidad internacional. En ese sentido, las críticas más relevantes han tomado como base el estudio de la construcción de la identidad del mundo árabe como una relación de poder y dominación de Occidente sobre Oriente.

El paradigma civilizatorio

Samuel Huntington define el escenario internacional como multipolar y multicivilizatorio, en el cual existen ocho civilizaciones que viven en un estado de enfrentamiento constante por sus diferencias culturales. Estas civilizaciones son las siguientes: china, japonesa, hindú, islámica, ortodoxa, latinoamericana, occidental y africana. Sobre la base del rol protagónico de Occidente en el mundo, el paradigma puede ser simplificado al reducir el enfrentamiento solamente entre Occidente y las sociedades no occidentales; aunque en tal sentido, también cabría señalar un cierto cambio en los antiguos balances de poder, observándose un aumento del poder relativo de las civilizaciones asiáticas, en desmedro de Occidente.

Cabe señalar asimismo, que el autor reconoce tres tipos principales de relaciones

entre las civilizaciones: encuentros, influencia e interacciones. Estos tipos de relación habrían estado presentes entre las diferentes civilizaciones del mundo a lo largo de la historia (Huntington, 2005).

Según Huntington, los principales rasgos del paradigma civilizatorio serían: la existencia de fuerzas de integración en el mundo, que generan fuerzas opuestas de afirmación cultural; la división del mundo entre un mundo occidental y muchos no occidentales; el rol principal de los Estados en el mundo, aunque determinado por factores culturales y civilizatorios; y un mundo anárquico caracterizado por su inestabilidad, generada por el conflicto entre Estados o grupos procedentes de civilizaciones diferentes.

De tal modo, el autor define a una civilización como “la identidad cultural más amplia”, con capacidad de evolución, adaptación y perdurabilidad, lo que las lleva a ser muy longevas. Esto último quedaría claro al reflexionar sobre la pervivencia de los conflictos intracivilizatorios a lo largo del tiempo. Así también, Huntington reconoce que los dos elementos fundamentales de una civilización serían la lengua y la religión.

Un punto especialmente relevante es su descripción crítica del concepto de civilización universal, al cual considera una categoría carente de un significado claro y con un carácter muy peligroso para las relaciones entre civilizaciones.

La relevancia del paradigma civilizatorio de Huntington se relaciona con que éste logró devolverle la importancia a los aspectos culturales en la política internacional, que habían quedado sometidos bajo el manto del enfrentamiento ideológico característico de la Guerra Fría. Su análisis destaca que el contexto internacional de Posguerra Fría no puede ser apreciado simplemente como el término de las confrontaciones ideológicas, sino como una apertura al reconocimiento de otros factores que estaban sometidos a una interpretación meramente ideológica de los conflictos. No obstante, la paradoja del paradigma civilizatorio es que hace lo mismo con los factores

culturales, al colocarlos como los elementos centrales en el contexto actual.

El choque de civilizaciones

Al estudiar la perspectiva del choque de civilizaciones de Huntington, se puede apreciar una cierta cercanía hacia las premisas del enfoque realista como telón de fondo de sus interpretaciones, en el sentido de la proposición básica del realismo que considera la política como una eterna lucha de poder (Del Arenal, 1994), aunque igualmente rompería aquella idea de que el escenario internacional sería esencialmente estadocéntrico, al incorporar la variable cultural.

La perspectiva del choque de civilizaciones respondería a un enfoque cercano al realismo, por cuanto aprecia que las civilizaciones vivirían en constante enfrentamiento porque sus intereses, principalmente los culturales, no pueden coexistir. Esto es lo que Huntington busca evidenciar con el choque entre Occidente y Oriente, con las implicaciones que ello ha tenido en las tendencias de la política exterior de Estados Unidos, que últimamente había puesto en práctica la administración de George W. Bush.

Entre los supuestos fundamentales de Huntington, en primer lugar destaca la relación que plantea entre Occidente y las sociedades no occidentales. Es decir, desde la mirada "occidentalista" del autor, en la línea divisoria que aprecia entre Occidente y el resto. El autor hace una revisión de la reacción de las sociedades no occidentales frente a los procesos de occidentalización y modernización vividos durante el siglo XX, la cual tendría tres formas: rechazo a ultranza, kemalismo y reformismo (Huntington, 2005).

Así también, el autor estadounidense observa los siguientes temas de tensión: la proliferación de armas, los derechos humanos, la democracia y las migraciones. Según Huntington, "La supervivencia de Occidente depende de que los Estados Unidos reafirmen su identidad occidental, y que los occidentales acepten su civilización como única, no universal, y se unan para renovarla y conservarla frente a los desafíos de sociedades no- occidentales" (Heine, 2001).

Los argumentos de Huntington van configurando una relación negativa entre Occidente y el resto de las sociedades, especialmente con las del mundo islámico. Esta relación se caracterizaría por un alto grado de resentimiento y violencia, que tendría raíces históricas de larga data. En tal sentido, se apreciaría un desplazamiento del antiguo conflicto bipolar hacia los conflictos entre civilizaciones, siendo el enfrentamiento entre Occidente y China el más serio en el futuro, y entre Occidente y el Islam el más importante en el presente.

En segundo lugar, podemos detenernos en el choque propiamente tal. Aquí el autor presenta dos tipos de conflictos intracivilizatorios: los conflictos entre Estados centrales y los conflictos de línea de fractura entre Estados o grupos de civilizaciones diferentes, e identifica los focos regionales de conflicto para Occidente, cuales son las zonas de influencia del Islam y el este de Asia.

En este punto, Huntington (2005) hace una descripción extremadamente crítica del Islam y sus "fronteras sangrantes", como una civilización caracterizada por la violencia, cuestión que identifica con una diversidad de causas: militarismo, proximidad, "indigestabilidad", ausencia de un Estado central, condición de víctima, e incremento demográfico fuerte y súbito. En sus palabras, el choque entre las dos civilizaciones parece inevitable:

"El problema subyacente para Occidente no es el fundamentalismo islámico. Es el Islam, una civilización diferente cuya gente está convencida de la superioridad de su cultura y está obsesionada con la inferioridad de su poder. El problema para el Islam no es la CIA o el Ministerio de Defensa de los Estados Unidos. Es Occidente, una civilización diferente cuya gente está convencida de la universalidad de su cultura y cree que su poder superior, aunque en decadencia, les impone la obligación de extender esta cultura por todo el mundo. Éstos son los ingredientes básicos que alimentan el conflicto entre el Islam y Occidente".

De tal modo, una vez expresadas las ideas básicas de los planteamientos de Samuel Huntington, a continuación se realiza un análisis crítico de la noción del choque de civilizaciones, partiendo desde la perspectiva de la constitución de las identidades entre Oriente y Occidente.

Las dinámicas identitarias entre el mundo árabe y Occidente

Burhan Ghalioun (1997), sostiene: la identidad antes que constituir un patrimonio cultural inmutable o una representación estática, corresponde a una categoría socio-histórica que se determina en relación al "otro" y, por tanto, cambia de contenido y de referencias en función del cambio de las líneas de enfrentamiento. En el mismo sentido, el sociólogo chileno Jorge Larraín (1996) afirma que:

“la definición del sí mismo cultural siempre implica una distinción con los valores, características y modos de vida de otros. En la construcción de cualquier versión de identidad cultural, la comparación con el 'otro' y la utilización de mecanismos de oposición al 'otro' juegan un papel fundamental: algunos grupos, modos de vida o ideas se presentan como fuera de la comunidad. Así surge la idea del 'nosotros' en cuanto opuesto a 'ellos' o a los 'otros'. Para definir lo que se considera propio se exageran las diferencias con los que están fuera”.

Desde esta base, cabe señalar que la construcción identitaria del mundo árabe y Occidente se ha constituido desde sus orígenes como una relación de poder y confrontación en torno al mito fundacional del choque, en la que ha predominado la idea de dominación y control. Ello ha redundado en el desarrollo de una visión ideologizada y prejuiciada. En pocas palabras: Occidente ha creado al Oriente que le conviene.

Esta situación se ha manifestado en el desarrollo de un discurso que ha tendido a encarnar esta relación de poder y dominación. Oriente es la región en que Europa creó sus más grandes y ricas colonias, su contrincante cultural y de sus imágenes más profundas respecto de lo "otro", lo que le ha servido para definirse en contraposición a su imagen, su

experiencia y su representación. Pese a ello, Oriente es parte integrante y medular de la cultura europea y del devenir de la civilización occidental.

A esta relación de conocimiento-poder Edward Said la ha denominado "orientalismo". Según este autor, ya desde fines del siglo XVII y comienzos del siglo XVIII, el orientalismo puede explicarse como una institución colectiva de relación con Oriente, relación que consiste en la adopción de posturas frente a él, así como la manera de describirlo, enseñarlo, colonizarlo y decidir sobre él. Como sostiene Said, el orientalismo sería en resumidas cuentas, un estilo occidental que pretende dominar, reestructurar y tener autoridad sobre Oriente.

De esta forma, el desarrollo del orientalismo se liga de manera evidente con el periodo de mayor expansión europea, entre 1815 y 1914. En la práctica, la realización del Congreso de Viena en el año 1815 significó un cambio profundo de la realidad internacional con la estabilización de Europa a través del denominado Concierto Europeo. El marco de paz y estabilidad que éste otorgó, permitió a las potencias del continente lanzarse por la repartija del mundo.

África y Asia serían los continentes más afectados. No obstante, este predominio eclipsaría hacia 1914, Italia y Alemania fueron dos países que, debido a su tardía unificación, no participaron de la repartición del mundo. Frente a esta situación presionaron sobre Europa y, pretendiendo recuperar el tiempo perdido, desencadenaron la más sangrienta guerra que hasta ese momento se hubiera vivido en el continente. De esa manera, se echaban por tierra los ideales de progreso del positivismo decimonónico y se iniciaba también el proceso de derrumbe del colonialismo europeo.

El discurso etnocéntrico orientalista se puede entender como un conjunto de limitaciones y simplificaciones manifestadas en la interpretación y distinción entre un occidente superior, que sería desarrollado y racional; y un oriente que se presume inferior, brutal y subdesarrollado. La misión de Occidente sería el encaminar a la civilización al bárbaro oriental.

De esta forma, el discurso orientalista se constituye como tal desde la alteridad, la que corresponde al conocimiento del "otro" a través de los propios conceptos y sesgos. Por ello, ha predominado un conocimiento que inhibe una comprensión acabada e integral del "otro", al establecerse una relación que favorece la dominación y el establecimiento de prejuicios y estereotipos alejados de aquel, y más cercanos a los propios intereses occidentales y a categorías reductoras de lo semita, la mente musulmana, el Oriente, etc.

Así, la visión panorámica y generalista del orientalismo pierde el detalle de la cultura y la realidad musulmana, lo que gana en simplificaciones y esquemas como compartimientos estancos acerca de ésta.

El impulso colonizador-civilizador de Europa es ilustrado de manera rotunda por el fracaso de Napoleón en su expedición sobre Egipto. Su fallido intento posibilitó a Muhammad Ali importar y adecuar el discurso moderno y el modelo europeo a la realidad local egipcia (Ortega, 1997). A través de su acción, el nuevo líder de Egipto emprendió la modernización del ejército con la ayuda de expertos europeos, abolió las viejas formas de propiedad de la tierra, centralizó la administración, transformó el sistema fiscal, fomentó la industria y estableció un sistema de escolarización nacional (Ghalioun 1997).

El éxito de estas reformas convertiría a Egipto en una de las potencias más dinámicas del Mediterráneo y transformaría a El Cairo, desde la segunda mitad del siglo XIX, en el foco de un gran renacimiento cultural, cuyo mayor exponente fue Din al-Afgani. De esta manera, como forma de resistencia, el reformismo islámico se transformaría en un intento por adecuar la modernidad occidental desde una perspectiva islámica.

Pero el impulso modernizador "desde arriba" no pudo sostenerse, pues al poco tiempo los cambios cobraron su propia dinámica. La modernización, en tanto fenómeno eminentemente tecnológico, resultó un éxito e hizo de Egipto la potencia árabe del Mediterráneo. Pero la modernidad, como proceso político-cultural enmarcado en la

difusión de las ideas y conceptos de la Revolución Francesa corrió por otro carril y fracasó. De hecho, es en las sociedades islámicas donde se presenta una mayor resistencia a la modernidad, expresada en la democracia liberal representativa y en la economía de libre mercado.

Prontamente, como sostiene Burhan Ghalioun (1992), la penetración en el pensamiento árabe de las nociones modernas de la nacionalidad, libertad e individualidad atentaron de manera irreversible contra el fundamento tradicional de la identificación colectiva con la comunidad religiosa. Asimismo, el Estado nación propugnado desde Occidente no favoreció la superación de esta crisis identitaria del mundo árabe. De hecho, la heterogénea composición étnica de los árabes que había hallado en la lengua y la cultura árabes su instrumento de cohesión, no pudo sino causar una crisis de identidad al entrar en contacto con el Estado nación moderno implantado desde Europa.

De esa manera, el Estado se percibió entonces como la extensión de la colonización y la ocupación, y la desintegración del Imperio Otomano a principios del siglo XX se presentó como una evidente demostración de aquello. La resistencia y el intento por desarrollar una modernidad desde lo musulmán no fueron exitosos y tras la desintegración del Imperio el mundo árabe quedó sumido en la perplejidad y la desorientación.

Desde la alteridad, el Estado fue una importación dificultosa de adoptar en la heterogénea y diversa cultura árabe y actúa todavía como un elemento de relevancia para su fragmentación. El tema de la identidad y sus conflictos asociados han jugado un relevante rol en ello. El Estado y la nación árabe han sido conceptos dificultosos de hermanar. Con altos y bajos, esta compleja situación de ausencia de un Estado central líder ha predominado hasta hoy, sobre todo desde la Guerra del Golfo, la que echó por tierra la ilusoria unidad del mundo árabe y profundizó el interés por una dominación occidental basada en un conocimiento desde la alteridad. Las proyecciones de ello las vive el hegemón en su atolladero iraquí.

El contexto internacional actual

El fin de la Guerra Fría trajo consigo grandes cambios en el sistema internacional, lo que se tradujo, según sostiene Eduardo Ortiz, en el fin de una manera de conducir los asuntos internacionales y en el interés por nuevos temas y preocupaciones. Este contexto estuvo marcado, especialmente, por dos fenómenos característicos de la nueva época: la globalización y la revolución de las comunicaciones (Ortiz, 2000). La influencia de estos dos fenómenos se hizo cada vez más evidente, como se puede constatar al observar la organización y el funcionamiento del sistema internacional actual, continuamente más interdependiente e interconectado a nivel mundial en el proceso que se conoce como globalización.

En nuestros días, el sistema internacional se caracteriza también por otros rasgos que han puesto en cuestión su organización y funcionamiento. En ese sentido, cabe mencionar el aumento del número y la variedad de los actores internacionales y la pérdida de relevancia del Estado como protagonista central del sistema internacional. Estos elementos han complejizado el nuevo contexto internacional y contribuido a generar una percepción de incertidumbre global.

Cabe mencionar que esta incertidumbre igualmente tiene fuentes políticas y culturales profundas, que se relacionan con cuestionamientos de las identidades nacionales que han influido poderosamente en el contexto internacional actual. Generalmente, las épocas finiseculares han representado tiempos de crisis e incertidumbre que se manifiestan en fuertes cuestionamientos sobre lo que somos y lo que nos representa, sobre nuestro presente y futuro. En ese sentido, en el plano internacional, no es extraño observar nuevamente los reclamos de las autonomías nacionales y étnicas dentro de los Estados, las que buscan reafirmar identidades relegadas históricamente.

En la última década, la incertidumbre global se ha acrecentado. Se puede plantear que luego del fin de la Guerra Fría -representado simbólicamente con la caída del muro de Berlín-, los atentados terroristas del 11 de

septiembre de 2001 en los Estados Unidos fueron identificados como un nuevo punto de inflexión del sistema internacional de la Posguerra, que ahondó aún más la incertidumbre y el desorden global. La acción de actores no legitimados como el terrorismo internacional generó mayores inquietudes sobre la relevancia de los nuevos actores frente a la pérdida del rol central del tradicional Estado-nación. De hecho, según Jorge Heine (2001), "la materialización de estos ataques contra la principal potencia de Occidente y sus símbolos de poderío económico y militar por parte de un grupo de fundamentalistas islámicos, sería la mayor demostración del grado de globalización a que hemos llegado en los albores del siglo XXI".

Asimismo, una de las tendencias posibles de discernir a partir del fin de la Guerra Fría, se refiere al surgimiento de Estados Unidos como única potencia global con vocación hegemónica, en el marco de un escenario internacional que desde la disciplina de las Relaciones Internacionales se definió como "transitoriamente unipolar". De tal modo, según Celestino del Arenal (1993), "desde 1989 se asistiría de manera predominante hacia una unipolaridad desde el punto de vista diplomático- estratégico, pues tanto en cuanto al poder militar y político, como al nivel de la voluntad de continuar ejerciendo como superpotencia con responsabilidades mundiales, Estados Unidos se presenta como la única potencia con capacidad, vocación y voluntad de ejercer el papel de superpotencia dominante".

Para Lorenzo Meyer (2004), esta nueva realidad internacional está marcada por la existencia de facto de un gran poder imperial, cuyo centro neurálgico se localiza en Washington. Estados Unidos se configuraría entonces como el único imperio existente, sin competidores y efectivamente global. No obstante, este presentaría un carácter paradójico: se asume como antiimperialista, pero se presenta a los ojos del mundo como la democracia más importante del mundo contemporáneo.

Sin perjuicio de lo anterior, cabe subrayar que, según diversos analistas, el 11 de septiembre de 2001 determinaría un quiebre en

las tendencias de la política mundial, configurando lo que se ha dado en llamar la "post post Guerra Fría", caracterizada por un escenario internacional multipolar que desafía el poder de los Estados Unidos, y donde destacan nuevas y renovadas potencias, tales como China, India, e incluso Rusia, que pugna por mantener sus ámbitos de influencia en el mundo global.

Bajo el prisma de estas tendencias del contexto internacional contemporáneo, y en consideración al punto de inflexión que implicaron los atentados de septiembre de 2001 y al dinámico accionar del terrorismo, cabe reconsiderar el paradigma civilizatorio y la idea del choque de civilizaciones planteada por Samuel Huntington.

¿Choque de civilizaciones o diálogo de culturas?

Según se observó anteriormente, desde sus orígenes las relaciones entre Oriente y Occidente han estado marcadas por el mito fundacional del conflicto y el choque. Como una relación de poder, el mutuo conocimiento ha estado definido por la dominación, situación que ha incidido de manera definitiva en una mutua perspectiva sesgada e ideologizada. En la actualidad, en esta situación no poca responsabilidad recae en los medios de comunicación, los que se han concentrado en los eventos de crisis, terrorismo y fanatismo, que sin duda han sido más bien la excepción antes que la regla.

Como se indicó más arriba, el año 1993 apareció en la revista norteamericana *Foreign Affairs* el artículo de Samuel Huntington titulado "El choque de civilizaciones", el que pronto se trasformaría en todo un paradigma de interpretación de la realidad internacional, y, aún más, en una guía orientadora para la política exterior de los Estados Unidos. Dicho trabajo en esencia sostenía que los conflictos contemporáneos del mundo de la posguerra Fría ya no tendrían un origen ideológico ni económico, sino que las grandes divisiones y el origen principal de los conflictos estarían definidos por la cultura.

Así, una vez finalizado el enfrentamiento bipolar que tendió a definir la historia mundial

del siglo XX, los principales conflictos de la política global se darían entre las naciones y grupos de civilizaciones diferentes (Ghalioun, 1998). De esta manera, y siguiendo los anteriores planteamientos del orientalista Bernard Lewis, Samuel Huntington contribuiría con su propia reflexión a la beligerancia y al poco entendimiento mutuo de culturas que más bien han estado históricamente interactuando y se han enriquecido, antes que entrado en choques y conflictos.

En el mismo sentido, cabe subrayar que desde sus orígenes ambas culturas han compartido una fuente común. El pensamiento islámico se enriqueció de manera importante de las fuentes griegas. Así también, el Cristianismo nació en el Próximo Oriente, mucho antes que aquel penetrara en el Imperio Romano y definiera lo que más adelante se constituiría como el pilar de la cultura occidental. Por lo demás, gran parte del desarrollo cultural y tecnológico proviene de científicos e intelectuales orientales. El mismo capitalismo se ha desarrollado gracias a los instrumentos comerciales y financieros desarrollados primero en Oriente y luego traspasados a Occidente durante la Edad Media.

Entonces ¿qué ha predominado? ¿Una mutua y enriquecedora relación o el conflicto y el choque? La historia nos hace inclinar por la primera opción, aunque los medios de comunicación y la política exterior estadounidense se empeñen en demostrar lo contrario⁶. La dicotomía entre Cristianismo /Islam y entre Oriente/Occidente son constructos e imaginarios conformados por un discurso que en esencia segrega y excluye.

De esta manera, y contribuyendo a los imaginarios de Occidente e Islam, el discurso del choque de civilizaciones ha tendido a uniformar cuestiones tan complejas como la identidad y la cultura en estereotipos simplificados que poco tienen que ver con la compleja y diversa realidad. Como sostiene Edward W. Said (2002), Samuel Huntington pretende: "reducir las 'civilizaciones' y las 'identidades' a lo que no son compartimentos estancos, herméticamente cerrados, purgados de los millares de corrientes y contracorrientes que dan vida a la historia de la humanidad y

que, a lo largo de los siglos, han hecho posible que esa historia no esté hecha solamente de guerras religiosas y conquistas imperiales, sino también de intercambio, de fértil mezcolanza y de intereses compartidos".

A propósito de esto, en 2006, Kamal Cumsille, profesor de la Universidad de Chile, cita los conceptos de fijeza y estereotipo de Hommi Bhabha, quien los describe como aspectos estratégicos centrales del discurso colonial, y que serían reeditados en el discurso de corte imperial de Huntington, caracterizado por ser "ambivalente, reductivo y simplista, pero políticamente muy productivo, eficaz y seductor".

Las etiquetas, las generalizaciones y el reduccionismo, además, tienen el objetivo fundamental de restarle toda legitimidad moral y virtud al "otro". Ello ha contribuido al simple maniqueísmo de establecer el enfrentamiento entre los "buenos" y los "malos"; en la anacrónica distinción entre "civilización" y "barbarie", cuando la realidad es bastante más compleja y no se deja encasillar fácilmente. Umberto Eco ha expresado de manera notable esta situación en las siguientes palabras:

"No vayamos a remover la historia, pues es un arma de doble filo. Los turcos empalaban (y está mal), pero los bizantinos ortodoxos arrancaban los ojos a los parientes peligrosos y los católicos quemaban a Giordano Bruno; los piratas sarracenos cometían aberraciones, pero los corsarios de su majestad británica, con permiso y todo, devastaban las colonias españolas en el Caribe; Bin Laden y Saddam Hussein son enemigos acérrimos de la civilización occidental, pero en el interior de la civilización occidental hemos tenido a señores que se llamaban Hitler o Stalin..." (Eco, 2002).

Del mismo modo, Rafael López Pintor (2002), profesor de la Universidad Complutense de Madrid, manifiesta sus dudas sobre el grado de homogeneización de la civilización islámica. Además, identifica algunos factores que sugieren las pocas probabilidades de un choque entre el Islam y Occidente: la complejidad del mundo islámico, que no se presenta como una civilización homogénea; la tendencia expansiva secular del modo de vida urbano industrial y la

globalización de las comunicaciones; y la expansión, pese a las dificultades de este proceso, del modelo democrático. Respecto a este último, el autor señala que "la evidencia histórica enseña que las democracias no se hacen la guerra entre sí".

También en una visión crítica, José Carlos Fernández Ramos, profesor de la UNED, plantea la falta de unidad dentro de las civilizaciones y el carácter simplificador del concepto del choque de civilizaciones. La preocupación central de Fernández Ramos es el develar el concepto ideológico que hay detrás de la metáfora representada por el choque. Esto queda más claro en la siguiente cita:

"En resumidas cuentas la metáfora del choque de civilizaciones no es más que un pretexto ideológico que intenta legitimar, recubrir y justificar una política de gendarme mundial (otra metáfora) que se han arrogado algunas democracias occidentales bajo el velo de la guerra global contra el terrorismo, velo que apenas encubre la vergüenza de la dominación estratégica de los recursos energéticos" (Fernández, 2008).

Entonces ¿quiénes son los buenos y quienes los malos? Ni siquiera está claro como somos "nosotros" y como son los "otros". A nuestro juicio, el gran aporte y parámetro que puede definir a una cultura es la tolerancia a la diversidad. Una cultura es madura en tanto sabe tolerar la diversidad, y son bárbaros los miembros de cualquier cultura que no la aceptan.

De hecho, dando señas de barbarie, los neoconservadores en Estados Unidos, agrupados en el Proyecto para un Nuevo Siglo Norteamericano, en su declaración de principios de 1997 planteaban la necesidad de que este país aumentara significativamente sus gastos en defensa, la relevancia de estrechar los lazos con los países aliados en el enfrentamiento a los países enemigos y hostiles a los intereses y valores estadounidenses, y la importancia para este país de imponer un orden internacional favorable a su seguridad y prosperidad. Como sostiene George Soros (2004), los atentados del 11 de septiembre dieron a los neoconservadores y a George W.

Bush el enemigo que andaban buscando, y éste no hizo sino fortalecer al terrorismo al convertir a las víctimas en verdugos, contribuyendo de paso a la inseguridad internacional y al fortalecimiento de la idea de una brecha existente entre Occidente y el Islam.

Por tales motivos, la respuesta ante la idea del choque debe ser más bien el impulso del diálogo y la coexistencia. Parafraseando a Edward W. Said, hay después de todo una profunda diferencia entre el deseo de entender con el propósito de coexistir y ensanchar horizontes y el deseo de dominar con el fin de controlar. El mundo global exige la interacción y el enriquecimiento mutuo de las culturas y la historia ha estado plagada de estas fructíferas relaciones. Ninguna cultura se ha desarrollado en el aislamiento. Las interacciones y las comunicaciones enriquecen a los pueblos y la pureza y el ensimismamiento los someten al vacío. Al respecto, Said (2002) ha sostenido lo siguiente "La tesis del choque de civilizaciones es un ardid...más apto para reforzar el propio orgullo defensivo que para comprender críticamente la asombrosa interdependencia de nuestros tiempos".

Conclusiones

El sistema internacional de la posguerra fría se presenta incierto por múltiples factores: el fin del orden anterior, la aparición de nuevos actores y la pérdida del rol protagónico del Estado. En ese contexto de incertidumbre, han surgido diversas interpretaciones que han buscado describir esta nueva realidad internacional. La perspectiva del choque de civilizaciones planteada por Samuel Huntington intentó dar cuenta de lo anterior, describiendo a la realidad internacional como un conjunto de civilizaciones con fuertes diferencias culturales, que se encuentran en continua competencia y enfrentamiento.

En tal sentido, cabría considerar en primer lugar que, si bien es cierto que la perspectiva de Huntington plantea una descripción amplia, su simplificación de la realidad internacional le resta valor explicativo. Como se apreció en las críticas de algunos autores, la perspectiva de Huntington no da cuenta de las fracturas internas dentro de las mismas civilizaciones que

describe. Al contrario, trata de proyectar una homogeneidad que no existe entre las sociedades pertenecientes a cada una de ellas, aún cuando existan ciertos rasgos comunes. Esto es especialmente claro en su intento homogeneizador de las sociedades islámicas y denota una cierta intención ideológica que pretendería influir en las tendencias de la política exterior estadounidense.

En segundo lugar, la perspectiva del choque de civilizaciones no toma en consideración con el mismo valor otros factores tan relevantes como el cultural en la realidad internacional, especialmente los factores económicos. Razón por la cual, desde este enfoque se hace difícil tratar de comprender la actual realidad internacional, tan marcada por los temas relacionados con la interdependencia económica y comercial. Sobre el particular, no debe desdeñarse tampoco la importancia del factor energético –por ejemplo el petróleo– en gran parte de los actuales conflictos internacionales.

En tercer lugar, cabe otorgar una justa dimensión a la situación de los ataques terroristas del 11 de septiembre sobre los Estados Unidos, que a primera vista parecerían darle crédito a la perspectiva de Huntington. Al respecto, es importante reconocer que lo que allí aconteció no fue un choque de civilizaciones entre el Islam y Occidente, sino que fue una acción terrorista que marca más bien la excepción antes que la norma. A esto se refiere el profesor López Pintor (2002):

“Conviene resaltar que, en la identificación de un nuevo eje mundial de conflicto definido por el enfrentamiento entre Islam y Occidente, no estaríamos –o al menos no todavía– ante un choque de civilizaciones, sino ante un ataque a la potencia norteamericana por parte de una organización terrorista ideológicamente sustentada en una versión radical de la religión musulmana”.

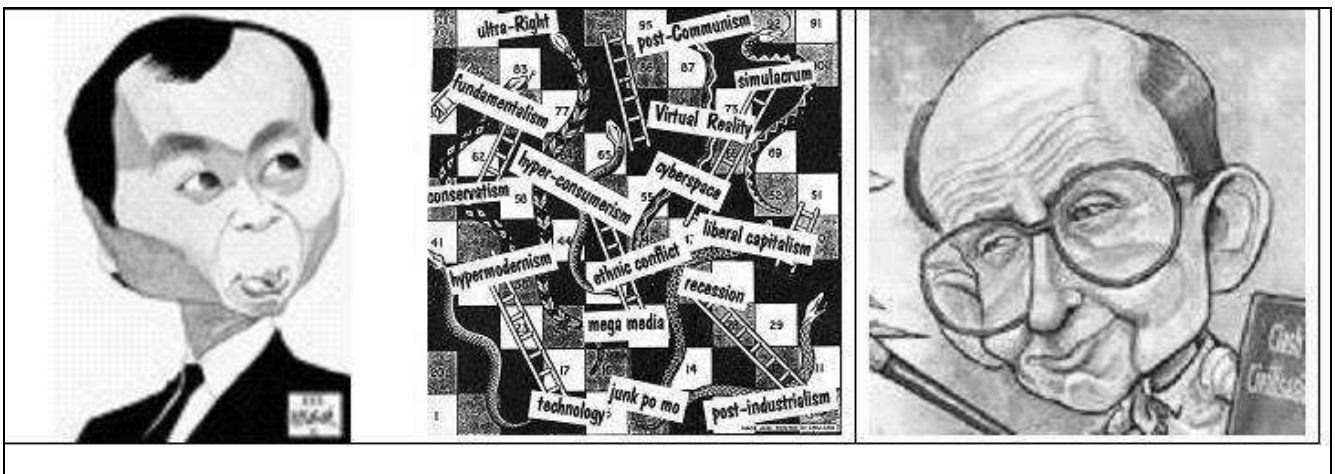
Resulta importante repensar la posibilidad de convivencia en y entre Oriente y Occidente, sobre la base del respeto a la diversidad cultural. El propio Huntington lo apunta hacia el final de su texto al revisar el multiculturalismo y el universalismo occidental, aunque de forma

contradictoria o, por lo menos, poco clara. Antes que reflexionar sobre civilizaciones en colisión, cabría considerar la existencia de sociedades en continua interacción y relacionamiento, sobre la base de una voluntad política general de respeto mutuo y cooperación. Tomando como referencia a otros autores, Huntington (2005) describe lo que él llama una moralidad mínima “tenue”, que se enlaza con una serie de normas para evitar la guerra: norma de abstención, norma de mediación conjunta y norma de los atributos comunes. En sus palabras: “... de la común condición humana se deriva una moralidad mínima tenue, y las disposiciones universales se encuentran en todas las culturas. En lugar de promover las características supuestamente universales de una civilización, los requisitos de la convivencia cultural exigen investigar lo que es común a la mayoría de las civilizaciones. En un mundo de múltiples civilizaciones, la vía constructiva es renunciar al universalismo, aceptar la diversidad y buscar atributos comunes”.

Si bien el autor plantea su renuncia al universalismo occidental, su propuesta es muy vaga y no logra ir más allá en su explicación de algunos atributos comunes.

Más bien, teniendo presente las críticas planteadas a las ideas de Huntington, cabría plantear la necesidad de repensar la relación entre Oriente y Occidente renunciando a esa diada que divide, y destacando los aspectos que pueden contribuir a vivir juntos en el actual escenario globalizado. Si bien la interdependencia asociada al proceso de globalización puede implicar mayores posibilidades de roce, de igual modo puede impulsar los intereses cruzados y un entramado de objetivos y vínculos colectivos que fomenten un marco propicio y estable para las relaciones entre los actores internacionales y transnacionales, donde los problemas se solucionen por los canales del diálogo político. En el complejo escenario global, ninguna civilización puede propugnar concepciones universalistas y pretender imponer por la fuerza sus valores. Si los desafíos de la globalización son comunes, entonces las respuestas deben ser colectivas y cooperativas. El mundo global impone la necesidad de construir sociedades tolerantes hacia las otras culturas.

© Reflexión Política, año 12, n°24, diciembre de 2010





Una crítica político-antropológica al «choque de civilizaciones» de Samuel P. Huntington

Después de la caída del muro de Berlín en noviembre de 1989 han surgido diversos paradigmas que intentan dar cuenta de la nueva situación mundial. Los dos paradigmas que han conseguido un éxito más rotundo han sido los ofrecidos por F. Fukuyama y S. P. Huntington. En este artículo vamos a centrarnos en la crítica de las tesis de Huntington, pero al mostrar el contexto que da sentido y enmarca sus ideas, nos aparecerá la proximidad existente entre ambos autores.

ANNA QUINTANAS

Aparentemente las tesis de Huntington sobre el «choque de civilizaciones» implican una crítica y una descalificación de la apuesta de Fukuyama por el «final de la historia». Sin embargo, si se contextualizan sus teorías, lo que sale a la luz es algo muy distinto. Lo más importante, a pesar de las diferencias existentes entre las interpretaciones de estos dos autores, es lo que tienen en común. Fukuyama y Huntington intentan naturalizar, justificar y aplaudir el sistema neoliberal que domina actualmente nuestro mundo globalizado. Son dos perfectos representantes del intelectual del establishment, son como dos caras de la misma moneda.

Para comprender cuáles son los intereses que motivaron y generaron las tesis del «final de la historia» y del choque de civilizaciones» es necesario hacer referencia al proceso que posibilitó el éxito creciente de las tesis neoliberales y neoconservadoras, proceso íntimamente ligado a los «think tanks» norteamericanos y a las fundaciones benéficas que financian estos laboratorios de ideas.

Después de la Segunda Guerra Mundial, las tesis neoliberales eran defendidas por sectores muy minoritarios. En los EUA y la Europa Occidental se estaba viviendo una época de crecimiento económico que, junto a la presión ejercida por el miedo al éxito de las ideas comunistas, facilitó que los Estados occidentales dedicaran una parte importante de sus recursos a construir unos servicios públicos

destinados a paliar las desigualdades sociales y económicas existentes. Así se edificaron las bases del Estado del bienestar, una política que combinaba la empresa privada con la existencia de un Estado fuerte encargado de proteger los sectores más desfavorecidos de la sociedad y garantizar a todos sus ciudadanos derechos básicos como la educación y la sanidad. A partir de la larga recesión provocada por la crisis energética de los años setenta, las tesis neoliberales empezaron a abrirse camino culpando de la situación a la excesiva injerencia de los Estados y las administraciones públicas en los asuntos sociales y económicos. En los años ochenta, las políticas de M. Thatcher y R. Reagan dieron un impulso decisivo a las tesis neoliberales, aplicando medidas a favor de la «retirada» del Estado y confiando en el poder de autorregulación de los mercados: reducción del gasto público, disminución de los impuestos, privatizaciones, desregulación de la economía, etc. Pero fue a partir de los noventa, con el desmembramiento de la antigua URSS, cuando las tesis neoliberales pasaron de ser defendidas por sectores minoritarios a convertirse en la ideología dominante.

Fue en este contexto que apareció en escena F. Fukuyama. Tras el desplome del «socialismo real», Fukuyama sostuvo que aparecería un consenso generalizado en torno a la democracia liberal occidental. Hegelianamente, presentó a la democracia liberal como el punto final de la evolución

ideológica de la humanidad. Lo único relevante que nos depararía el futuro sería la exportación a escala mundial, de la democracia formal basada en el sistema económico neoliberal. Pero después de la Guerra del Golfo y del conflicto de la ex-Yugoslavia, las tesis de Fukuyama sobre un mundo felizmente neoliberal cayeron en desgracia. Y fue Huntington el encargado de ofrecer una nueva visión conservadora de la situación internacional a partir de su paradigma sobre el «choque de civilizaciones».

Fukuyama y Huntington representan dos puntos estelares dentro de la maniobra orquestada por la ideología neoliberal para difundir su ideario e introducirlo en las prácticas políticas de los gobiernos. Dentro de esta calculada estrategia, los «think tanks» y las fundaciones benéficas norteamericanas han jugado un papel principal. Los laboratorios de ideas de tendencia neoliberal son centros de investigación que analizan y elaboran propuestas de actuación sobre los diversos ámbitos de la vida política, económica y social de los EVA, teniendo como principal objetivo la influencia de su ideario en la política interior y exterior de este país. Algunos de estos laboratorios de ideas tienen un pronunciado carácter académico, como es el caso de la Rand Corporation, donde trabaja Fukuyama, o del American Enterprise Institute, donde colabora Jeane Kirkpatrick. Otros laboratorios centran sus actuaciones más abiertamente en el activismo político, como es el caso de la Heritage Foundation o la Progress and Freedom Foundation. También hay laboratorios que, como el Cato Institute, combinan ambas estrategias.

Estos laboratorios de ideas neoliberales y neoconservadoras son financiados por fundaciones benéficas de carácter privado que están relacionadas con los más importantes grupos industriales y financieros de los EVA. El gran capital y sus intereses son los que crean, desarrollan y popularizan las tesis de autores como Fukuyama y Huntington. Por poner sólo algunos ejemplos, la Heritage Foundation y el American Enterprise Institute son subvencionados por la Bradley Foundation, y el Cato Institute es financiado por la David H Koch

Charitable Foundation. Los recursos económicos de estas dos fundaciones benéficas provienen de algunas de las empresas petroleras más importantes de los EVA. Además, la Heritage Foundation recibe fondos de la Sarah Scaife Foundation (banca), y el American Enterprise Institute se beneficia también de los fondos aportados por la Eli Lilly Foundation (productos farmacéuticos).

Si los grandes grupos industriales y financieros, a través de fundaciones benéficas, favorecen los laboratorios de ideas neoliberales es porque desde estas instituciones se intenta influir sobre el gobierno estadounidense para que aplique medidas que protejan y garanticen sus intereses. A autores como Fukuyama y Huntington les corresponde entonces la tarea de ofrecer a los políticos argumentos técnicos para defender y legitimar la necesidad de estas medidas e intentar camuflar, de esta forma, cuáles son los intereses que están realmente en juego.

El poder de estas fundaciones privadas no se debe subestimar, ya que no sólo se dedican a financiar laboratorios de ideas, sino que también extienden su influencia hasta el mundo universitario, el mundo editorial y el de los medios de comunicación de masas. Su capital se utiliza para fines muy diversos, como la subvención de revistas y libros, la promoción de determinado tipo de debates o la creación de plazas de profesores, cátedras y centros de investigación dentro del ámbito universitario. Dos de las fundaciones privadas más relevantes de los EVA son la E. A. Morris Foundation (tabacalera) y la John Malin Foundation. El capital de la John M Olin Foundation surgió originariamente de una importante empresa de municiones y armas ligeras que, posteriormente, debido a una fusión, se convirtió en la Olin-Mathieson Chemical Company, una de las principales empresas químicas norteamericanas.

La Fundación Olin nos interesa especialmente porque sus recursos económicos fueron los principales responsables de la difusión mundial de las tesis de Fukuyama y Huntington. Las ramificaciones de esta fundación privada son extensas. Su capital se destina a un amplio abanico de actividades. Entre sus principales beneficiarios figuran

algunas de las universidades más prestigiosas de los EUA, como Harvard, Chicago, Yale y Stanford; algunas de las revistas que juegan un papel más importante en la defensa del sistema, como *The National Interest* o *Foreign Affairs*, donde aparecieron, respectivamente, los artículos de Fukuyama y Huntington; algunos de los más activos laboratorios de ideas neoliberales, como *The Progress and Freedom Foundation*, *American Enterprise Institute*, *Heritage Foundation* y *Cato Institute*. También cabe destacar, teniendo en cuenta las claras relaciones establecidas entre el gran capital y las empresas armamentísticas, sus aportaciones en la investigación de temas de estrategia militar y seguridad nacional. La Fundación Olin subvenciona programas de investigación y enseñanza sobre temas militares en la Academia de la Fuerza Aérea de Colorado o en la Academia militar de West Point, en el *Center for Strategie and Intemational Studies* en el *United States Global Strategy Council*. y evidentemente también está detrás del *Institut John M. Olin de Estudios Estratégicos* de Harvard que, hasta enero del 2000, fue dirigido por Huntington.

La Fundación Olin utilizó una estrategia muy parecida para promocionar las tesis, primero de Fukuyama, y luego de Huntington. En 1988, Allan Bloom, que dirigía el centro Olin de Chicago, invitó a Fukuyama a exponer sus ideas. De esta conferencia surgió, en 1989, su famoso artículo, antes citado, sobre el fin de la historia, que fue publicado en *The National Interest*, la revista de la fundación. En un número posterior de la revista, para intentar crear la sensación de debate, aparecieron críticas de Allan Bloom, Irving Kristol y Huntington a las tesis de Fukuyama. Entonces se convocó a la prensa y así se allanó el camino para la publicación del libro que habría de convertir a Fukuyama en una figura reconocida a escala mundial, y más allá del ámbito estrictamente académico. Pero, como decíamos antes, los conflictos del Golfo y de la ex-Yugoslavia ensombrecieron la esperanza de Fukuyama sobre la marcha triunfal de la democracia occidental neoliberal sobre el planeta entero. Y entonces Huntington tomó el relevo publicando, en 1993, su artículo sobre el choque de civilizaciones en *Foreing Affairs*,

más tarde aparecieron una serie de réplicas de otros autores y, finalmente, se publicó su famoso libro sobre la misma cuestión.

Después de ilustrar las relevantes implicaciones económico-políticas que envuelven las tesis de Fukuyama y Huntington, queremos centrarnos en Huntington porque sus interpretaciones del orden internacional han reaparecido con fuerza después de los acontecimientos del 11 de setiembre y su influencia nos parece especialmente perniciosa. Según Huntington, la vieja rivalidad entre las dos superpotencias de la Guerra Fría está siendo substituida por el choque de civilizaciones. Por tanto, los conflictos más importantes no estarán motivados especialmente por causas ideológicas, ni políticas, ni tan sólo económicas, sino sobre todo por causas relacionadas con las diferencias entre civilizaciones. Huntington habla de la existencia de ocho civilizaciones: china, japonesa, islámica, hindú, ortodoxa, latinoamericana, occidental y africana. Aunque considera que en la nueva situación mundial los Estados-nación continuarán siendo los actores principales, afirma que sus políticas se dejarán influir no sólo por intereses económicos y de poder, sino sobre todo por las diferencias y coincidencias culturales. La política internacional estará dominada por unas complejas y difíciles relaciones entre grandes agrupaciones culturales, es decir, entre las llamadas «civilizaciones».

Frente al optimismo de Fukuyama con relación al triunfo gradual pero definitivo de los valores y las instituciones de la democracia liberal occidental, Huntington declaraba que estábamos asistiendo al inicio de la decadencia de la civilización Occidental debido al progresivo aumento de poder por parte de las civilizaciones no occidentales. Según Huntington sería una auténtica irresponsabilidad que Occidente bajara la guardia, pues en este nuevo mundo multicivilizacional corría el riesgo de perder su supremacía. Huntington estima que el control de Occidente sobre la mayoría de recursos importantes habría llegado a su punto culminante a principios del siglo XX, mientras que a partir de entonces su poder habría

empezado a declinar. Ante este estado de decadencia, el consejo de Huntington a Occidente es el de rearmarse ante los nuevos enemigos que serían, sobre todo, el mundo islámico y el mundo asiático. China, que bien podría convertirse en una gran rival en el ámbito económico, y el mundo árabe, con su aumento espectacular de la población, serán, según Huntington, las dos fuentes principales de donde emanará el cuestionamiento del liderazgo mundial de Occidente.

Aunque Fukuyama y Huntington parecen situarse en puntos de vista muy distintos, no debemos olvidar que ambos autores toman claramente partido a favor de los intereses de Occidente, dejando al llamado Tercer Mundo en una posición secundaria y dependiente. En el caso de Fukuyama se presupone la victoria final de Occidente a escala mundial. En el caso de Huntington simplemente se avisa de la posibilidad de que otras civilizaciones se atrevan a mantener un pulso con Occidente, pero con sus tesis se encarga de ofrecer consejos para que al final la balanza continúe decantándose del lado de Occidente.

Después del 11 de septiembre, las tesis de Huntington devienen especialmente peligrosas porque se ha insinuado que al menos uno de los nuevos enemigos de la civilización Occidental pronosticados por este autor se habría materializado de la forma más impresionante que alguien hubiera podido imaginar. Efectivamente hay quien ha querido interpretar los acontecimientos del 11 de septiembre como un choque entre la civilización occidental y la civilización islámica, potenciándose de esta manera la desconfianza que ya mucho antes se había ido creando, por diferentes medios, con relación a todo lo que proviniese del mundo islámico, una desconfianza claramente subrayada en las ideas de Huntington.

Huntington compara la importancia de lo que llama el «Resurgimiento islámico» con la Revolución francesa, la Revolución americana o la Revolución rusa. Insiste en la transcendencia de la explosión demográfica acontecida en el mundo árabe combinada con el orgullo renovado que estaría experimentando esta civilización respecto a sus propios valores, instituciones y cultura. Aunque considera que

todas las civilizaciones no occidentales en general estarían pasando por un estadio de renacimiento debido a su crecimiento económico, militar y político, cree que el mundo árabe, junto al mundo asiático, y sobre todo China, representarán la principal amenaza. Con el Islam y China, dice Huntington, es probable que Occidente mantenga relaciones tensas y a menudo antagónicas. Mientras que sus relaciones con Latinoamérica y África registrarán grados de tensión mucho más débiles, y las relaciones con Rusia, Japón y la India se situarán en una posición intermedia.

Las tesis de Huntington están impregnadas de un profundo etnocentrismo que implica un claro prejuicio respecto a las culturas no occidentales y, especialmente, en relación con la civilización islámica, sobre la cual realiza afirmaciones realmente preocupantes: «las fronteras del islam son sangrientas, y también lo son sus áreas y territorios internos» y «la belicosidad y violencia musulmanas son hechos de finales del siglo XX que ni musulmanes ni no musulmanes pueden negar. Huntington afirma que el mundo musulmán se define por un plus de violencia y belicosidad comparado con las demás civilizaciones. Describe seis causas que explicarían por qué los musulmanes estarían implicados en mucha más violencia intergrupal que los individuos de otras civilizaciones y porque los Estados de la civilización árabe serían mucho más propensos a recurrir a la violencia en las crisis internacionales.

En primer lugar, el Islam habría sido, desde sus orígenes, una religión glorificadora de la espada y exaltadora de las virtudes castrenses. En segundo lugar, debido a la expansión del Islam, los musulmanes habrían entrado en contacto directo con muchos pueblos diferentes y esta situación generaría una fuente constante de disputas. En tercer lugar, considera que el islam, más que el cristianismo, es «una fe absolutista» porque funde el ámbito religioso y el político, y establece una línea divisoria muy marcada entre los que pertenecen al Dar al-Islam y los que constituyen el Dar al-Harb. Por este motivo piensa que confucianos, budistas, cristianos occidentales y cristianos ortodoxos siempre tendrán menos dificultades para

adaptarse unos a otros, que las que cualquiera de ellos pueda tener a la hora de intentar convivir con musulmanes, Estas tres causas (militarismo, proximidad a grupos no musulmanes y indigestabilidad) serían características constantes en el Islam y cree que pueden explicar lo que él percibe como una clara propensión musulmana al conflicto a lo largo de la historia. El Islam, por naturaleza, tendría tendencias violentas, según Huntington.

Además de estas constantes inherentes al islam, habría tres factores más, en este caso circunstanciales, que podrían contribuir a explicar su propensión a la violencia y al conflicto en la actualidad. Uno de estos factores, al cual, significativamente, no le da demasiada importancia, sería el victimismo y el resentimiento que experimentaría el mundo musulmán debido a los efectos sufridos por el imperialismo occidental. Un segundo factor, mucho más relevante, sería la ausencia de uno o más Estados centrales en la civilización islámica, Los Estados aspirantes a ser líderes dentro del mundo musulmán, como Arabia Saudita, Irán, Pakistán, Turquía y potencialmente Indonesia, rivalizan para ejercer una influencia predominante, pero ninguno de ellos goza de una posición de fuerza suficiente que le permita actuar de intermediario en los conflictos internos del Islam o actuar con autoridad, en nombre del mundo islámico, en caso de conflicto entre musulmanes y no musulmanes. Finalmente, el último factor sería la explosión demográfica producida en las sociedades musulmanas y la existencia de un gran contingente de jóvenes varones, de entre quince y treinta años, a menudo en el paro, que constituyen «una fuente natural de inestabilidad y violencia, tanto dentro del Islam, como contra no musulmanes.

Este factor por sí solo, según Huntington, explicaría buena parte de la violencia musulmana de los años ochenta y noventa. y considera que el envejecimiento de esta generación, alrededor de la tercera década del siglo XXI, podría comportar una importante reducción de «las propensiones musulmanas a la violencia».

Como se puede comprobar, los análisis de Huntington sobre la civilización islámica son

realmente maniqueos y si en la actualidad estos estereotipos son los que se instalan en la mente del gobierno norteamericano, tal como pretende Huntington, las consecuencias pueden ser realmente nefastas y generar conflictos bélicos mucho más graves que la Guerra de Afganistán. y es que Huntington asegura que, además de esta propensión especial y profunda a la violencia por parte de la civilización islámica, existe un enfrentamiento eterno entre el cristianismo, una de las bases de la civilización occidental, y el Islam. Para Huntington el conflicto entre la democracia liberal y el marxismo-leninismo, por ejemplo, tan sólo sería un simple fenómeno histórico, fugaz y pasajero, comparado con la tensión continuada y profundamente intensa entre el Islam y el cristianismo. A lo largo de la historia, el cristianismo y el Islam siempre se habrían erigido, cada uno de ellos, como el Otro del otro, y afirma que «las causas de esta tónica constante de conflicto no estriban en fenómenos transitorios, como la pasión cristiana del siglo XII o el fundamentalismo musulmán del siglo XX, sino que dimanar de la naturaleza de estas dos religiones y de las civilizaciones basadas en ellas». Para Huntington el conflicto entre la civilización árabe y la occidental no es circunstancial, sino substancial. Se trata de un conflicto eterno que proviene de la misma naturaleza de cada una de estas civilizaciones que se basan en religiones y valores que siempre entrarán en colisión.

Huntington es muy claro aconsejando a Occidente sobre la actitud que debe tomar respecto a las demás civilizaciones, y sobre todo en relación con China y la civilización islámica. Si Occidente está en crisis mientras las demás civilizaciones van aumentando gradualmente su poder, Occidente no debe abandonar, bajo ningún concepto, la carrera armamentística. Huntington sólo ve a las demás civilizaciones como enemigos potenciales. Su obsesión por la peligrosidad del Otro es recurrente en todos sus escritos y ante este miedo a la diferencia su respuesta se sitúa claramente en torno a la cultura de la guerra. Huntington ha afirmado de forma rotunda que la no proliferación de armamento proclamada por Occidente es un claro error estratégico y está convencido de que este tipo de política está condenada al fracaso.

Occidente debe aceptar, como un hecho inevitable, que las demás civilizaciones se dediquen a aumentar su capacidad militar. Occidente tendría que pasar de la oposición a la proliferación de armamento a adaptarse a ella. De lo que se trata, aclara Huntington sin ruborizarse, es que Occidente encuentre la manera de conseguir que el hecho de promover la proliferación de armamento pueda servir a los intereses norteamericanos y occidentales.

Para intentar dar más realismo a sus hipótesis sobre el choque de civilizaciones que se avecina, no muestra reparos en recrear una posible tercera guerra mundial. Huntington se imagina un futuro enfrentamiento bélico entre los EVA y China que acabaría implicando buena parte de la humanidad: un misil con carga nuclear, lanzado desde Argelia, explotaría en las afueras de Marsella; después de superar las proclamas pacifistas que en los EVA protagonizarían los hispanos, que estarían dominando el sudoeste del país. Se iniciaría una tercera guerra mundial que enfrentaría dos grandes bloques; los EVA, Europa, Rusia y la India lucharían contra China, Japón y la mayoría del mundo islámico. Este conflicto podría finalizar con la mutua devastación nuclear, con una pausa negociada, o bien con la marcha triunfal de las fuerzas rusas y occidentales hasta la plaza de Tiananmen. Por supuesto, no hace referencia a la posibilidad de que el enemigo consiguiera plantarse victorioso ante la misma ciudad de Nueva York.

Aún así, piensa que, una vez finalizada la contienda, los EVA se verían inmersos en una fuerte crisis que provocaría que amplios sectores de la opinión pública culpasen de la mala situación en que habría quedado el país a la estrecha orientación occidental de las élites WASP (blancas, anglosajonas y protestantes) y, una vez más, los líderes hispanos saldrían a escena y conseguirían alcanzar el poder apoyados por la promesa de una amplia ayuda proporcionada por los países latinoamericanos, los cuales habrían quedado al margen de la guerra. Lo poco que quedase de Europa sería devorado por las masas que llegarían de África. En Asia, Indonesia, que habría permanecido neutral, se convertiría en el nuevo Estado dominante. En todo caso, lo más remarcable de

la nueva situación mundial sería que el centro del poder global se habría desplazado del norte hacia el sur.

Huntington, aprovechándose de su enorme erudición y su gran conocimiento sobre política internacional, es capaz de construir, en primer lugar, unos enemigos para la civilización Occidental, que serían, potencialmente, todas las demás civilizaciones, las no occidentales, y especialmente el mundo islámico y el mundo asiático. En segundo lugar, muestra su habilidad y su falta de escrúpulos a la hora de afear al enemigo, sobre todo subrayando la gran incompatibilidad existente entre la civilización occidental y la islámica, e inventándose una agresividad extra inherente al mundo musulmán. Si el enemigo es inevitable, y además es tan peligroso que incluso es posible recrear una tercera guerra mundial, Occidente sólo puede reaccionar de una forma si aún tiene sentido común. Debe seguir aumentando sus presupuestos militares, en caso contrario, perderá la capacidad de dominio de la que goza en la actualidad.

Pero Huntington no sólo recurre al consejo militarista, sino que también hace referencia a la necesidad y a la urgencia de defender los valores, las instituciones y el estilo de vida occidentales. Para contrarrestar el aumento de poder de las civilizaciones no occidentales, Occidente debe rearmarse militarmente pero también culturalmente. Occidente debe ser más occidental que nunca. Para Huntington la civilización occidental incluye Norte América, Europa, Australia y Nueva Zelanda, aunque en sus escritos prácticamente se olvida de Australia y Nueva Zelanda, y se centra de forma clara en los EVA. A lo largo de la historia, según Huntington, Occidente habría atravesado por una primera fase de dominio europeo y una segunda fase de dominio norteamericano. Huntington apuesta por la posibilidad de una tercera fase, en este caso euroamericana, que sólo será posible si Occidente sabe reaccionar adecuadamente ante los nuevos retos internacionales:

«Occidente atravesó una primera fase europea de desarrollo y expansión que duró varios siglos, y después una segunda fase americana en el siglo XX. Si Norte América y

Europa renuevan su vida moral, construyen sobre su coincidencia cultural y desarrollan formas exclusivas de integración económica y política para complementar su colaboración en materia de seguridad en la OTAN, podrían generar una tercera fase euroamericana de prosperidad económica e influencia política occidental. Una integración política significativa contrarrestaría en cierta medida la decadencia relativa en la proporción de Occidente respecto a la población, el producto económico y el potencial militar del mundo, y restablecería el poder de Occidente a los ojos de los líderes de otras civilizaciones. Sin embargo, el que Occidente se una o no políticamente y económicamente depende sobre todo de que los Estados Unidos se reafirmen en su identidad como nación occidental y definan su papel a escala mundial como líder de la civilización occidental».

Huntington plantea esta cuestión de forma muy taxativa. El futuro no garantiza necesariamente que la civilización occidental continúe liderando el orden internacional. De la actitud que adopte Occidente depende el hecho de si sabrá renovarse y salir de su actual estado de crisis o, por el contrario, continuará su degeneración interna acelerando su final como civilización o inaugurando un nuevo periodo de subordinación a otras civilizaciones económicamente y demográficamente más dinámicas. Para facilitar el advenimiento de una tercera fase euroamericana, es necesario reforzar la colaboración económico-política entre Europa y los EVA, y afianzar de forma rotunda el papel de la OTAN. El recurso militarista es indispensable. Pero para que esta colaboración sea posible, afirma, Huntington, los EVA deben apresurarse a reafirmar su identidad como nación occidental. Así pues, Huntington también exige como requisito imprescindible para el futuro liderazgo de Occidente que la identidad norteamericana sepa proteger cuidadosamente su pureza occidental. Huntington teme al peligro de que Occidente se esté desoccidentalizando.

A parte de los enemigos externos, la civilización islámica y la confuciana, Huntington hace referencia a dos grupos de población que, desde el interior mismo de

Occidente, estarían en posición de cuestionar las mismas esencias de esta civilización. En primer lugar, tendríamos a los inmigrantes de otras civilizaciones que rechazan la integración y siguen adhiriéndose y propagando los valores, costumbres y culturas de sus sociedades de origen. Este fenómeno estaría bien representado por la presencia de un número considerable de musulmanes en Europa, a pesar de continuar siendo una minoría, y en menor grado, por la presencia de los hispanos en los EVA, que conforman una gran minoría.

En segundo lugar, Huntington señala la existencia de un pequeño pero influyente grupo de intelectuales y publicistas compatriotas suyos que representarían uno de los peligros internos más graves e inmediatos para la sociedad norteamericana. Esta plaga interna son los multiculturalistas. Como se puede comprobar, Huntington tiene problemas con la diversidad tanto a escala nacional como en el ámbito internacional. El principal enemigo interno de los EVA lo conforman todos aquellos que cuestionan la verdadera identidad nacional norteamericana, basada culturalmente en la herencia de la civilización occidental y políticamente en la libertad, la democracia, el individualismo, la igualdad ante de la ley, el constitucionalismo y, por supuesto, la defensa de la propiedad privada. En nombre del multiculturalismo, estos amenazadores grupos estarían minando la identificación de los EVA con la civilización occidental y negarían la existencia de una cultura norteamericana común, mientras se dedicarían a promover identidades y agrupaciones raciales, étnicas y culturales de diferente tipo a nivel subnacional. A estos críticos de la perspectiva monocultural defendida por Huntington, se los cataloga de «separatistas etnocéntricos» y son acusados de «buscar inyecciones redentoras de culturas no occidentales».

Esta tendencia multicultural derivaría, según Huntington, de la perniciosa legislación sobre derechos civiles introducida en los años sesenta. En los años noventa, en la misma línea, Clinton habría convertido el estímulo de la diversidad en uno de sus objetivos primordiales. Para Huntington los multiculturalistas representan una terrible

amenaza para la pureza occidental de la identidad norteamericana porque desearían que los EVA se convirtieran en un país de múltiples civilizaciones que no sólo asumiera el legado occidental. Esta posibilidad resulta aterradora e inviable para el profesor de Harvard: «La historia demuestra que ningún país así constituido puede pervivir largo tiempo como una sociedad coherente. Unos Estados Unidos de múltiples civilizaciones no serán los Estados Unidos, serán las Naciones Unidas».

Consecuentemente con su definición esencialista y excluyente de lo que es una civilización, Huntington afirma que el choque entre los multiculturalistas y los defensores de la civilización occidental y del verdadero estilo de vida norteamericano constituye el «verdadero choque». Del hecho que los norteamericanos sepan reafirmar, sin fisuras, su adhesión a la civilización occidental, y se alejen radicalmente de los «diversos y subversivos cantos de sirena del multiculturalismo, depende no sólo el futuro de los EVA, sino el futuro de la civilización occidental en su conjunto, porque bien poca cosa sería esta civilización sin la presencia de su líder norteamericano:

«El rechazo del credo y de la civilización occidental supone el final de los Estados Unidos de América tal y como los hemos conocido. También significa realmente el final de la civilización occidental. Si los Estados Unidos se desoccidentalizan, Occidente queda reducido a Europa y a unos pocos países ultramarinos de colonos europeos escasamente poblados. Sin los Estados Unidos, Occidente se convierte en una parte minúscula y decreciente de la población del mundo, en una península pequeña y sin trascendencia, situada en el extremo de la masa continental euroasiática».

Además de la autoafirmación occidental de la identidad nacional de los EVA, también resulta necesario, según Huntington, regenerar los pilares sobre los que se erige la propia civilización occidental, unos pilares que también estarían siendo erosionados por un proceso de «decadencia moral» que se manifestaría básicamente en las siguientes cinco tendencias:

«El aumento de la conducta antisocial, como crímenes, drogadicción y violencia en

general. La decadencia familiar, que incluye mayores tasas de divorcio, ilegitimidad, embarazos de adolescentes y familias monoparentales. Al menos en los Estados Unidos, el descenso del «capital social, esto es, del número de miembros de asociaciones de voluntariado y de la confianza interpersonal asociada con tal colectivo. El debilitamiento general de la «ética del trabajo» y el auge de un culto de tolerancia personal. El interés cada vez menor por el estudio y la actividad intelectual, manifestado en los Estados Unidos en unos niveles inferiores de rendimiento escolar».

Huntington considera que una parte fundamental del futuro de Occidente y de su influencia sobre las demás civilizaciones depende de su habilidad para afrontar con éxito estas tendencias decadentes que resquebrajan la solidez de la cultura occidental y ofrecen motivos a las civilizaciones islámica y asiática para proferir declaraciones de superioridad moral. Los norteamericanos deben jugar un papel protagonista para trabajar por la superación de la actual etapa crítica por la cual está atravesando la civilización occidental, y lo deben hacer, sin duda, reafirmandose en la idea siguiente:

«Culturalmente, los norteamericanos son parte de la familia occidental; los multiculturalistas pueden dañar e incluso destruir esa relación, pero no pueden reemplazarla. Cuando los estadounidenses buscan sus raíces culturales, las encuentran en Europa».

Si Huntington es capaz de realizar este tipo de afirmaciones, entonces resulta comprensible que sólo pueda llegar a pensar el mundo en términos de choque entre civilizaciones. Si no reconoce la diversidad inherente dentro de su propio país, tampoco la respetará en el ámbito internacional. Pero éste no es en absoluto su objetivo. No le interesa pensar un orden mundial más justo donde sea posible construir un equilibrio de poder entre los diferentes países que, a su vez, permita la convivencia armoniosa y enriquecedora entre las diversas culturas. Su obra está destinada exclusivamente a encontrar la manera de proteger y promocionar los intereses y los valores occidentales. Si sus tesis acaban influyendo en

la política norteamericana, el futuro que nos aguarda no será precisamente bucólico. Con una postura tan partidista el choque del que habla Huntington tiene muchas posibilidades de llegar a materializarse. Sobre todo si tenemos en cuenta que Huntington parte de la idea de que sólo es posible afirmar la propia civilización, no sólo negando la diversidad interna, sino también marcando la oposición respecto a las demás civilizaciones. Huntington es un claro ejemplo de integrismo occidental, de mentalidad estrecha, salpicada de restos camuflados de auténtica xenofobia:

«El demagogo nacionalista veneciano que aparece en la novela de Michael Dibdin, *Dead Lagoon*, expresaba bien una severa *Weltanschauung* de esta nueva era: "No puede haber verdaderos amigos sin verdaderos enemigos. A menos que odiemos lo que no somos, no podemos amar lo que somos. Éstas son las viejas verdades que vamos descubriendo de nuevo dolorosamente tras más de un siglo de hipocresía sentimental. ¡Quienes las niegan, niegan a su familia, su herencia, su cultura, su patrimonio y a sí mismos! No se les perdonará fácilmente". La funesta verdad de estas viejas verdades no puede ser ignorada por hombres de Estado e investigadores».

Los hombres de Estado y los investigadores deben reconocer como verdad universal que para amar lo que somos, tenemos que odiar lo que no somos. Y que nadie se escandalice, porque, según el profesor de Harvard, la afirmación de lo propio pasa necesariamente por la negación de los otros: «sabemos quiénes somos sólo cuando sabemos quiénes no somos, y con frecuencia sólo cuando sabemos contra quiénes estamos». Aunque Huntington habla de la necesidad de crear unas Naciones Unidas que incluyan como miembros permanentes a países representantes de las diferentes civilizaciones y también hace referencia a la conveniencia de intentar crear una moral mínima extraída de los elementos comunes a las diferentes civilizaciones, estas muestras de buena voluntad, o de hipocresía, no son compatibles con el hecho de aconsejar a Occidente que se repliegue sobre sí mismo y que trate a los «otros» como enemigos. Pero cuando, como en el caso de Huntington, el otro

es visto como la negación de uno mismo, no puede ser tolerado bajo ningún concepto, y de forma inevitable se intentará impedir su desarrollo. Huntington muestra tener muy asumida la competitividad que supone que, por definición, para ganar es necesario que el otro pierda. Le parece natural que se odie a los que representan el papel del otro porque, dice, la gente necesita enemigos: competidores en los negocios, rivales en el rendimiento académico u opositores en la política. y si se resuelve un conflicto y desaparece un enemigo, cree que es inevitable que se generen fuerzas personales, sociales y políticas que den origen a otros nuevos enemigos. No parece que Huntington pueda llegar a imaginar, ni remotamente, que la humanidad también puede ser el reconocimiento de uno mismo en el otro, y con el otro.

Es importante resaltar que detrás de la oposición que Huntington marca entre la civilización occidental y las demás civilizaciones, lo que se encuentra de hecho es la distancia que separa el Primer Mundo del Tercer Mundo. A Huntington le interesa magnificar la importancia de la parte cultural porque pretende dejar de lado las graves diferencias económicas que separan los países ricos de los más empobrecidos. Con su «choque de civilizaciones» creemos que Huntington lo que pretende es impedir que veamos que los graves problemas de nuestro mundo tienen como principales causas las terribles desigualdades económicas existentes. Pero la construcción de un mundo más justo no entra dentro de los cálculos de Huntington ya que sólo contempla las medidas que Occidente debe tomar para seguir siendo la potencia dominante:

«El cambiante equilibrio de poder entre civilizaciones hace que para Occidente sea cada vez más difícil lograr sus objetivos en cuanto se refiere a la proliferación armamentística, los derechos humanos, la inmigración y otras cuestiones. Para minimizar sus pérdidas en esta situación, Occidente tiene que manejar hábilmente sus recursos económicos, como zanahorias y palos, al tratar con otras sociedades, para alentar su unidad y coordinar sus políticas a fin de dificultar a otras sociedades que enfrenten a una sociedad

occidental contra otra, y para ahondar y explotar las diferencias entre las naciones no occidentales».

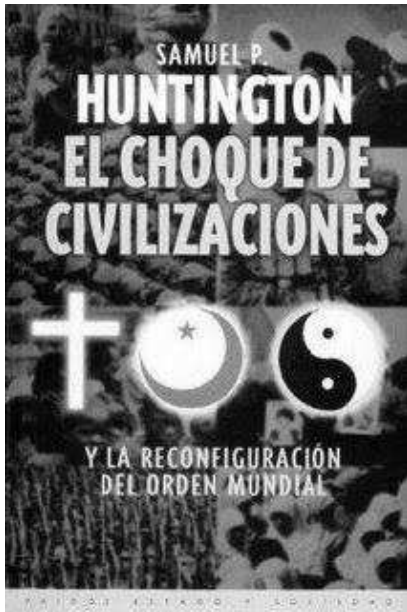
Dentro de Occidente la unión y la colaboración son imprescindibles, pero el trato para con los «otros», que ya se han definido previamente como enemigos, debe regirse por otros parámetros. Occidente debe ahondar y explotar las diferencias existentes entre los países no occidentales. Que los enemigos se enfrenten entre ellos es una ventaja, sin duda. y para rematar la cuestión de la alta política internacional, también debe quedar claro que el gran poder económico de Occidente debe ser utilizado como «zanahorias y palos». El cinismo de Huntington es impresionante, pero refleja bastante bien cuál ha sido la política de su país, con la colaboración de Europa, en relación con el Tercer Mundo. Pero entonces, ¿por qué nos sorprendieron tanto los acontecimientos del 11 de septiembre? ¿Qué le queda al Tercer Mundo ante la arrogancia y la prepotencia del mundo occidental? Evidentemente si no aceptamos la cultura de la guerra defendida por Huntington y aplicada por los gobiernos occidentales, tampoco justificamos las respuestas violentas y criminales que puedan venir de otras latitudes. Sólo pretendemos señalar que la situación marginal de la mayor parte de la población mundial, si no se soluciona, seguirá provocando estallidos de violencia. La mejor defensa es trabajar por la justicia. Y el profesor Huntington, con su paradigma financiado por el gran capital industrial y financiero, no contribuye en absoluto a ello. Queremos imaginar cómo deben sentirse los ciudadanos del Tercer Mundo, y especialmente los del mundo árabe, cuando leen las siguientes valoraciones de Huntington sobre la Guerra del Golfo. En este caso, aunque se empecina en interpretarla como una guerra de civilizaciones,

no puede dejar de mostrar cuáles fueron los intereses reales e innegables de esta contienda:

«La guerra del Golfo fue la primera guerra de recursos intercivilizatoria de la posguerra fría. Lo que estaba en juego era si el grueso de las mayores reservas petrolíferas del mundo sería controlado por los gobiernos de Arabia Saudí y de los emiratos, dependientes del poderío militar occidental para su seguridad, o por regímenes antioccidentales independientes, que podrían y estarían dispuestos a usar el arma del petróleo contra Occidente. Occidente no consiguió derrocar a Saddam Hussein, pero se anotó en cierto modo una victoria al poner de manifiesto la dependencia respecto a Occidente de los Estados del Golfo en materia de seguridad y al conseguir una mayor presencia militar en el Golfo en tiempo de paz. Antes de la guerra, Irán, Irak, el Consejo de Cooperación del Golfo y los Estados Unidos pugnaban para asegurar su influencia sobre el Golfo. Tras la guerra, el Golfo Pérsico era un lago estadounidense».

Esta descripción tan pura y dura es bien conocida en el Tercer Mundo, aunque allá no se celebre con gran regocijo. La civilización occidental, en nombre de la libertad, la democracia y los derechos humanos obliga al resto del mundo -con políticas neoliberales que empobrecen y llevan a la miseria a la mayoría de la población, o abiertamente con ataques militares- a ser un “lago”, una propiedad disponible y utilizable para el Primer Mundo. Occidente no sólo dispone de sus propios recursos, sino también de la expropiación y el expolio de los recursos del Tercer Mundo. Huntington, con su ampulosa teoría del «choque de civilizaciones», pretendería hacérselo olvidar, pero no lo consigue.

© Isegoria/26(2002)



Crítica al Choque de Civilizaciones de Huntington

En los últimos veinte años el mundo ha experimentado un profundo cambio en todas las facetas de su existencia. Los tiempos de un mundo bipolar, con un enemigo claramente definido, temido y fuerte han dado paso a otro mundo, que no ha marcado todavía las fronteras divisorias de forma clara, pero ya las está perfilando con éxito. El libro de Huntington nos habla de relaciones internacionales después de la caída del muro de Berlín, cuando uno de los dos grandes bloques ideológicos ha dejado de existir, creando una gran pregunta ¿Qué vendrá después? A diferencia de Fukuyama, Huntington no cree que el liberalismo occidental triunfe a escala mundial. Sin embargo considera que las religiones y las culturas serán los protagonistas del futuro.

ALEJANDRO URIBARRI

Las civilizaciones, depositarias de estos valores, tendrán fuerzas centrípetas para reunir a su alrededor los pueblos que se relacionan con ellas. Esta autoafirmación inevitablemente creará fricciones entre los pueblos, que se notarán mucho más en los lugares donde pasan las fronteras civilizatorias. Las ideologías políticas es una creación puramente occidental, por tanto, en el nuevo mundo multipolar y multicivilizacional perderán peso a favor de las culturas. Así el autor identifica las siguientes civilizaciones contemporáneas: china, japonesa, hindú, islámica, occidental, latinoamericana, ortodoxa y posiblemente africana. Sin embargo, señala la importante influencia que ha tenido la civilización occidental sobre el resto de culturas debido a la colonización del siglo XIX y principios de siglo XX. Esta influencia ha suscitado diferentes reacciones, desde el rechazo frontal de todo lo occidental, hasta el “kemalismo” turco. Algunas naciones como, por ejemplo, Rusia, han estado siempre en el lugar de los indecisos (países desgarrados), que en unas épocas buscaban su afirmación propia y en otras se acercaban a los ideales occidentales.

En la actualidad vivimos una reafirmación cultural muy importante. El éxito económico de los países asiáticos les ha llevado a pensar que su peculiar cultura y tradiciones son los artífices de este desarrollo, intentando menospreciar la

aportación del occidente a este crecimiento. Así, dice el autor: “El incremento de poder duro, económico y militar, produce en un pueblo mayor confianza en sí mismo, altanería y creencia en la superioridad de su propia cultura... y acrecienta enormemente su atractivo para los otros pueblos”. Pero lo más interesante es que este incremento de poder se consigue a través de los mecanismos de modernización que son fruto de la civilización occidental. Esta euforia no occidental también es debida a que los procesos que, por propia evolución, se gestaron en el occidente durante siglos y son fruto de mucho trabajo y sangre, en otras sociedades han sido importados y aplicados en un espacio de tiempo relativamente pequeño, muchas veces sin estar preparadas para este nivel de evolución. Huntington subraya dos civilizaciones más propensas al conflicto con el occidente: la islámica y la china. La reafirmación asiática se basa en su crecimiento económico y la musulmana en el crecimiento demográfico. Tanto una como otra ven en el occidente y sus valores un peligro. En el mundo contemporáneo la riqueza ya no se asocia únicamente con Europa o Estado Unidos. Hong Kong, Singapur, China, Corea del Sur... todos estos países son sinónimo de éxito económico. Y China no duda en invertir una

gran parte de los dólares en los programas militares de rearme para su ejército. Por otro lado, el crecimiento demográfico musulmán no es menos espectacular. Así, se pronostica que en el año 2025 los musulmanes comprenderán el 30% de la población mundial. Esto, unido a la inmigración islámica, que es altamente reacia a integrarse y respetar (o al menos tolerar) los valores del país anfitrión pueden provocar una importante desestabilización a nivel mundial, lo que a su vez puede poner en peligro la paz.

Las tesis del autor sobre el choque de civilizaciones las reafirman las propias sociedades objeto del estudio. La primera guerra de Afganistán creó la solidaridad musulmana que conocemos hoy. La reacción a la primera guerra de Irak por parte de los musulmanes ha sido de un rechazo total de una guerra contra “el islam y su civilización” por parte de “cruzados y sionistas”. Vemos que las ideas de Huntington no son nada nuevas para estos pueblos.

Este resurgir de civilizaciones también hace peligrar el avance de la democracia y los derechos humanos. En los años setenta y ochenta el mundo vivió una ola democrática importante. Posteriormente, tras la caída de la Unión Soviética también se han sumado al club democrático un número considerable de países. Estos movimientos han generado falsas expectativas de que se aproxima la era cuando todos los países sean democráticos. Sin embargo hemos visto que no es así. Los países musulmanes y China son especialmente reacios a admitir los valores occidentales de respeto a los derechos humanos. Están convencidos que la Declaración de los Derechos Humanos, editada tras la Segunda Guerra Mundial ya no es efectiva, por tanto los EEUU y Europa deben tener en cuenta los cambios de equilibrio económico y de poder.

Para hacer frente a todos estos desafíos y conservar los valores de libertad, democracia y derechos humanos, el occidente debe comprender estas nuevas tendencias de secularización mundial. Debe reconocer que fuerzas imperan en las relaciones internacionales y saber los puntos débiles y fuertes de los posibles rivales. Tiene que conocer mejor otras culturas y civilizaciones

para saber oponerse al empuje y conservar los valores que tanto nos ha costado formar.

El libro de Huntington es sin duda alguna una gran obra de ciencia política en general y de relaciones internacionales en particular. La sistematización de las ideas, el apoyo en datos empíricos y razonamiento lógico dan a este libro una gran credibilidad. Por otro lado, una exagerada glorificación de Estados Unidos en algunos puntos de este libro hace difícil su comprensión para las personas que no comparten la patria con el autor y suscita reacciones de rechazo de sus ideas. Pero tenemos que tener en cuenta que este libro no está escrito para que guste o no, es un estudio fundamentado que revela las tendencias actuales en un mundo sumido en cambio. El hecho de no estar de acuerdo con realidad y creer en un mundo mejor no debería llevar al lector a despreciar la simple revelación de esta realidad. El libro no procura decir si la actualidad es buena o mala, simplemente procura mostrarla.

En este sentido creo que las alternativas como la de “Diálogo de Civilizaciones” de Mohamed Jatamí, que son muchas veces interpretadas como ideas contrarias a las de Huntington, no son otra cosa que aceptación de la gran parte del libro. La propia idea del diálogo surge a partir de la aceptación de diferencias entre las civilizaciones. Si no hubiera diferencias ni hubiera civilizaciones en sentido descrito por Huntington, no sería necesario este diálogo.

Pero entonces, ¿cómo debe ser este diálogo? Como bien dice el autor en el libro, las relaciones entre los estados a nivel internacional están regidas por anarquía. No hay una fuerza de coacción universalmente aceptada que ordene las relaciones. Por tanto, para que el diálogo no se convierta en monólogo de una sola civilización, es necesario que las partes estén en iguales condiciones. Tanto la realidad que vivimos como la expuesta en el libro nos dice que el occidente pierde el poder en relación con otras civilizaciones, por tanto, la oportunidad del diálogo se aleja y se aproxima la realidad de un posible monólogo asiático o islámico. En este caso la mejor forma para favorecer el diálogo es fortalecer nuestra

posición para que nuestros argumentos tengan peso. No hay nada mejor para ilustrarlo que el debate sobre el cambio climático. Vemos lo que importa a los chinos e indios el calentamiento global y la polución. La debilidad del occidente hace que todos los esfuerzos por salvar nuestro planeta producen risas en la otra parte. Como bien decían los romanos “Si vis pacem, para bellum”. Esta política ha traído desarrollo tanto social como tecnológico en los años de la guerra fría y ha mostrado ser eficaz para mantener la paz. Ahora la democracia occidental se enfrenta a desafíos parecidos, por tanto los instrumentos no tienen porque ser diferentes. Lo peor es no ver los desafíos.

Desgraciadamente hay mucha crítica a este libro pero poca con argumentación constructiva y fundamentada. Sin embargo hay muchas reacciones emocionales con clichés propios de la censura moderna de lo “políticamente correcto”. Así, uno de los artículos más famosos de la crítica es el de Fouad Ajami “The Summoning”. El autor presenta ejemplos de varios países y con estos ejemplos puntuales intenta desmontar la teoría de Huntington. En primer lugar argumenta que los procesos de fundamentalismo no representan una resurrección religiosa sino son símbolos del debilitamiento de los valores antiguos antes de desaparecer por el avance de la economía del mercado y la democracia. Sin embargo podemos ver que no ocurre esto en la realidad. Las sociedades islámicas reafirman cada vez más el papel de la religión, las crisis financieras se traducen en pérdida de fe en valores occidentales y su desprecio. Incluso las comunidades musulmanas que deberían estar en la vanguardia de la modernización, los que viven en países democráticos occidentales, están muy lejos de aceptar su integración en la sociedad que les acoge. En referencia a la civilización confuciana, sostiene que en aquel parte del mundo lo que impera es la economía y no la política. Es posible que la actualidad en el 1993 haya sido esta, pero a diferencia de Huntington, el autor de la crítica no hacer predicción para un futuro próximo y ahora vemos que erró sus análisis. China es un país muy activo políticamente y defiende con fervor su régimen. Los escándalos relacionados con los derechos humanos, la censura y persecución

de disidentes son noticias de cada día. Por otro lado, en este país asiático hay una importante promoción estatal de sentimientos nacionalistas basados en la tradición, la cultura y la peculiaridad de su civilización respecto al mundo.

Edward W Said en su artículo “The Clash of ignorance” describe a Huntington como un demagogo al que le gusta la fácil idea de choque entre civilizaciones y que ignora otros procesos de mutuo enriquecimiento a lo largo de la historia. Pero lo cierto es que Huntington si ha aludido todo esto, es más, el desarrollo actual y la modernización de la gran parte del mundo no occidental es fruto de este enriquecimiento. Pero como bien dice el autor, esto no condiciona que la civilización gane afecto alguno a la exportadora de los valores recibidos. Said sostiene como algo reprochable el hecho de que Huntington en la gran parte de su libro ve el choque como “el occidente contra todos”, desde mi punto de vista es lo más natural posible para un escritor que pertenece a la civilización occidental. Observamos el mundo en su totalidad y lo entendemos desde todos los puntos de vista, pero nuestro propósito es proyectar las ideas desde la perspectiva de la utilidad y comprensión en el occidente. Al igual que un escritor islámico lo hará para la utilidad del mundo musulmán.

Amartya Sen en su libro “Identity and Violence: The Illusion of Destiny” (critica al cual próximamente podré aquí) sostiene que la identidad de la persona no se limita a la religión o cultura, sino hay multitud de aspectos por los que se identifica. La profesión, el nivel de ingresos, la nacionalidad, el lugar de nacimiento, las aficiones... como vemos hay muchas identidades dentro de la personalidad. Por tanto, sostiene Sen, analizar el mundo desde la perspectiva religiosa o cultural es limitar el alcance del resto de los factores influyentes, de este modo este tipo de análisis carece de precisión. Es difícil estar en desacuerdo con Sen en su valoración de las identidades. Pero nuestro cometido no es este, sino el de encontrar los aspectos que pueden provocar conflictos a gran escala, y en este caso tenemos que elegir, cuál de las identidades es la suficientemente predominante como para

contribuir al conflicto global. Los tiempos cuando el nivel de ingresos o nivel sociocultural podían influir en conducta violenta de muchas personas ya han pasado. Igual que las ideologías, es posible que crea algún conflicto local, pero este difícilmente trascienda dimensiones de uno o dos países. La nacionalidad es una característica importante que sin duda puede generar conflictos, inclusive dentro de una civilización. Pero estos conflictos son cada vez menores. Acordemos del reciente conflicto entre Rusia y Georgia. Rusia “defendió” una región musulmana contra la ortodoxa Georgia. Georgia era un aliado importante de los EEUU en la región, promovía la democracia y denunciaba prácticas ilegales de los rusos en Abjasia y Osetia. También aspiraba a entrar en la OTAN y UE. Pero cuando Moscú vino a machacar Georgia, el escaso apoyo del occidente hizo que los rusos salieron muy fortalecidos de este conflicto. Y ahora imaginemos por un momento que los rusos hiciesen lo mismo en, digamos, Uzbekistán. El apoyo del mundo musulmán sería mucho más firme y el conflicto trascendería su dimensión regional. En Chechenia, una región rusa desde hace mucho tiempo, ha habido apoyos indirectos de grupos de Emiratos Árabes y otros países musulmanes. En un país independiente como Uzbekistán rusos encontrarían resistencia de medio mundo. Es solo un ejemplo y no puede servir de argumento, pero Huntington en su libro da más ejemplos que revelan la solidaridad intercultural. Por tanto, podemos decir que ante la variedad de identidades, unas tienen más peso que otras, y a nivel generalizado (que es necesario para poder estudiar las Ciencias Sociales) la cultura y la religión son las identidades con más poder de influencia en la conducta. Solo en el supuesto caso de un ataque extraterrestre la condición humana podría superponerse a estas dos identidades.

Francis Fukuyama, quien ha inspirado el libro de Huntington pero con quien el autor no comparte las ideas, cree en una civilización universal al estilo occidental. Desde luego nuestros esfuerzos deben centrarse en este objetivo, pero todavía estamos lejos de conseguirlo. Y diría que estamos más lejos que hace veinte años. Pero la aparente diferencia

entre estos dos escritores no es tan grande como parece a simple vista. Los dos vienen de la misma escuela y los dos ven los valores occidentales como superiores. La corriente política de Huntington es de liberalismo conservador, a lo republicano. De allí viene este espíritu patriótico con el que escribe el autor.

Independientemente de lo extremo que puede parecer este libro y lo chauvinista que parecer el autor, hay argumentos que son difíciles de negar, sobre todo desde la altura del mundo que conocemos ahora. Yo personalmente creo que en gran medida el autor tiene razón. Los vínculos culturales y tradicionales están resurgiendo en todo el planeta. Pero creo que es un fenómeno temporal. Con el paso del tiempo la situación política en la gran parte de los países en vías de desarrollo se tenderá a estabilizarse y un desarrollo económico firme a largo plazo hará de fuerza centrípeta para los políticos de estos países. Con la desaparición de fundamentalismos el choque de civilizaciones persistirá, pero tendrá un aspecto parecido al de la guerra fría, con estados estables, desarrollados pero divergentes. No tan cerrados como entonces, dependientes unos de los otros pero con aspiraciones de control global. En este sentido el Consejo de Seguridad permanente de la ONU, con nuevos miembros, tendrá un papel muy diferente al que tiene ahora. Será un escenario de debate real y sus decisiones tendrán más peso.

Desde el punto de vista de Ciencia Política, creo que las religiones en un futuro tenderán a volver a institucionalizarse, sobre todo en el mundo no occidental. Incluso ahora podemos hablar de islam no solo como religión, sino como ideología política. Hay países donde los textos sagrados hacen de Carta Magna, entonces, ¿porque no considerar el islam junto con el comunismo y liberalismo una ideología? Al fin y al cabo, una idea filosófica en el poder ya podría ser llamada ideología...

En vista de todo esto, a diferencia de Fukuyama, no considero que nos espera un futuro aburrido, sino interesante y rico en acontecimientos.

© <http://www.elexterior.es/>



Sam Huntington

Samuel P. Huntington, Albert J. Weatherhead III University Professor de la Universidad de Harvard, fue uno de los gigantes de la ciencia política del mundo durante el último medio siglo. Entendía la Ciencia Política como la “exploración de la realidad política, comprendiendo las cosas como son y por qué son como son”. Era un hombre de modos suaves y opiniones fuertes –sobre la colisión entre el Islam y Occidente, sobre el papel de los militares en una sociedad democrática, sobre lo que separa a los países que funcionan de los que no funcionan– y estas opiniones han resultado ser perceptivas y al mismo tiempo polémicas. Tímido en la vida social pero valiente en el mundo académico, su apariencia frágil ocultaba una personalidad firme.

RODOLFO A. DÍAZ

Escribió sobre la guerra y la paz, el desarrollo y la decadencia, la democracia y la dictadura, culturas y estructuras, la migración y el desarraigo, y muchos otros temas. La historia de las batallas intelectuales que rodean las Relaciones Internacionales desde el principio de la Guerra Fría, puede ser contada siguiendo los diecisiete libros y numerosos artículos de Huntington. Kissinger y Brzezinski serán recordados por sus cargos públicos; Huntington –aunque estuvo en el Gobierno más de una vez– decidió quedarse en el baluarte liberal de las universidades de la Ivy League.

A principios de la década de 1990 los formadores de opinión de Estados Unidos competían en triunfalismo. Los economistas argumentaban que el “consenso de Washington” diseminaría paz y prosperidad en todo el mundo; los políticos debatían si el “dividendo de la paz” debía ser usado para crear un sistema de salud universal o debía fructificar en los bolsillos de la gente, o ambas cosas; Francis Fukuyama se consagraba al declarar en 1992, “el fin de la historia” y el triunfo universal del liberalismo occidental.

Samuel Huntington pensaba que todo eso eran tonterías. En *El Choque de Civilizaciones* presentó una visión más oscura: argumentó que las antiguas divisiones ideológicas de la Guerra Fría serían reemplazadas, no por una armonía universal, sino por divisiones culturales aún más

antiguas; que el mundo estaba profundamente dividido entre diferentes civilizaciones, y que, lejos de estar unidas por la globalización, estas diferentes culturas estaban entrando en conflicto; y agregó otro revulsivo a su argumento al sugerir que la civilización occidental estaba en relativa decadencia y que la democratización estaba más ligada al Concilio Vaticano II que a la expansión del libre mercado. Huntington disparó su última polémica con su último libro, *Quiénes somos*, en el que dice que EEUU no es una experiencia multicultural sino el producto de la cultura anglosajona protestante, y opina que la gran afluencia de inmigrantes latinos amenaza con separarla de sus raíces.

Entre los científicos políticos, otros fueron los libros particularmente influyentes: *El orden político en sociedades en cambio* (1968), que desafió las ideas ortodoxas de los años ‘60 en el campo del desarrollo, cuyo argumento central es que el grado del orden, y no la forma del régimen político, es lo más importante. *La Tercera Ola* (1991) abordó temas similares desde un punto de vista diferente, es decir, que la forma del régimen político –democracia o dictadura– sí importa.

Huntington combinaba ideales “liberales” con una comprensión profundamente conservadora de la historia; no lo seducía la “teoría de Rational Choice” y siguió siendo el

profesor de la vieja guardia que especula histórica y filosóficamente sobre la condición humana. Sin embargo, creía que era vital combinar un idealismo “liberal” con un escepticismo arraigado en una lectura conservadora de la historia. Rechazó el reduccionismo económico que impulsó el Consenso de Washington, e insistió, por el contrario, en ver a las personas como productos de la cultura en lugar de máquinas calculadoras de ganancias y pérdidas.

Samuel Phillips Huntington nació el 18 de abril de 1927 en la Ciudad de Nueva York, y se crió en Queens y en el Este del Bronx; era el hijo de Richard Thomas Huntington, redactor y editor, y de Dorothy Sanborn Phillips, escritora; su abuelo, John Huntington, fue el co-editor de la revista de denuncia anticorrupción McClure's. Huntington fue un prodigio, estudió en la Escuela Secundaria Stuyvesant, ingresó a la Universidad de Yale a los dieciséis años y se graduó con “honores excepcionales” a los dos años y medio, en 1946. “Allí –recuerda– éramos todos liberales y Franklin Roosevelt era Dios” pero “había un estudiante que se oponía vehementemente”, el futuro Presidente de la Corte Suprema, William Rehnquist.

Huntington recibió su B.A. de Yale en 1946, sirvió en el Ejército de los EE.UU., obtuvo su Master de la Universidad de Chicago en 1948, y su Ph.D. de Harvard en 1951. Pasó el resto de su vida dando clases en Harvard –58 años– excepto durante un período que estuvo en la Universidad de Columbia desde 1958 a 1962. Fue Presidente del Departamento de Gobierno de Harvard (1967-69 y 1970-71) y Director del Center for International Affairs (hoy Weatherhead Center for International Affairs) (1978- 1989). Fue presidente de la American Political Science Association (1986-1987).

Huntington fue Demócrata toda su vida. Ya en la década de 1950 escribía discursos para Adlai Stevenson (y conoció a su esposa, Nancy, durante la campaña presidencial de 1956); fue consultor del Departamento de Estado en el Gobierno de Johnson en 1967, donde preparó un informe de 100 páginas sobre la Guerra de Vietnam que provocó un gran revuelo; fue asesor de Política Internacional de Hubert

Humphrey en la campaña presidencial de 1968, y Coordinador de Planificación de Seguridad del Consejo Nacional de Seguridad en el Gobierno de Jimmy Carter (1977-78).

El libro que le dio popularidad más allá de lo académico y generó gran polémica pública, *El Choque de Civilizaciones* (1996), se centra en la importancia de los valores religiosos y otros de naturaleza cultural como elementos de comprensión de la cohesión y la división en el mundo. Fue la base intelectual de su oposición en 2003 a la decisión de EE.UU. de declarar la guerra a Irak; en este libro anticipaba las razones de los desafíos y tragedias que se desarrollarían en Irak en estos años.

El comienzo de la década de 1990 fue un período de optimismo y aun de triunfalismo en Occidente: la Guerra Fría recién se había ganado, las elecciones democráticas y las fuerzas del mercado mejorarían la vida en todos lados, estaba surgiendo una nueva elite transnacional, el “Consenso de Washington” estaba en su apogeo. Precisamente en ese momento (1993) Samuel Huntington publicó un artículo titulado *The Clash of Civilizations?*, que luego sería un libro del que se han hecho numerosas ediciones y se ha traducido a 40 idiomas.

El principal argumento es el siguiente: La política mundial está iniciando una nueva fase; los intelectuales proponen distintas visiones: “el fin de la historia”, la decadencia del estado-nación, el tribalismo, el globalismo. La hipótesis de Huntington es que la principal fuente de conflictos en la era post-Guerra Fría, no será ideológica ni económica, sino que será cultural, entre civilizaciones. Para Huntington una civilización es una entidad cultural; la mayor agrupación cultural de pueblos, el nivel más amplio de identidad. Después de la Paz de Westfalia –dice– los conflictos de (y en) el mundo occidental fueron entre príncipes; después de la Revolución Francesa, entre naciones; después de la Revolución Rusa, entre ideologías; después del final de la Guerra Fría, surgirán entre civilizaciones.

Las civilizaciones chocarán por varios factores: 1) Las diferencias son reales y básicas; 2) Las interacciones están en aumento, y ello

estimula diferencias y animosidades; 3) La modernización debilita la identidad nacional, y la religión –“la revanche de Dieu”– brinda una base para la identidad; 4) Las civilizaciones no occidentales están regresando a sus raíces (“Asiatización”, “Hinduización”, “re-Islamización”, “Rusiación”), y se observa una “desoccidentalización” de las elites; 5) Las diferencias culturales son más difíciles de resolver que las políticas; 6) El regionalismo económico (comercio intrarregional, bloques económicos) se está incrementando.

Anticipando las críticas –que no se hicieron esperar– Huntington advirtió que su artículo no afirma que las identidades “de civilización” reemplazarán las demás identidades, ni que los Estados-Nación desaparecerán, ni que cada civilización se transformará en una sola entidad política coherente, ni que los grupos dentro de una civilización no entrarán en conflicto ni se enfrentarán. La hipótesis que presenta es que las diferencias entre las civilizaciones son reales e importantes, que existe una mayor concientización de civilización, y que los conflictos entre las civilizaciones suplantarán los ideológicos y otros como la forma global dominante de conflicto.

Completa su respuesta a las críticas en un artículo posterior, señalando que cuando las personas piensan, crean imágenes simplificadas de la realidad llamadas conceptos, teorías, modelos, paradigmas. El progreso intelectual y científico, como lo mostró Thomas Kuhn, consiste en el desplazamiento de un paradigma, que es cada vez menos capaz de explicar nuevos hechos o hechos recientemente descubiertos, hacia un paradigma que da razón de esos hechos de manera más satisfactoria. Durante 40 años, el paradigma de la Guerra Fría no pudo dar razón de todo lo que sucedía en el mundo; sin embargo, explicó fenómenos más importantes que cualquiera de sus rivales; El Choque de Civilizaciones es un esfuerzo por presentar los elementos de un paradigma post-Guerra Fría. Hay muchas cosas que el paradigma de civilización no explica, pero los debates que ha generado alrededor del mundo demuestran, en cierta medida, que dio en el blanco; las civilizaciones son las sucesoras

naturales de los “tres mundos” de la Guerra Fría.

Su libro más influyente entre los científicos políticos ha sido *El Orden Político en Sociedades en Cambio* (1968), que desafió las ideas dominantes de los años ‘60 de la Teoría del desarrollo.

Huntington mostró que la falta de orden y de autoridad políticos estaban entre las debilidades más serias en todo el mundo, que el grado de orden y no la forma de régimen político era lo más importante; por otra parte, que era falso que “todas las cosas buenas van juntas”, dado que las relaciones entre el orden político, la democracia, el crecimiento económico y la educación con frecuencia crean desafíos complejos y a veces se anulan entre sí. Desde entonces, este libro ha sido el texto más utilizado como introducción a la política comparativa a nivel de posgrado.

Este es quizás el libro más importante de Huntington. Describe cómo el desarrollo conduce a nuevos esquemas de inestabilidad, incluso conmociones y revoluciones, que resultan en el requerimiento de construcción de instituciones más complejas, considerando que la distinción política más importante entre países se centra no en la forma de gobierno sino en el grado de gobierno. *El Orden Político...* agrega que la experiencia histórica estadounidense no sirve para comprender los desafíos que los países en desarrollo deben enfrentar: la Constitución de Estados Unidos pretende controlar la autoridad; la dificultad para los países en desarrollo es establecer autoridad.

Se ha dicho que la percepción más profunda de Huntington es que el progreso económico y político aparente, genera la inestabilidad y el conflicto que ponen en peligro el proceso de desarrollo mismo. “*El Orden Político en Sociedades en Cambio* contradice la opinión generalizada de la década de 1960 que sostenía que la modernización traería, simultáneamente, progreso económico y político; él ve justamente lo opuesto: la modernización –el proceso de alcanzar la modernidad– genera inestabilidad”. “El argumento central advierte que la

modernización es un proceso disruptivo, y que para los países en desarrollo será difícil progresar en ausencia de instituciones eficaces”. “El Orden Político en Sociedades en Cambio establece –una vez más, desde Hobbes– que el orden político es el requisito primario, la cuestión más básica de la ciencia política. No es un libro irremediabilmente conservador, como frecuentemente fue denunciado en la década de 1970; es un estudio de la necesidad (en el torbellino de la modernización) de la institucionalización política.

Jorge I. Domínguez, actual Vice-Provost de Harvard, colega cercano de Huntington –y que fue también Director del WCFIA– formuló la siguiente caracterización de El Orden Político... y su relativamente menor influencia en el subcontinente: “El núcleo conceptual del libro es tanto innovador como problemático. Huntington buscó ser un iconoclasta, rompiendo de modos significativos con la opinión académica prevaleciente. Su énfasis y foco en la política y en las instituciones del sistema político, abrió una nueva página para la investigación en política comparativa. No obstante, se mantuvo...dentro del enfoque de ‘modernización’ a través de su...relativa falta de atención a las instituciones ‘dentro’ del Estado...(lo cual) hizo que su trabajo fuera menos útil para los académicos que tratan de comprender el surgimiento de...los regímenes burocrático-autoritarios en las décadas de 1960 y 1970.”

La Tercera Ola de Huntington aborda su temática desde la perspectiva de la importancia de la forma del régimen político, democracia o dictadura. La metáfora del título se refiere a la cascada de episodios de destitución de dictadores y creación de democracias que se dieron en todo el mundo desde mediados de la década de 1970 hasta principios de la década de 1990; en el libro se presentan razones persuasivas de este giro de los acontecimientos, muy anteriores a la caída del muro de Berlín. Señala Huntington que la tercera ola de democratización dio inicio a la era de la democracia, durante la cual por primera vez en la historia más de la mitad de los países del mundo tienen alguna forma de gobierno democrático. En la primera ola larga de

democratización se instauró la democracia en alrededor de 30 países hasta 1920; con el surgimiento del fascismo en las décadas de 1920 y 1930 se redujo el número de democracias en el mundo a alrededor de una docena hacia 1942. En la segunda ola corta de democratización después de la Segunda Guerra Mundial, la cantidad aumentó a más de 30; pero fue seguida por el colapso de muchas de ellas. La tercera ola de democratización ha sido un proceso de democratización más rápido y en una escala que supera las dos primeras: a finales de los años setenta, menos del 30 por ciento de los países del mundo eran democráticos; a finales de los años noventa, más del 60 por ciento tiene gobiernos producto de alguna forma de elecciones abiertas, justas y competitivas. Este drástico crecimiento de la democracia en un período tan corto, es para Huntington uno de los cambios políticos más espectaculares e importantes en la historia de la humanidad.

Explica que cinco factores principales han contribuido a la tercera ola: 1) Problemas de legitimidad de los regímenes autoritarios; 2) El crecimiento económico global; 3) El Concilio Vaticano II; 4) Las políticas de algunos actores internacionales (EE.UU, URSS, CE); 5) “Snowballing” (el “efecto demostración”). Por otro lado, indica siete factores que pueden producir una tercera “contra-ola”: 1) Debilidad de los valores democráticos; 2) Severos contratiempos económicos; 3) Polarización social y política; 4) Exclusión de grupos populares o de izquierda; 5) Terrorismo o insurgencia; 6) Conquista por un poder extranjero; 7) “Snowballing” invertido. La tercera ola, la “revolución democrática global” –agrega Huntington– no durará para siempre; los dos factores más decisivos que afectarán la futura consolidación y expansión de la democracia, serán el desarrollo económico y el liderazgo político, y concluye: El desarrollo económico hace posible la democracia, el liderazgo político la hace realidad.

El primer libro de Huntington, El Soldado y el Estado (1957), analizó el tema de autoridad civil sobre las fuerzas armadas, o la falta de ella. Robert D. Putnam, también profesor de Harvard, ha escrito que El Soldado y el Estado

fue inspirado por la destitución del General Douglas MacArthur por el Presidente Harry Truman, por insubordinación, en 1951. El principal interés de Huntington era estudiar lo que llamó “control civil objetivo” sobre las fuerzas militares en Estados Unidos; pero al hacerlo, echó luz sobre el exitoso proceso histórico de la evolución de la autoridad civil sobre las fuerzas militares en Europa y también en países comunistas.

El Soldado y el Estado implicaba una advertencia: aunque la sociedad estadounidense es liberal –argumentó Huntington– requiere la protección de un aparato militar profesional imbuido de un realismo conservador. La Política exterior, explicó, no aborda la relación entre individuos que viven bajo el imperio de la ley sino la relación entre Estados y otros grupos que operan en un escenario básicamente sin leyes. El Soldado y el Estado concluye con una defensa entusiasta de West Point, que –escribe Huntington– “corporiza el ideal militar en máxima expresión: un poco de Esparta en medio de Babilonia.” El libro enfureció a muchos colegas de Huntington en Harvard, y al año siguiente le negaron la titularidad; Huntington se fue a enseñar a Columbia. Cuatro años después, en 1962, Carl J. Friedrich –entonces Director del Departamento de Gobierno de Harvard– lo invitó a ocupar un cargo de profesor titular; allí se encontró con otra estrella en ascenso: Henry Kissinger.

El Soldado y el Estado ya superó las quince ediciones y se ha convertido en un clásico en el mundo académico. En las últimas décadas, el interés se ha concentrado menos en la necesidad de realismo de los militares y más en la amenaza que pueden ser para la autoridad civil. Los Padres Fundadores, observó Huntington, si bien establecieron la separación de los poderes, no previeron la potencial invasión en el tiempo, de un aparato militar gigante en el gobierno civil. El control civil de los militares es un principio básico de la Constitución Estadounidense, según se dice; para Huntington ese es un cliché impreciso, ya que en realidad la Constitución Estadounidense en el siglo veinte obstruye el logro del control civil. Es bien sabido que la supremacía civil era una de las principales inquietudes de los

Constituyentes y establecieron ese concepto de la única manera que sabían. Pero el control civil en el siglo dieciocho era muy diferente del control civil en el siglo veinte; la Constitución, que fue diseñada cuidadosamente para establecerlo entonces, ahora lo frustra. Para presentar esta tesis, Huntington se propone tres pasos: 1) demostrar cómo el significado de control civil ha cambiado a lo largo de los años; 2) describir el concepto de los Constituyentes y demostrar cómo fue establecido en la Constitución; y 3) demostrar cómo las disposiciones que ellos creían que lo garantizaba, afectan su eficacia actualmente. El desarrollo de la tesis que hace, es un sobresaliente análisis de la cuestión en términos de Ciencia Política y Constitucional: I. Control civil en los siglos XVIII y XX. II. Los Constituyentes y el control civil: Oficiales militares; Fuerzas militares; Organización gubernamental. III. Las cláusulas militares y federalismo militar: El imperio dentro de un imperio. Estatus legal; Simbolismo constitucional; Representación estatal y nacional. La Asociación de la Guardia Nacional; Influencia en el Congreso. IV. La Separación de Poderes: doble control sobre las fuerzas nacionales. IV. La Cláusula del Comandante en Jefe: la jerarquía político-militar. V. Control Civil y Gobierno Constitucional.

El último libro de Huntington fue Quiénes somos: los desafíos a la identidad nacional norteamericana. Aborda una problemática importante, sensible y polémica. Los EEUU –afirma– fueron creados por colonos principalmente blancos, británicos y protestantes; sus valores, instituciones y cultura proveyeron los fundamentos de una nueva sociedad y la justificación de su independencia; y el “credo” americano inicial –que nosotros traduciríamos como “proyecto”– era también blanco, británico y protestante. Luego se pregunta: Los EEUU, ¿serían el mismo país que es si no hubiera sido colonizado por británicos protestantes sino por católicos franceses, españoles o portugueses? Y se responde: No. No serían los EEUU, sino Quebec, México o Brasil.

Conjetura que la persistencia del flujo de inmigrantes hispanos podría terminar

convirtiendo a los EEUU en un país de dos culturas y dos idiomas. Destaca que la inmigración mejicana actual no tiene precedente en la historia norteamericana y que es distinta a todas las anteriores, por una combinación de seis factores: contigüidad del país de origen, escala cuantitativa del flujo, componente significativo de ingreso ilegal, concentración regional del asentamiento y antecedentes históricos de pertenencia al territorio. Señala que los latinos hoy no se integran del mismo modo que lo hicieron los europeos de flujos inmigratorios anteriores y que mantienen en un alto grado su idioma de origen, lo que no deja de impactar en lo político: refiere que en 1917 Theodore Roosevelt dijo “Tenemos que tener una sola bandera y un solo idioma”; en 2000 Bill Clinton dijo “Espero ser el último presidente de los EEUU que no habla español”; y en 2001 George Bush rindió homenaje al día de la independencia mejicana en inglés y en español. Concluye Huntington que esta transformación de los EEUU no será el fin del mundo, pero podría ser el fin del modo como ha sido EEUU por trescientos años; este cambio requiere que, si lo quieren llevar adelante, los norteamericanos estén convencidos que ese nuevo país va a ser mejor.

Frente a las críticas –algunas ruidosas– que despertó también este libro, Huntington respondió del siguiente modo: El libro no es sobre la inmigración, ni sobre la creciente presencia hispana en EEUU, sino sobre la relevancia y contenido de la identidad nacional estadounidense. La relevancia ha variado a lo largo del tiempo; era más local antes de la Guerra Civil, después de la cual se hizo nacional; en los 1960s la identidad nacional cedió ante otras: étnica, racial, de género o cultural; el ataque de septiembre del 2001 puso la identidad nacional nuevamente el primer lugar, al menos por un tiempo. El contenido ha variado también; originalmente se definía en términos de raza, étnicos, de cultura y de ideología; hace tiempo que lo racial y lo étnico se han eliminado como definitorios de la identidad estadounidense, y lo cultural e ideológico están fuertemente desafiados. Huntington insiste en la centralidad de los elementos culturales de origen anglo-

protestante en la identidad nacional norteamericana.

En el momento culminante de su carrera, Sam Huntington fue propuesto para la National Academy of Sciences; y fue rechazado ...dos veces. La National Academy of Sciences fue fundada durante la Guerra Civil, en 1863; tiene en la actualidad más de 2.100 miembros, 380 asociados extranjeros, 200 Premios Nobel, poco más de 150 científicos sociales, entre ellos 50 sociólogos y científicos políticos. En el proceso de nombramiento de nuevos académicos votan todos los miembros, y las candidaturas pueden objetarse públicamente.

Brevemente, la historia fue así: Huntington era ya uno de los científicos políticos más importantes de EEUU, si no el más importante. Fue propuesto en 1986, con el amplio beneplácito de sus colegas, hasta que un matemático de Yale, Serge Lange, que había sido incorporado el año anterior, montó una activa campaña oponiéndose a la candidatura de Huntington. Su argumento explícito –aunque se han señalado otras razones– era que el trabajo de Huntington “crea la ilusión de ciencia, sin la sustancia”; “objeto –agregaba– que la Academia certifique como ciencia lo que son meras opiniones y sus implementaciones, y esto es lo que veo en el trabajo de Huntington”. Lo cierto es que Lange tuvo éxito y la candidatura de Huntington no prosperó. La profesión lo apoyó casi unánimemente; fue elegido Presidente de la American Political Science Association y el Consejo de la APSA solicitó a la National Academy of Sciences la reconsideración de la decisión. Huntington fue propuesto nuevamente en 1987 con más apoyo que la vez anterior, Lange multiplicó su activismo en contra, y la propuesta tampoco fue aceptada esa vez.

Huntington conversó el tema conmigo con amplitud; creo que consideró viable mi proyecto, y me facilitó sus archivos sobre el caso; trabajé en el Center for International Affairs de Harvard (donde más de una década después yo pasaría más de dos años) y recabé un importante corpus de antecedentes. Visité a Serge Lange en su oficina de Yale, y en una larga tarde que tuvo pasajes de hostilidad, me dijo, entre otras cosas: “Mi real preocupación

no es en sí el uso de las matemáticas o no; mi real preocupación es el uso del poder para imponer ciertas afirmaciones en libros, la prensa, la academia y el aula, como lo que hacen Huntington y Kissinger”. Sobre el final agregó: “Estoy luchando por una revolución contra el modo dominante de la cultura occidental”. ¿Puedo citarlo?, le pregunté, y me contestó: “Por supuesto”.

El mismo día en la mañana había visitado a Robert Dahl; aunque el insigne autor de Prefacio a la Teoría Democrática ya era profesor emérito, me recibió en su oficina del Departamento de Ciencia Política de Yale. Su opinión sobre el caso se resume así: En la cuestión de Huntington con la National Academy of Sciences hay problemas explícitos y problemas no explícitos. Los explícitos son: 1) el cuestionamiento a cierto modo de usar las matemáticas, pero en el conjunto de la obra de Huntington es irrelevante; y 2) el cuestionamiento a ciertas afirmaciones (especialmente sobre Sudáfrica), que se consideran erróneas; pero en las ciencias sociales se cometen errores y –a diferencia de las ciencias físicas– eso no descalifica al científico. Los problemas no explícitos son: 1) En la National Academy of Sciences algunos científicos –no todos– consideran que las ciencias sociales no son “suficientemente científicas”; 2) Ha habido un componente

ideológico: algunos científicos de la National Academy of Sciences no concuerdan con las posiciones ideológicas de Huntington; en las ciencias naturales se puede ser “prescindente”; en la Ciencia Política es mucho más difícil.

Con Giovanni Sartori me reuní en la oficina que entonces tenía en la Russell Sage Foundation de Nueva York. De sus opiniones en una larga conversación –que siguió en el almuerzo y después– destaco las siguientes: “No acepto que un matemático juzgue la científicidad de la ciencia política. Las críticas de Lange son irrelevantes; Huntington ha escrito miles de páginas y él se refiere a media carilla. Huntington es percibido como más conservador que otros”. Yo le dije que para nosotros –en ese entonces– la solidez de la fundamentación científica de la Ciencia Política era una necesidad práctica, pues cuanto más supiéramos más podríamos aportar para reconstruir nuestro sistema político. “Eso mismo –me dijo– lo he escrito yo en Italia hace veinte años”.

Con este trabajo, de algún modo espero saldar ese compromiso intelectual pendiente.

© Comunicación del académico Rodolfo A. Díaz ante la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas, el 9 de setiembre de 2009.





Samuel Huntington, el penúltimo profeta

Nada más alejado de la realidad que el retrato caricaturesco y maniqueo que muchos han pintado de Huntington, un investigador caracterizado por su lucha continua contra los consensos fáciles y los relatos unidireccionales, tanto optimistas como catastrofistas, y los dualismos, que tan útiles resultan a algunos políticos pero que tan nefastos resultan a largo plazo, cuando las falsas promesas se tornan sonoros fracasos y dejan un amargo poso de decepción y cinismo entre sus fingidos valedores.

ANTONIO GOLMAR

Pocos científicos sociales han sido objeto de tantas controversias como Samuel P. Huntington, profesor de Ciencia Política de la Universidad de Harvard y miembro del Consejo de Seguridad Nacional durante la presidencia del demócrata Jimmy Carter. Las claves de su éxito fueron tres: 1) su capacidad para acuñar conceptos fáciles, útiles y concisos, alejados de la oscuridad, la indefinición y la falsa originalidad tan caras a tantos sociólogos y politólogos contemporáneos; 2) su rebeldía ante las simplificaciones oportunistas y su énfasis en la paradoja y en la continuidad a la hora de analizar los fenómenos políticos, desafiando así dicotomías engañosas; 3) su empeño por convertir la ciencia política en una herramienta no sólo descriptiva, también explicativa y, por tanto, capaz de profetizar el futuro mediante el análisis empírico de las tendencias dominantes y las contratendencias, igual de influyentes que las primeras. Por lo demás, no renunció a la vertiente normativa de su disciplina y a la crítica, a veces severa, de los políticos del momento, con lo que pretendía advertir sobre las consecuencias negativas de determinadas decisiones lesivas para la paz, la democracia y la libertad e influir en la conversación política. Sin embargo, la popularización de sus hallazgos también le hizo objeto de numerosas distorsiones, interpretaciones interesadas y sesgadas y descalificaciones simplistas, basadas en juegos de palabras convertidos en vacuas consignas ideológicas.

Soldados y caudillos

Samuel Huntington, que había servido en el ejército de los EEUU durante la Segunda Guerra Mundial, publica su primer libro en 1957: *El soldado y el Estado*. Era el fruto de su tesis doctoral en la Universidad de Harvard. En él, el joven profesor analiza el papel desempeñado por las fuerzas armadas en la cultura política cívica norteamericana. El de cultura política cívica era un concepto que bajo distintas denominaciones comenzaba a abrirse paso en la Ciencia Política, y que seis años después se desarrollaría en la obra de Almond y Verba *La cultura cívica: estudio sobre la participación política democrática en cinco naciones*. El carácter republicano e igualitarista de los EEUU, y la creación de este país por oposición y como alternativa a los sistemas aristocráticos europeos, convirtió las academias militares norteamericanas en auténticas escuelas de patriotismo y de elites respetuosas con la separación de poderes y la subordinación de las fuerzas armadas al poder civil.

Al contrario de lo que sucede en buena parte del resto del continente americano, donde los militares se presentan como salvadores de la nación y únicos garantes de su supervivencia y modernización, en los EEUU la existencia de unas instituciones políticas estables hace innecesaria la intervención del ejército como poder arbitral. Por otra parte, el hecho de que el poblamiento de amplias zonas del país se

llevarse a cabo sin intervención militar, la descentralización que conlleva el federalismo y la resistencia de los norteamericanos a la imposición de determinados sistemas políticos y religiones han evitado que los EEUU hayan sufrido dictaduras militares y caudillismos como los que se suceden en México y en la mayor parte de América Central, del Sur y el Caribe. Las dictaduras militares no son por tanto la solución, sino parte del problema en esas sociedades atrasadas, que si bien carecen de una poderosa tradición democrática, tampoco la forjarán si el poder reside en una elite que desconfía de los civiles y que dista de ser el socio ideal para los países democráticos en su lucha contra el comunismo.

Las tesis de Huntington, reiteradas a lo largo de la década de los sesenta del siglo pasado, armaron un gran revuelo entre muchos politólogos y analistas de diversas persuusiones ideológicas, ya que, por una parte, cuestionaban algunas premisas sobre las que se fundaba el realismo político norteamericano y, al mismo tiempo, presentaban una importante objeción a la confianza que numerosos expertos izquierdistas habían depositado en las fuerzas armadas un como agente de progreso y democratización de América Latina capaz de acabar con regímenes oligárquicos y excluyentes. El fracaso de los experimentos peruano y ecuatoriano en la década posterior, así como los resultados catastróficos de sistemas similares en África y Asia, y el subsiguiente cambio de opinión respecto al potencial de los regímenes militares socializantes en el Tercer Mundo por parte de varios socialdemócratas europeos y norteamericanos, dieron la razón a Huntington, cuyos aciertos acrecentaron el interés de muchos políticos extranjeros por las relaciones cívico-militares y por las políticas que alejasen a los militares de los centros de poder político y económico.

El precio de la libertad

Este tema reaparece en *Orden político en las sociedades en cambio* (1968), donde Huntington se enfrentaba a quienes consideraban que algunas sociedades no estaban hechas para la libertad, pues pensaba que el inmovilismo era contraproducente, ya

que podía allanar el terreno a la sustitución de los dictadores pro-americanos por regímenes revolucionarios de izquierdas.

Pero su tesis más atractiva es la de que la democracia no será posible mientras los políticos no renuncien a comprar las voluntades de sus conciudadanos con quimeras. No podemos crear demócratas a golpe de subsidio, déficit y ayudas del FMI: en eso se resume un argumento que le granjeó la desconfianza de socialistas y populistas de distinto pelaje, pues uno de sus corolarios es que las transiciones democráticas deben hacerse de forma lenta y sin engañar al pueblo. El Estado de Derecho no viene con una barra de pan debajo el brazo, aunque es la institución que mejor y de forma más justa facilita que cada uno se gane la vida.

En este libro Huntington acuña uno de los conceptos más influyentes de la ciencia política en los últimos 40 años: gobernabilidad. Partiendo de que "la distinción política más importante entre los países no es su forma de gobierno, sino su grado de gobierno", el profesor se centra en aquéllos donde los gobiernos "no gobiernan" debido a que la comunidad política aparece "fragmentada contra sí misma". El retraso de las instituciones políticas respecto de los cambios sociales y políticos crea unas tensiones que derivan en violencia. Por tanto, no es que la libertad sea imposible, sino que no puede florecer sin un orden público legítimo capaz de adaptarse a las nuevas realidades y de absorber la creciente complejidad inherente a las sociedades en cambio, en cuyo seno surgen nuevos grupos que reclaman voz y voto en la arena pública. En conclusión, la modernización crea nuevos conflictos, derivados en parte del sentimiento de privación relativa, económica y cultural, de las clases emergentes.

Es por esto que el aumento de las desigualdades económicas y de la corrupción son aspectos temporales, aunque inevitables, de la modernización, y que nada hay más peligroso para la democratización que las falsas promesas de igualdad y equidad, que sólo añaden la corrupción de los pobres a la ya existente corrupción de los ricos. Por consiguiente, las burocracias estatales no deben expandir sus poderes, sino hacer más bien lo contrario,

autolimitarse, dejar que las cosas se desarrollen de forma natural y que el paso de una sociedad tradicional a otra moderna y democrática siga su propio ritmo. Sólo así evitaremos la instauración de regímenes políticos pretorianos como alternativa a la frustración causada por el populismo.

Huntington aconseja a los políticos reformistas la adopción de lo que denomina "estrategia fabiana", consistente en el reforzamiento de la unidad nacional para después llevar a cabo los cambios políticos y económicos pertinentes animando el debate y la discusión. El contraste entre el éxito del turco Kemal y los reiterados fracasos de los reformistas latinoamericanos, más interesados en aumentar la participación que en crear un marco institucional capaz de contrarrestar las tendencias violentas que conlleva cualquier cambio, puso el dedo en la llaga y tuvo una influencia fundamental en los procesos de transición llevados a cabo en América Latina en los años posteriores. La reforma y la ruptura pactada se abrieron paso como las sendas más confiables a la hora de dotar a las naciones de Iberoamérica de sistemas políticos democráticos. Como veremos a continuación, el abandono de estos principios en aras de la movilización permanente dio al traste con las esperanzas de este proceso, que en los años ochenta del siglo XX se denominó "la tercera ola", gracias al título de otro libro de Huntington.

La tercera ola

Para explicar el aumento del número de sistemas políticos no autoritarios registrado en las últimas décadas del siglo XX, Huntington popularizó en 1991 el concepto de tercera ola, que según él comenzó en 1974 con el derrocamiento de la dictadura del portugués Caetano. Cuando el número de transiciones a regímenes democráticos es superior al de transiciones a regímenes no democráticos, y cuando además se produce una paulatina liberalización global, entonces podemos hablar de ola. La primera comenzó en el siglo XIX y se extendió hasta la Gran Guerra. La siguiente se produjo en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, cuando el número de democracias volvió a aumentar, aunque el

fenómeno sufrió una marcha atrás entre 1958 y 1975.

Al ignorar el énfasis de Huntington en los procesos de reversión democrática, muchos comentaristas distorsionaron gravemente su trabajo y, como se dice vulgarmente, arrimaron el ascua a su sardina idealista. Entre ellos cabe citar a Francis Fukuyama, quien utiliza la hipótesis explicativa de Huntington de la tercera ola, es decir, el aumento de la riqueza, las reformas introducidas por el Concilio Vaticano II —la popularmente conocida como alianza de la cruz y el dólar—, la política de promoción activa de la democracia llevada a cabo en los EEUU y Europa a través de distintas agencias estatales, como el National Endowment for Democracy, una institución creada en 1982 y que debe mucho a la labor de Huntington como asesor de Jimmy Carter, para predecir el fin del autoritarismo en el mundo. Un error de visión de consecuencias funestas para todos.

Mientras la URSS caía, los ideólogos y académicos partidistas de uno y otro lado se esforzaron por presentar el hundimiento del socialismo real como fruto, bien de las políticas de Reagan y Thatcher, bien del apaciguamiento llevado a cabo por algunos gobiernos socialdemócratas europeos. Lo que ninguno quiso ver es que el proceso había comenzado mucho antes, y que sus causas fueron no sólo económicas, sino culturales, y mucho más impersonales y globales que el liderazgo de un político determinado. Tampoco repararon en el hecho de que un frenazo en la capacidad de la economía mundial para crear riqueza tendría consecuencias letales para las jóvenes democracias si no aplicaban la separación de poderes y el imperio de la ley y no contaban con políticos responsables y un mercado autónomo de los gobernantes, de forma que los vaivenes económicos no afectaran a la legitimidad de la democracia.

La ola anti-democrática

Fue precisamente en 1986, un año antes de que, ante la Puerta de Brandeburgo, el presidente Ronald Reagan instase a Gorbachov a derribar el Muro de Berlín y dos años antes de que Chile, una de las últimas dictaduras que

quedaban en América Latina, iniciase su transición a la democracia, cuando Huntington publicó *Desarrollo político y deterioro político*[1], un texto con el que se adelantó a su tiempo. Como hiciera en 1968 en *Orden político* y haría en 1991 en *La tercera ola*, Huntington advertirá del desequilibrio observado entre las altas tasas de movilización y participación y la pobre organización e institucionalización de algunas jóvenes democracias. De nuevo, desconfía de la visión del desarrollo político como proceso irreversible y señala las fuerzas que pueden no sólo paralizarlo, sino revertirlo.

En primer lugar, la rigidez de las organizaciones políticas impulsoras de la transición a la democracia y su resistencia a abandonar el poder pueden llevarlas a adoptar actitudes cada vez más autoritarias. Por otro lado, la falta de una división de poderes real, o "gobiernos complejos", es fuente incesante de inestabilidad. Por último, la poca autonomía del sistema político frente a los intereses de grupos sociales determinados y la falta de consenso respecto a los procedimientos para dirimir las disputas pueden ocasionar un deterioro institucional y dar lugar a sistemas políticos corruptos –de alta participación y baja institucionalización– o primitivos –de baja participación y baja institucionalización– que deriven en auténticas tiranías lideradas por demagogos. Entre los ejemplos y citas que Huntington selecciona para ilustrar este problema cabe destacar un editorial publicado por un periódico de Quito en 1943:

No somos, o no representamos, una nación respetable (...) no porque seamos pobres, sino porque estamos desorganizados. Con una política de emboscada y de desconfianza constantes, (...) no (...) podemos organizar una república como es debido.

Poco parece haber cambiado desde entonces Ecuador, cuya incapacidad para formar y sostener un sistema de partidos nacionales y respetar los cauces institucionales y pacíficos a la hora de resolver los conflictos políticos y sociales ha desembocado en un nuevo Gobierno autoritario y personalista encabezado por Rafael Correa, quien va camino de destruir la democracia instaurada tras la

dictadura militar de los años 70 del siglo pasado.

Frente a estos peligros, Huntington recomienda retardar la movilización social – especialmente en los países donde existen múltiples fracturas sociales susceptibles de traducirse en divisiones políticas–, crear instituciones políticas que puedan contrarrestar el caudillismo, el mesianismo y la corrupción asociados a las dictaduras –aun a riesgo de postergar algunas reformas económicas y sociales– y primar a los partidos sobre los líderes carismáticos y los jefes militares optando, al principio, por un sistema electoral que fomente el bipartidismo.

Al contrario de lo que algunos pretenden hacernos creer, las preocupaciones del profesor de Harvard no estaban contaminadas ni por una ideología anti-democrática ni por la miopía etnocentrista, sino motivadas por un interés genuino en la consolidación de sistemas de ciudadanos libres y responsables y políticos con poderes limitados. Una buena muestra de ello es que, coincidiendo con la publicación de *Desarrollo político y deterioro político*, el politólogo italiano Leonardo Morlino, conocido por sus tendencias izquierdistas, publicaba en el número 35 de la *Revista Española de Investigaciones Sociales (REIS)* un artículo titulado "Consolidación democrática. Definición, modelos e hipótesis", en el que mostraba su preferencia por modelos de transición a la democracia que podríamos denominar de ruptura ordenada. A juicio de Morlino, la "ampliación" de la legitimidad del régimen es una "condición necesaria, pero no suficiente" para la consolidación, y, al igual que Huntington, incide en la adaptación como una de las características fundamentales de la consolidación democrática. Si bien considera que un alto grado de movilización y el multipartidismo son fenómenos positivos en la fase inicial de un proceso de transición, después deben remitir y dar paso a un sistema controlado por los partidos y caracterizado por los acuerdos explícitos, la división de poderes, la evitación de divisiones políticas basadas en diferencias étnicas, raciales o lingüísticas y el liderazgo de los moderados; esto es, a una cultura política poco radicalizada con una

sociedad civil autónoma y compleja en la que los grupos empresariales privados vean "garantizados sus intereses".

Sin embargo, fue el multiculturalismo y la llamada democracia participativa o radical —que tacha los modelos anteriores de reaccionarios y prima la igualdad de resultados y la corrección mediante la discriminación positiva de situaciones de injusticia real o imaginada, la movilización permanente como rasgo definitorio de ciudadanía y la multiplicidad de actores políticos sobre otros elementos como la igualdad ante la ley y el Estado de Derecho— lo que se impuso entre los politólogos, especialmente los más jóvenes, dispuestos a cambiar el mundo a golpe de declaraciones de derechos. Así, durante los años 90 del siglo XX se redactaron constituciones, como la colombiana de 1991 y la ecuatoriana de 1998, que profundizan en los llamados derechos sociales e incluyen muchos de los denominados derechos de última generación, tales como los culturales y los colectivos. La consiguiente ampliación de la esfera estatal, incapaz de satisfacer todas las exigencias planteadas por esos textos constitucionales, y la restricción de la libertad de instituciones como el mercado, que deben someterse a un número creciente de limitaciones impuestas por agentes no económicos y derivadas de los nuevos derechos, crearon un círculo vicioso: las sociedades generaban cada vez menos riqueza para un Estado sobrecargado de demandas. El desenlace: frustración, ruptura de los consensos, aparición de una oposición desleal y, finalmente, reaparición del populismo y del autoritarismo, no debería haber sorprendido a nadie, pues hace más de 20 años que expertos como Huntington y Morlino, pertenecientes a familias políticas bien diferentes, habían dado la voz de alerta.

En 2004, en la conferencia inaugural del segundo congreso de la Asociación Latinoamericana de Ciencia Política (Alacip), el politólogo alemán Dieter Nohlen invitó a los participantes a volver a conceptos clásicos como los de gobernabilidad, estabilidad y Estado de Derecho y a reflexionar sobre el impacto negativo que las nuevas teorías sobre la participación habían tenido en las democracias

del continente. Sus palabras fueron acogidas con una mezcla de sorpresa, indignación y burla por parte de numerosos asistentes, que tildaron a Nohlen de "conservador" y "ultraconservador" y se vieron compelidos a abrir sus intervenciones en las distintas ponencias y mesas redondas con una declaración de principios en la que denunciaban la preocupante deriva de algunos investigadores foráneos hacia posiciones inaceptables.

Desde entonces he leído en las páginas de varios periódicos y revistas españoles y latinoamericanos artículos en los que se sus autores, los mismos que en 2004 clamaban contra la presunta derechización de la ciencia política, manifestaban su firme oposición a políticos como Hugo Chávez y Evo Morales y se preguntaban por las razones del declive de la libertad en América Latina. Su ceguera les impide aceptar lo que, poco a poco, algunos ya han aceptado: que Huntington tenía razón, y que más les valdría haber tomado nota de sus profecías antes de arrojarlas al cubo de la basura.

En noviembre de 2008 Leonardo Morlino, en una intervención en el seminario internacional Partidos Políticos y Calidad de la Democracia, organizado en la capital mexicana por el Instituto Federal Electoral, defendió la conocida como democracia mínima, es decir, las "elecciones libres, competitivas, recurrentes y correctas" y el Estado de Derecho como condiciones, o sea, elementos irrenunciables e intocables de las sociedades libres. La cooperación, la lealtad y la institucionalización de áreas deliberativas en el interior de los partidos, más que la puesta en marcha de mecanismos de democracia directa —que a menudo nada hacen a la hora de disminuir el clientelismo—, son para este politólogo los caminos que conducen a la mejora de la calidad democrática de las sociedades.

A lo largo de los años 90 del siglo XX y a principios del XXI Huntington siguió incidiendo en el peligro de una ola anti-democrática en textos publicados en revistas especializadas como *Journal of Democracy*. En dos artículos, publicados en 1996 y 1997, instó a los dirigentes políticos a pensar en el largo plazo, a renunciar al populismo y al

intervencionismo como mecanismos de perpetuación en el poder y a permanecer atentos a las nuevas fuentes de conflicto cultural que podrían minar la democracia.

En 2000 edita, junto a Lawrence E. Harrison, un libro titulado *Culture Matters* (La cultura importa), en el que autores como Michael E. Porter y Carlos Alberto Montaner señalan la dependencia económica del Estado y la cultura de la corrupción como factores que inhiben la consolidación democrática. La obra incide en la importancia que tienen tanto el cambio cultural como la supervivencia de algunas creencias premodernas, enraizadas por ejemplo en ideas religiosas, como factores que impiden la eficiencia económica. Ser conscientes de ellas para luego reemplazarlas o adaptarlas de forma no violenta es la táctica auténticamente progresista a la hora de consolidar la democracia y la paz y prevenir las dictaduras y las guerras. Por desgracia, la moda neo-hegeliana, que elimina el mercado de la sociedad civil, y el predominio del enfoque de la llamada democracia deliberativa, que busca dotar a los representantes de los intereses generales encarnados en los movimientos sociales fomentados por los agentes estatales de un papel rector y planificador de la economía, no han hecho sino acrecentar los conflictos culturales irresolubles, al mismo tiempo que han minado las bases sobre las que se asienta la prosperidad económica, que asegura la independencia real de los ciudadanos frente a sus gobernantes al no hacerles deudores de los favores dispensados por los políticos.

La creciente atención prestada por Huntington a la cultura como elemento explicativo de las instituciones políticas y el papel que desempeña en los conflictos internacionales sería el asunto de su libro más polémico, en el que su unidad de análisis se traslada de los ciudadanos dentro de los estados a los estados mismos como integrantes de las distintas civilizaciones.

El choque de civilizaciones y la paz en nuestro tiempo

En 1993, un año después de la publicación de *El fin de la historia*, de Francis Fukuyama, y año y medio después de la firma del protocolo

de Alma-Mata, que marcó el inicio de la rápida disolución de la Unión Soviética, y cuando, tras la llegada a la presidencia norteamericana del demócrata Bill Clinton, políticos y economistas se afanaban por gestionar el anunciado "dividendo de la paz", una especie de maná que brotaría de la irreversible disminución de los gastos de defensa de todo el mundo y que se aplicaría a la resolución de problemas como el hambre y el analfabetismo, Samuel P. Huntington se sitúa de nuevo contracorriente enviando a *Foreign Affairs* un texto que, en palabras de los editores de la revista, provocó en tres años más discusiones que las causadas por cualquier otro artículo publicado en esas páginas en cuarenta años.

"El choque de civilizaciones", germen de un libro homónimo publicado tres años después, es una severa crítica a la política exterior de Bill Clinton que cada uno leyó a su manera, subrayando lo que le convenía y ocultando el resto. Tanto progresistas como neoconservadores lo consideraron un manual de guerra, cuando en realidad es una propuesta de paz basada en alianzas económicas y defensivas y acercamientos culturales para evitar los enfrentamientos entre visiones del mundo mutuamente excluyentes. "El choque..." no sólo arremete contra el multiculturalismo, sino que advierte de los riesgos de una política exterior norteamericana intervencionista, sea de carácter humanitario, como propugnaban entonces los asesores del presidente demócrata, o de carácter civilizador-imperialista, como prefieren los neoconservadores.

Ante la constatación de que la política se reconfigura a lo largo de diferencias culturales y de que la modernización no implica necesariamente occidentalización ni democratización, o, en otras palabras, ante el triunfo de la política de la identidad en todo el mundo, Huntington cuestiona la euforia de Fukuyama y la "ilusión de armonía" creadas por el fin de la Guerra Fría y llama la atención sobre el creciente caos y la importancia de las afinidades culturales y de civilización a la hora de redibujar las nuevas fronteras nacionales y las alianzas internacionales. Definida como "el conjunto de valores, normas, instituciones y modos de pensar a los que las generaciones

sucesivas de una sociedad dada adscriben una importancia primordial" (Braudel), o como "un tipo de entorno moral que engloba a cierto número de naciones, cada una de las cuales es una forma particular del todo" (Durkheim y Mauss), la civilización debe ser entendida como una totalidad con límites borrosos.

Huntington enumera las civilizaciones existentes en nuestro planeta: la china, la japonesa, la budista, la hindú, la islámica, la ortodoxa, la latinoamericana, "la africana (posiblemente)" y la occidental. La separación de América Latina y Occidente, de Europa Occidental y Europa Oriental, y de China y el Tíbet, Mongolia y el sureste asiático levantó ampollas en muchos lugares y entre numerosos expertos, que acusaron al norteamericano de arrogante, racista e ignorante. Frases como: "En algún lugar de Oriente Medio media docena de jóvenes en pantalones vaqueros que beben Coca-Cola y escuchan música rap podrían, entre rezo y rezo en dirección a La Meca, estar preparando una bomba para hacer explotar el avión de alguna compañía norteamericana" (conviene recordar la fecha de publicación de esta obra: 1996), despertaron la ira y la indignación de no pocos liberales que, como quien firma este artículo, habían confiado y aún confían en la cultura popular y de masas como factor de acercamiento, diálogo y convivencia pacífica entre los diferentes pueblos de la Tierra. Sin embargo, y a nuestro pesar, los atentados islamistas que a partir de 2001 se han registrado en Estados Unidos, España y Gran Bretaña confirman de forma prácticamente literal la intuición de Huntington.

Por otra parte, se observa un aumento en el número creyentes en alguna religión, así como de la intensidad con que se expresan. La revancha de Dios, descrita por Gilles Kepel en 1991, no puede ser ignorada, como tampoco sus efectos, especialmente en el interior de la civilización islámica, donde el auge del fundamentalismo provoca una reacción violenta contra las civilizaciones que la circundan, especialmente la occidental. Junto a ello, el declive de Occidente, no sólo en términos de población sino en capacidad defensiva, y la indigenización de la población en numerosos países con elites occidentalizadas marcan lo que

Huntington denomina "el fin de la era progresista", que en buena medida había desmentido en el largo plazo la infundada profecía de T. S. Eliot ("Si no tienes Dios, deberías rendir tus respetos a Hitler o a Stalin").

¿Qué hacer para conservar la civilización occidental, la que ha brindado un mayor grado de libertad y oportunidades de progreso material a sus miembros, que se ve amenazada por un islamismo cada vez más hostil, y al mismo tiempo evitar una nueva conflagración mundial que acabe con las vidas y esperanzas de millones de personas en todo el mundo? Esta es la verdadera pregunta que subyace a El choque de civilizaciones, y no otras que desde la izquierda y la derecha se han hecho quienes han preferido proyectar sus temores y anhelos sobre uno de los libros más debatidos y, a juzgar por algunos de los comentarios que se han hecho, menos leídos de las últimas décadas.

Nos guste o no, el "¿De qué lado estás?" ha sido reemplazo por el "¿Quién eres?" como criterio de alineamiento político no sólo entre los países, sino en el seno de no pocas naciones occidentales. Así, el multiculturalismo y algunas de sus respuestas, como la llamada a la segunda evangelización de Europa, la derecha cristiana en los EEUU y algunas posturas políticas que echan leña al fuego de la confrontación entre civilizaciones, caso de la actitud de El Vaticano en las guerras de la ex Yugoslavia, empeoran la situación. También lo hacen el suicidio cultural de Occidente y la erección de los derechos colectivos como alternativa a los individuales. Si a lo anterior le sumamos la vulnerabilidad de los países solitarios —aquellos rodeados de naciones pertenecientes a otras civilizaciones— y de los países grieta —aquellos por cuyas tierras discurren fronteras civilizacionales—, así como el potencial desestabilizador de los estados desagarrados, cuyos líderes los empujan hacia una civilización rechazada por la población local, el panorama resulta poco menos que desolador.

No obstante lo anterior, existe una posibilidad de preservar la libertad en Occidente sin recurrir a la guerra, una oportunidad que pasa necesariamente por el realismo y la renuncia a la arrogancia, error occidental señalado por Huntington y que sus

críticos izquierdistas suelen obviar. Hay que fortalecer las alianzas internas y la cooperación con las civilizaciones amenazadas por el Islam. Rusia y los países balcánicos temen por igual a Turquía, aunque Occidente no puede entorpecer la relación de Ucrania, país grieta, con Rusia. Por otra parte, la falta de cohesión en el seno de la civilización islámica debe ser aprovechada para prevenir acciones agresivas y concertadas por parte de los países musulmanes. En Asia, la asertividad china, que choca con la intolerancia islámica, debe ser compensada con un acercamiento entre Occidente y Japón, por una parte, y Occidente e India —nación especialmente complicada debido a su carácter central y al mismo tiempo solitario, dividido y en ocasiones desgarrado—, por otra. La cooperación tecnológica y militar y la inexcusable apertura comercial a India y los indios deben ser tareas prioritarias, pues de otra forma esta nación se vería abocada a graves conflictos internos y externos que desencadenarían un choque de civilizaciones de consecuencias incalculables. En el caso de los EEUU, la integración de la población de origen latinoamericano constituye una ventaja excepcional que mejoraría las relaciones de Occidente con América Latina y acercaría esta civilización a la occidental (principio de los elementos comunes).

Estas son algunas de las tácticas recomendadas por Huntington para parar las guerras que se producen a lo largo de las líneas de división entre civilizaciones y evitar las futuras.

Occidente, una civilización al borde de la decadencia, y no en decadencia, debe trabajar para que sus valores se expandan de forma pacífica, aunque lenta, por aquellas regiones del globo que más tengan que ganar con ello en términos de seguridad y supervivencia. La tesis de la universalidad de la cultura occidental es "falsa, inmoral y peligrosa". Asimismo, los occidentales debemos trabajar para revertir la actual situación de "declive moral, suicidio cultural y desunión política" y evitar el florecimiento de enclaves culturales anti-occidentales en el seno de nuestras sociedades sin recurrir al separatismo ni socavar el carácter

laico de los gobiernos y la separación entre religión y Estado.

Poco tienen que ver estas ideas con el plan de batalla o de dominación universal con que algunos han caricaturizado El choque de civilizaciones. Igualmente alejadas están las tesis de Huntington de los sueños de dominación norteamericana e intervencionismo de los neoconservadores. A este respecto, el profesor señala que "la intervención occidental en los asuntos de otra civilización es probablemente la fuente potencial más peligrosa de inestabilidad y conflicto global", y aconseja a Occidente aplicar la regla de la abstención e intentar ocupar la posición del mediador en los conflictos internacionales.

De aquí provienen buena parte de las críticas de Huntington a la retórica del presidente Bush y de sus colaboradores, y el desprecio y el silencio con que el establishment neocon ha tratado sus aportaciones, así como el interés de la izquierda por enterrar los conceptos de Huntington mediante la acuñación de otros aparentemente alternativos, tales como alianza de civilizaciones; como si la propuesta de Huntington no consistiese precisamente en eso. (De la misma forma, a la alianza de civilizaciones podríamos rebautizarla la rendición de Occidente, dado que hasta la fecha su único fruto ha sido la represión de las críticas contra el Islam).

En un artículo-obituario sobre Huntington publicado el 29 de diciembre de 2008 en el diario El País, el profesor Fernando Vallespín resume de esta forma la tesis de El choque de civilizaciones:

La preocupación fundamental de Huntington no reside en afirmar una supuesta superior capacidad de Occidente por haber sido capaz de vislumbrar principios dotados de valor universal.

Su interés es exclusivamente estratégico. No se trata de extender el "universalismo occidental" a otros lugares del mundo. Lo que se busca es más bien lo contrario: que la protección de la identidad y seguridad de Occidente —sus "intereses de civilización"— no se vea amenazado [sic] por los dos movimientos que supuestamente más lo

desafían: el afán por intervenir en áreas culturales distintas a la occidental para potenciar los derechos humanos. Y, en segundo lugar, el continuo proceso de "multiculturización" interna.

De forma a mi juicio igualmente acertada se referirá *The Economist* al politólogo norteamericano un día después:

Huntington se convirtió en un personaje odiado por la izquierda y en un héroe para muchos conservadores. Sin embargo, sus ideas políticas eran mucho más complejas (...). Fue un fiero oponente de los neoconservadores, que pensaron que podrían trasplantar los valores americanos a Mesopotamia. Creía que era vital mezclar el idealismo progresista con el pesimismo enraizado en la lectura conservadora de la historia. Rechazó el reduccionismo económico que alimentó el Consenso de Washington e insistió en que las personas eran producto de la cultura (...). Huntington fue quien más acercó a predecir el 11 de Septiembre y la "guerra contra el terrorismo" con sus descripción de las "fronteras sangrientas" del Islam. También predijo la agonía norteamericana en Irak.

Nada que ver con "El choque de la ignorancia", título del artículo que Edward W. Said publicó en el número de octubre de 2001 de la revista *The Nation*, en el que distorsiona los textos de Huntington hasta el punto de achacarles la ignorancia, el simplismo y la arrogancia que el norteamericano había denunciado. Lo que a mi parecer subyace a esta y otras críticas hechas tanto desde la izquierda como desde ciertos sectores liberales es la negación de Huntington de cualquier tipo de reduccionismo económico y su hipótesis webberiana de que la economía, y en especial el mercado, tiene unas bases reales en la visión del mundo suministrada por una cultura determinada. A este respecto, la reivindicación de Said de la complejidad y la variedad interna de la civilización islámica olvida que fue precisamente en aquellas zonas donde el elemento islámico convivió con otros, por ejemplo el occidental y el ortodoxo en el Levante (Líbano), que se produjeron las mayores cuotas de libertad, variedad y pluralismo, y que estos fenómenos

desaparecieron cuando el Islam se impuso al resto de las religiones presentes en la zona.

¿Quiénes somos? El futuro de los EEUU

Coherente con su preocupación por la identidad y la cultura, Huntington dedicó algunos de los últimos años de su vida a la aplicación de los conceptos pergeñados en obras anteriores a su país, los EEUU. Liderando un grupo multicultural de jóvenes investigadores, a los que como en libros anteriores menciona y agradece en las primeras páginas, el profesor desarrolla en *¿Quiénes somos?* (2004) inquietudes ya planteadas respecto a otros países, como por ejemplo el papel desempeñado por las divisiones raciales y étnicas en la política nacional y la posibilidad de afirmar un credo común sobre el que asentar una cultura política cívica y democrática.

De entre los peligros para la cohesión de los norteamericanos, Huntington señala el de la identidad transnacional y las lealtades divididas como el más importante. La fuente de este problema es ni más ni menos que la forma en que los flujos migratorios, y en especial el procedente de México y otros países latinoamericanos hacia EEUU, se han producido en las últimas décadas. La entrada ininterrumpida de un número cada vez mayor de trabajadores procedentes del sur, agrupados en zonas que configuran mosaicos en varios estados de la Unión, la afirmación de ciertos valores que chocan no sólo con los occidentales sino con los protestantes y la posibilidad ofrecida por las nuevas tecnologías y el abaratamiento del transporte de mantener vínculos íntimos con las comunidades de origen llevan a la aparición de una sociedad bifurcada que puede desembocar en situaciones de intolerancia racial y en un nivel de conflictos intergrupales simplemente insostenible. La convergencia cultural anunciada en *El choque...* no sólo no se ha producido, sino que la parte occidental de América corre el riesgo de sufrir un proceso de cambio civilizatorio regresivo.

La solución a este problema es, de nuevo, compleja y requiere cautela y realismo. Si el objetivo es evitar disputas basadas en características adscriptivas y por tanto no

fungibles, entonces no queda otro remedio que fomentar la unidad cultural alrededor de elementos tales como "la etnicidad [entendida como modo de vida], la lengua, la nacionalidad, la religión y la civilización". Cómo conseguir esto sin minar la pluralidad y la variedad, fuentes de la vitalidad demostrada por los EEUU desde su fundación, es el gran dilema.

En primer lugar, hay que aceptar el carácter híbrido de la identidad americana, que proviene tanto del credo recogido en sus principios fundacionales como de las aportaciones hechas por sucesivas oleadas de inmigrantes, que renunciaron a crear nuevas sociedades y se integraron en la existente. Hasta 1990 los componentes étnicos y raciales habían desempeñado un papel progresivamente menor en la identidad americana, mientras que los políticos iban ganando terreno a otros. Sin embargo, la reducción de la influencia de la cultura a partir de ese momento sobrecarga el sistema político y lastra el funcionamiento del mercado, ajeno al color de la piel, el género y la orientación sexual de sus participantes. El resultado es que esta nación fundada por un grupo de personas que se rebelaron contra la traición a los valores ingleses de las autoridades de Gran Bretaña ve cómo sus instituciones republicanas, basadas en la igualdad y en la responsabilidad de los gobernantes, son incapaces de mantener el orden.

Rasgos como la desvalorización de la ética del trabajo individual, la exacerbación de la política del moralismo y el cuestionamiento de las peculiaridades norteamericanas minan la unidad de la nación. Como ejemplos de los dos últimos factores Huntington menciona las críticas hechas en el pasado por papas como León XII a los Estados Unidos, una actitud que contrasta con el patriotismo que demuestra la gran mayoría de los obispos norteamericanos en las últimas décadas. Respecto al moralismo, no debemos pensar solamente en la derecha cristiana, sino en otros sectores sólo aparentemente contrapuestos. Por ejemplo, ante el caos universitario de 1968, Huntington afirmó que los estudiantes radicales eran "parte de la tradición recurrente proveniente de los puritanos americanos, honradamente indignados por que las instituciones de su país

no estuviesen a la altura de sus principios fundacionales"[2]. Como remedio a estos males Huntington propone la revitalización de la religión cívica que caracteriza el nacionalismo norteamericano, un constructo fruto de la imaginación, como reconoce citando a Benedict Anderson, que posee la ventaja de ser capaz de acomodar a todos, incluidos por supuesto los ateos.

Todo este edificio, que asegura unos niveles de libertad, igualdad y oportunidades inimaginables hace 100 años, puede agrietarse gravemente si el Estado sigue empeñado en animar las identidades subnacionales, tal y como solicita la coalición deconstructivista, mediante políticas como la discriminación positiva y las cuotas raciales, que inflan los precios de numerosos bienes y servicios. La introducción sin debate previo de un nuevo tipo de derechos, los grupales o colectivos, basados en la aceptación de la inexistencia de cualquier noción de bien común, y la marginalización que esto produce da como resultado más intolerancia e incomunicación, actitudes altamente perniciosas para la democracia que erosionan el concepto de ciudadanía.

El remedio de Huntington, que se asemeja a propuestas de carácter republicano formuladas en otros países, como la de Helena Béjar en *La dejación de España* (2008), pasa por trascender la ideología e impulsar el estudio de la historia común, que debe primar el elemento cultural anglo-protestante sin llegar a los excesos de teo-conservadores como Richard John Neuhaus y Pat Robertson, quienes se quejan sin razón de la poca influencia de la religión en la vida pública, cuando lo cierto es que la presencia de elementos religiosos en el discurso político es ahora mucho mayor que hace un siglo. Sin embargo, esta tendencia en parte responde a los deseos expresados por la mayoría de la población, según demuestran las encuestas, aunque conduce al aumento de la polarización política y de los juegos de suma cero.

Más que con conclusiones definitivas o con un plan político concreto, Huntington concluye ¿Quiénes somos? con un párrafo que apela a la

apertura de un debate acerca del futuro de su nación:

Elementos significativos de las elites americanas están favorablemente dispuestos a que América se convierta en una sociedad cosmopolita. Otras elites desean que el país asuma un papel imperial. La gran mayoría del pueblo americano está comprometida con una alternativa nacional y con la preservación y fortalecimiento de la identidad americana como ha existido durante siglos. América se convierte en el mundo. El mundo se convierte en América. América sigue siendo América. ¿Cosmopolita, imperial, nacional? Las elecciones de los americanos configurarán su futuro como nación y también el futuro del mundo.

Conclusión

La obsesión de Huntington con el orden y la estabilidad, su nacionalismo cívico y sus reiterados llamados a la preservación del acervo común y a la conservación de las fórmulas políticas y económicas exitosas, o al menos funcionales, lo sitúan en principio en el ámbito que podríamos denominar netamente conservador, al mismo tiempo que en el aristoteliano justo medio. Sin embargo, su falta de miedo a los cambios, la aceptación de muchas novedades sociales y políticas, su resistencia a mirar hacia atrás y su constante denuncia de la ampliación del ámbito estatal a costa de la sociedad civil y el orden espontáneo lo acercan al liberalismo norteamericano (libertarianism) de los últimos 60 años, que ha

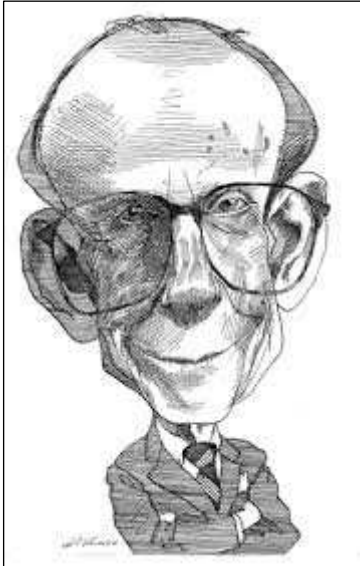
hecho suyas algunas propuestas del progresismo en un intento de demostrar que es posible ampliar el ámbito de elección individual en todo sin recurrir a la tutela estatal.

Quizá la dificultad para ubicar a Huntington dentro de una ideología determinada obedezca tanto a su método, empírico y altamente científico (conceptos válidos, hipótesis perfectamente testables y teorías lógicas que permiten la predicción), como a su desconfianza ante los paradigmas impulsados por los políticos y los falsos consensos basados en deseos más que en realidades. Esta actitud, calificada por algunos como "personalista" y "excéntrica", refleja en buena medida el criterio popperiano, que advierte del carácter súbito y poco predecible de muchos fenómenos sociales.

Mientras buena parte de sus colegas se empeñaba en buscar mirlos blancos, Huntington permanecía atento a la aparición de cisnes negros, esas excepciones susceptibles de causar impactos extremos y de acabar de un plumazo con tendencias consideradas irreversibles. Como dice Nassim Nicholas Taleb en *The Black Swan. The Impact of the Highly Improbable* (2007), un libro en el que su autor anuncia, por ejemplo, la actual crisis económica, el gran error de los científicos sociales consiste en pensar que vivimos en Mediocristán, cuando en realidad el reino de Extremistán es mucho más extenso. Huntington lo sabía.

© La Ilustración Liberal N° 25

Elementos



La teoría democrática de Huntington

Samuel P. Huntington es uno de los politólogos contemporáneos más conocidos. A pesar de que su trayectoria académica se remonta a la década de 1950, cuando publicó un extenso estudio de las relaciones cívico-militares en el Estado moderno titulado *El soldado y el Estado* (1957), se ha mantenido activo y muy prolífico hasta la actualidad. Más aún, no obstante esta dilatada carrera académica, no ha sido sino hasta la década de los noventa cuando el renombre y reconocimiento intelectual que había ganado con *El orden político de las sociedades en cambio* (1968) y *La crisis de la democracia* (1975), rebasó los ámbitos académicos para repercutir en los círculos periodísticos, literarios y estratégicos con dos obras fundamentales: *La tercera ola* (1991) y *El choque de las civilizaciones* (1996).

ROBERTO GARCÍA JURADO

Las ideas y opiniones expresadas en estas últimas dos obras trascendieron los estrechos circuitos de la teoría política para llegar a citarse ocasionalmente en conversaciones coloquiales. Así, referirse a la tercera ola democrática o a la advertencia profética del choque de civilizaciones se volvió familiar durante la década pasada en ciertos contextos donde se mueve el público culto.

Independientemente del tratamiento de *best-seller* que la academia norteamericana ha comenzado a dar a los textos de Huntington, lo que tal vez explique más certeramente la amplia difusión de sus ideas es el tino que ha tenido para elegir los temas de sus escritos, ya que casi todos ellos se vinculan de manera directa con los problemas más intensos de la actualidad. De todos ellos, uno de los más importantes y que motiva el presente trabajo es el del significado de la democracia y las transiciones hacia este régimen efectuadas durante el siglo anterior.

Al cierre del siglo XX, el balance que puede hacerse de éste tiene dos posibilidades: una pesimista y una optimista. Para las generaciones europeas que vivieron las dos grandes guerras, y particularmente para el pueblo judío, el siglo XX ha sido uno de los momentos más sangrientos e infames en la historia de la humanidad. No obstante, para las generaciones de la posguerra, y particularmente para las que

han visto caer el Muro de Berlín, el siglo XX ha sido una época de ventura prometeica. Incluso el pueblo judío podría compartir esta jactancia, pues en esta centuria no sólo se ha dado fin a la diáspora, sino que también se le ha dado a Israel la oportunidad de practicar sobre el pueblo palestino una brutalidad similar a la que sufrieron los judíos a manos de los nazis.

No obstante, independientemente de la sensibilidad y la perspectiva desde la que se vea, el siglo XX debe ser recordado fundamentalmente como el siglo de la democracia. Cuando éste se inició, ningún país podía presumir de tener un sistema plenamente democrático, es decir, en el que al menos todos los individuos adultos tuvieran el derecho de voto. Al principio había tan sólo 25 países en los que se practicaba la democracia de una manera por demás restringida y que en conjunto englobaban a poco más de 10% de la población mundial. Pero en sus postrimerías, de los 192 estados soberanos con reconocimiento internacional, 120 ya podían ser considerados plenamente democráticos en el sentido anterior, es decir, por garantizar en la práctica la universalidad del sufragio. Esto significa que, por primera vez en la historia de la humanidad, más de la mitad de los seres humanos - alrededor de 62% de la población mundial - vivía en un régimen democrático.

Sin embargo, este crecimiento se produjo sobre todo en la segunda mitad del siglo, puesto que recién concluida la Segunda Guerra Mundial, los sistemas democráticos sobrevivientes se reducían a poco más de una decena. Así, en esas condiciones, cualquier tránsito que se realizara hacia la democracia era todo un acontecimiento, bien recibido independientemente de lo inestable, restringido y defectuoso que fuera. No obstante, ese reducido número de democracias se ha incrementado hasta llegar a 120 y abarcar a la mayor parte de la humanidad. Así pues, en este nuevo contexto, valdría la pena señalar que la democracia no puede ser cualquier cosa distinta del autoritarismo y el totalitarismo; que acaso las condiciones mínimas que se exigen a un régimen para ser considerado democrático deban ser revisadas y, a partir de ellas, advertir que muy probablemente muchos regímenes calificados como tales no lo sean, o bien, que dentro de este género de gobiernos hay distintas especies.

La democracia: “una definición mínima”

A pesar de que Huntington se refiere en varias de sus obras al concepto de democracia, en casi todas ellas establece una concepción homogénea, al plantear que la democracia consiste básicamente en que la mayoría de quienes toman las decisiones colectivas sean seleccionados mediante elecciones limpias, honestas y periódicas, en las cuales se compita abiertamente y casi toda la población adulta tenga derecho al voto. No obstante que el propio Huntington reconoce que ésta es una “definición mínima”, plantea también que reúne dos virtudes fundamentales: la primera es que libera al concepto de cualquier carga moral y teleológica que comprometa su significado, y la segunda es que ofrece la enorme ventaja de poder verificar fácticamente la existencia o ausencia de un régimen democrático.

Por lo que se refiere a la primera virtud que atribuye Huntington a esta definición, es evidente que se apega, como él mismo lo reconoce, a la tradición fundada por Schumpeter de concebir la democracia esencialmente como un “método político”; como un concierto institucional para llegar a

ciertas decisiones políticas, esencialmente a la designación de los gobernantes. El propio Schumpeter se refiere a la teoría democrática como la “teoría del caudillaje competitivo”.

La adopción de esta definición por parte de Huntington se debe en buena medida a la búsqueda del cobijo que ofrece la reflexión de Schumpeter, pero también se explica en gran parte por su propia indagación. Desde su punto de vista, la democracia ha sido definida principalmente desde tres perspectivas: la fuente de autoridad, los fines del gobierno y las instituciones políticas. Huntington descarta de inmediato el primer tipo de estas definiciones, porque considera que siempre que se ha tratado de identificar la fuente de autoridad del gobierno, es decir, el cuerpo gobernante, se entra en serias dificultades, esto es, cuando se trata de definir al “pueblo”, “la mayoría” o “los pobres”, existen siempre diversas objeciones respecto de la capacidad inclusiva o exclusiva de tal cuerpo gobernante. Para no ir más allá, Huntington simplemente pone como ejemplo el concepto contemporáneo de mayoría, la cual, en ciertas condiciones, no es más que la suma de un conjunto de minorías, que son cambiantes a lo largo del tiempo y, por tanto, pertenecientes a una realidad evanescente.

Del mismo modo, Huntington descarta la segunda de estas perspectivas, ante todo por la dificultad para identificar los fines moralmente justificables del gobierno. Plantea que cuando se ha definido la democracia en estos términos, no sólo se le han asignado los más diversos y ambiciosos fines, como la justicia social, la igualdad, el bienestar, la felicidad o la realización personal, sino que además todos ellos se han planteado en un nivel tan exigente e ideal, que es muy difícil pensar que alguna vez haya habido un gobierno semejante en la historia de la humanidad.

Así, luego de descartar las dos primeras perspectivas, Huntington se queda con la tercera, con la que define la democracia en términos de instituciones políticas. Como puede observarse, en la definición de Huntington antedicha destacan tres elementos básicos: 1) que los gobernantes emanen de elecciones transparentes y regulares; 2) que la competencia por el poder sea franca y abierta, y

3) que el derecho de voto sea casi universal. Puesto de esta manera, y como el propio Huntington lo ha reconocido explícitamente, su posición se nutre también de la concepción procedimental de la democracia que han desarrollado con amplitud autores como Robert Dahl y Seymour Lipset, que coinciden en lo general con Schumpeter en definir la democracia esencialmente en términos de procedimientos institucionalizados, pero que difieren de la opinión de Huntington en forma considerable.

La mayoría de los estudios y análisis que se han hecho en el terreno de la política comparada y en el análisis de las transiciones democráticas han utilizado como definición de democracia la que ofreció Robert Dahl para definir las democracias contemporáneas, a las que él llama poliarquías, y que, en resumen, deben contar por lo menos con las siguientes características: 1) el control sobre las decisiones gubernamentales en relación con la política debe estar otorgado constitucionalmente a los funcionarios elegidos; 2) estos funcionarios son elegidos y desplazados pacíficamente en periodos preestablecidos, en lugares en los que se celebran elecciones libres y la coerción no existe o está francamente limitada; 3) prácticamente todos los adultos tienen derecho al voto; 4) la mayoría de los adultos tienen derecho a postularse para los puestos públicos; 5) los ciudadanos tienen la oportunidad de expresarse libremente en relación con la política, así como de criticar al gobierno y la ideología predominante; 6) los ciudadanos tienen acceso a fuentes alternas de información, y 7) los ciudadanos tienen derecho a unirse y asociarse en organizaciones autónomas de todo tipo, incluido el político.

Una definición mucho más breve pero que trata de abarcar los aspectos más relevantes de la definición de Dahl es la de Lipset, para quien la democracia se da en donde se presentan tres rasgos básicos: 1) que exista una competencia por las posiciones gubernamentales y se den elecciones limpias a intervalos regulares para ocupar las posiciones oficiales, sin hacer uso de la fuerza y sin excluir a ningún grupo social; 2) que los ciudadanos participen regularmente en la selección de sus líderes y en la definición de

las políticas públicas más relevantes, y 3) que existan libertades políticas y civiles amplias y firmes para garantizar la limpieza en la competencia y la participación política.

Para usar los mismos términos de Huntington, estas dos definiciones también podrían considerarse mínimas, en tanto que no pretenden definir la democracia por su fuente de autoridad ni por los fines del gobierno; se trata simplemente de definiciones que tienen en cuenta ciertas instituciones políticas. En este sentido, podría decirse también que las tres definiciones, incluida la de Huntington, tienen mucho en común, pero tienen también notables diferencias. De manera general, puede observarse no sólo que la definición de Huntington es más escueta, sino también más incompleta. Al compararla con la que ofrece Lipset, de inmediato surgen dos diferencias fundamentales; la primera, y tal vez la más importante, es que en tanto Lipset considera que debe haber un esquema amplio de libertades civiles y políticas, Huntington ni siquiera lo menciona. Esta diferencia resulta fundamental porque existe un amplio consenso en la bibliografía especializada sobre el carácter liberal de la democracia contemporánea, es decir, se la define esencialmente en términos de una democracia liberal. La valoración positiva que ésta recibe se debe así tanto a la legitimidad del gobierno democrático, por ser producto de elecciones generales inclusivas, como al hecho de que en el ejercicio del gobierno se respeten las libertades individuales.

El hecho de que Huntington no tenga en cuenta las libertades civiles y políticas en su definición de la democracia no significa que no las considere importantes. En muchas partes de su obra se refiere a ellas como una de las características distintivas y uno de los valores más estimables de la civilización occidental. Sin embargo, no las incluye en su definición en aras de hacer más elemental aún su “definición mínima” de la democracia.

Esta reducción no es un simple exceso de su parte; tiene un claro propósito teórico, pues mediante una definición de este tipo se reducen enormemente las variables que es preciso controlar para realizar la clasificación de los gobiernos democráticos; es decir, si para emitir

el juicio de la pertenencia o no a los regímenes democráticos hay que tener en cuenta simplemente la celebración regular de elecciones y la extensión del sufragio, entonces puede hacerse con relativa facilidad un recuento para incluir a cada país en un lado u otro de esta demarcación.

Sin embargo, al reducir tanto su definición, Huntington ha generado un nuevo problema, ya que, como la historia antigua y la reciente lo han demostrado, pueden existir democracias no liberales. La estrechez de las definiciones de este tipo ha hecho necesario que en su clasificación de las democracias contemporáneas la Freedom House distinga entre las democracias electorales y las democracias liberales: las primeras son aquellas que se ajustarían aproximadamente a la definición de Huntington.

La segunda diferencia también parece menor, pero no lo es. En tanto Lipset considera que debe darse la participación política de los ciudadanos de manera regular y que además de intervenir en la selección de sus líderes políticos lo hagan en la definición de las políticas públicas más relevantes, Huntington considera que basta con que exista el derecho a votar. Esto significa que mientras él considera suficiente el atributo, Lipset advierte que es importante tanto el atributo como el ejercicio de éste. En estas condiciones, nuevamente, la diferenciación no es estéril, pues como el propio Huntington lo ha llegado a documentar con su investigación, el abstencionismo y la reducción de los índices de participación política ciudadana pueden generar crisis en el sistema democrático.

La parcialidad de la definición de Huntington se magnifica más aún si se la compara con la de Robert Dahl. Al cotejar los rasgos que uno y otro le atribuyen a este régimen, resaltan tres diferencias notables. La primera se encuentra en el primer rasgo que señala Dahl: el del control sobre las decisiones gubernamentales por parte de los funcionarios elegidos. Esto significa, simple y llanamente, que quienes han sido elegidos para gobernar tengan la capacidad efectiva de hacerlo, principalmente para someter a su control los recursos y las estructuras gubernamentales. Esta

diferencia es particularmente significativa para América Latina, ya que las transiciones democráticas que se han registrado en las últimas tres décadas frecuentemente han creado gobiernos democráticos que han visto obstaculizada su tarea de gobierno por las prerrogativas alcanzadas en regímenes anteriores por parte del ejército, los sindicatos, las mafias y la burocracia. En estos países, la democracia se ha visto restringida por la dificultad que existe para ejercer el Estado de derecho en regímenes caracterizados por el cacicazgo, el caudillaje y el clientelismo.

La segunda diferencia es igualmente relevante. Tanto Huntington como Lipset se refieren a la necesidad de que exista un derecho casi universal al voto. Pero Dahl se refiere a la necesidad de contar tanto con el derecho a votar como a ser votado. Es decir, mientras que Huntington sólo tiene en cuenta uno de los muchos derechos políticos que se asocian con la democracia, Dahl alude a varios de ellos, esencialmente al derecho a ser elegido. Como en los casos precedentes, esta diferencia está llena de sentido, pues en tanto que Huntington sugiere que la democracia es un régimen en el cual un amplio contingente de ciudadanos elige de entre un reducido número de líderes políticos a los gobernantes, Dahl considera que debe darse al menos la oportunidad para que participe un número más amplio en la competencia por las posiciones dirigentes.

Por último, la tercera diferencia también tiene que ver con los derechos políticos, pero merece mención especial. Se trata del derecho de asociación que deben tener los ciudadanos y de la consecuente capacidad de formar organizaciones autónomas. Este señalamiento es particularmente importante en la teoría democrática porque da sustento a lo que se ha llamado el pluralismo, en particular el pluralismo social y político. El punto más relevante de esta distinción puede formularse así: no todas las teorías democráticas son pluralistas, pero el pluralismo siempre conduce e implica un régimen democrático. El derecho de formar asociaciones es una atribución muy importante en la democracia contemporánea, pues, a medio camino entre los derechos individuales y el derecho de una colectividad a

autogobernarse, permite que estos dos polos puedan coexistir sin atraerse, distanciarse o fundirse el uno en el otro. En este caso, como en los anteriores, Huntington no incorpora en su definición este elemento fundamental, lo que abre el camino para que algunos regímenes políticos puedan clasificarse como democráticos, cumpliendo apenas un mero requisito electoral.

De la confrontación que se ha hecho entre las definiciones de la democracia en estos tres autores no debe concluirse simplemente que la acertada es la de Robert Dahl: ya muchos se han ocupado de señalar sus fallas e inconsistencias; en realidad, el propósito que se ha perseguido es mostrar que la definición de Huntington es demasiado elemental, tanto, que puede inducir a imprecisiones o aclaraciones engorrosas, y que incluso al compararla con otras definiciones “mínimas” o puramente procedimentales, como las de los otros dos autores, sus carencias y huecos resultan inocultables.

Sin embargo, para develar las incongruencias o debilidades de su propia definición, ni siquiera es necesario confrontarla con la de otros autores: basta observar las correcciones que el propio Huntington tiene que hacer en repetidas ocasiones sobre sus propias consideraciones políticas.

Al justificar esta forma de gobierno, Huntington considera que la democracia es un régimen deseable, al menos el más deseable entre todos los posibles. Plantea que las razones fundamentales para valorarla de este modo son tres: 1) en ella es donde el individuo puede ejercer el mayor margen de libertad; 2) el gobierno democrático es menos propenso a utilizar la violencia en contra de sus ciudadanos, y 3) un Estado democrático normalmente no entra en guerra con otro Estado democrático.

Respecto al primer argumento, puede coincidirse con Huntington en tanto que, en efecto, de entre los distintos tipos de gobierno contemporáneo que existen, la democracia es el que resulta más apropiado para el ejercicio de las libertades individuales. Sin embargo, puesto que ésta es una de las ventajas más importantes de la democracia, salta a la vista nuevamente

que no lo mencione en su definición, ya que, como se ha visto, muchos otros lo hacen. Pero quizá resulte más incongruente todavía que, unos cuantos años después de hacer estas observaciones, Huntington reconozca que existe una “paradoja democrática”, es decir, la posibilidad de que la batalla electoral democrática lleve al poder a fuerzas y grupos fundamentalistas que exalten los valores étnicos, nacionales o religiosos en el afán de vencer a sus competidores, y entonces impongan un régimen intolerante. Por esta razón, Huntington se ve obligado a reconocer que existen sociedades en las que la democracia no se funda en el conjunto de libertades civiles y políticas características de la democracia liberal, es decir, que al darse la posibilidad de que existan democracias no liberales, se evapore una de las ventajas más importantes que le atribuía a este régimen.

Respecto a la segunda razón que ofrece para valorar la democracia, puede coincidirse también con Huntington en que, en términos generales, los gobiernos democráticos suelen utilizar menos la violencia contra sus ciudadanos. Ciertamente, algunos gobiernos autoritarios se distinguen por sostenerse en el poder mediante la represión y persecución contra los disidentes. Sin embargo, conviene no perder de vista que existen muchos otros gobiernos autoritarios que no basan su poder en despliegues de violencia permanentes y extensos, y que incluso, en ciertas condiciones, algunos gozan de un amplio apoyo popular. En todo caso, como en el primer argumento, los gobiernos democráticos son menos represores y violentos siempre y cuando se trate de regímenes que respeten irrestrictamente las libertades civiles y políticas democráticas, porque, faltando esta condición, se debilitan el respeto y la consideración de la democracia hacia los individuos.

En cuanto al tercer argumento, es pertinente llamar la atención sobre la contradicción que también en esta materia ha debido reconocer Huntington. Al formularlo, retomó la antigua tesis kantiana en el sentido de que la paz mundial dependía de que los estados adoptaran una constitución republicana, lo cual no sólo garantizaba la libertad a sus propios

ciudadanos, sino que además constituía la mejor garantía para las amenazas provenientes del exterior, ya que en una república libre se conocería el valor de la libertad, y, por ello mismo, no se atentaría en contra de la de los ciudadanos de otros estados. Hay que reconocer que Kant se refería a la república y no a la democracia; más aún, en el pensamiento kantiano la democracia era considerada una forma de gobierno corrupta. Sin embargo, por el proceso de transformación que experimentó el concepto de democracia a lo largo del siglo XIX, su significación esencialmente negativa cambió a una positiva, en la cual estaban contenidos en buena medida los ideales republicanos típicos de los siglos precedentes.

Huntington había sostenido en un principio esta tesis; sin embargo, también unos cuantos años después abandonó esta posición y aceptó la posibilidad de que algunos países democráticos, sobre todo los de reciente democratización, no sostuvieran relaciones de cooperación y respeto tan firmes con los países occidentales democráticos; es decir, planteó que a pesar de la coincidencia en los principios democráticos, las diferencias civilizacionales pueden generar no sólo relaciones poco cooperativas, sino incluso conflictos bélicos. Así, como en los dos casos anteriores, la estrechez de la definición de la democracia permite que se incluya en ella una gran cantidad de regímenes que no satisfacen los criterios de una democracia liberal, lo que abre paso a conflictos y enfrentamientos entre diversos tipos de regímenes democráticos, con lo que se difumina también la tercera y última ventaja que Huntington atribuía a la democracia.

Como ha podido apreciarse, la brevedad y parcialidad de la definición de democracia que ofrece Huntington impide que, al menos en el plano conceptual, este régimen político ofrezca las ventajas que él le atribuye.

La segunda virtud que Huntington veía en su “definición mínima” de la democracia era la facilidad para verificar fácticamente la existencia o ausencia de un régimen democrático. Y, en efecto, reduciendo prácticamente a dos variables el contenido de la definición, la celebración de elecciones regulares y el sufragio universal, es mucho más sencillo elaborar una

clasificación general de los regímenes que responden a este supuesto y los que no. Sin embargo, como se verá, esto conduce a otros problemas.

La tercera ola democrática

La cortedad y estrechez de la definición de la democracia que adopta Huntington, así como la imprecisión de varios otros de los parámetros que utiliza para estudiar el gobierno democrático contemporáneo, provocan serios problemas. Muchos de éstos emergen automáticamente cuando se estudia uno de los temas que más renombre y prestigio le han dado: las transiciones democráticas modernas, particularmente las registradas en la última cuarta parte del siglo XX, a cuyo conjunto llamó la tercera ola democrática, y dedicó uno de sus libros más conocidos y que lleva precisamente ese título.

El planteamiento central de ese libro es que en la historia moderna de la humanidad se han producido tres olas democráticas, es decir, tres series de transformaciones de gobiernos autoritarios en gobiernos democráticos, las cuales se registran en un periodo definido y comparten características similares. De acuerdo con esta concepción, Huntington plantea que la primera de ellas dio inicio en 1828 y concluyó en 1926; la segunda comenzó en 1943 y finalizó en 1962, y la tercera principió en 1974 y seguía vigente en 1990, año en que finalizó su investigación, admitiendo que no tenía suficientes evidencias para decir si ya había concluido o si todavía habría más transiciones.

En la primera ola democrática transitron hacia este régimen países que constituyen el ejemplo típico de la democracia occidental, como Estados Unidos, Inglaterra y Suiza, y las raíces de ésta se encuentran principalmente en las revoluciones francesa y americana. En la segunda ola democrática los países fueron de naturaleza más contrastante, ya que participaron naciones como Francia, Alemania e Italia, así como Malasia, Jamaica, Venezuela y Gambia. Las causas y detonantes de esta ola son diversos, tanto como los países participantes. De ellas destacan principalmente dos: 1) la derrota del nazismo y el fascismo, que explica las transiciones registradas en Europa, y 2) la

descolonización emprendida por las potencias europeas, que explica básicamente los procesos correspondientes a Asia y África. Finalmente, la tercera ola incluyó a países todavía más diversos, como Bulgaria, Guatemala, Mongolia o Namibia, los cuales fueron afectados igualmente por una multiplicidad de factores, de entre los que sobresalen el crecimiento económico mundial, la actividad de la Iglesia católica y la presión democrática de los países occidentales.

La interpretación que ofrece Huntington sobre estas tres olas democráticas es muy sugerente y atractiva, además de que por diversos motivos la idea de una tercera ola se ha hecho muy popular. Sin embargo, a pesar de los méritos que tiene esta idea, adolece también de fallas o carencias que es necesario señalar.

En primer término, conviene destacar que como investigador de la política comparada y de las relaciones internacionales, Huntington dedica especial atención a la incidencia de los factores externos sobre las transformaciones internas de un país. Desde esta perspectiva global, no sólo puede hablarse de olas democráticas, sino también de olas de violencia, olas de protestas u olas neoliberales.

Durante la década de los ochenta se hizo muy común hablar de la ola neoliberal que impregnaba las políticas económicas de una gran cantidad de gobiernos, tanto de países desarrollados como subdesarrollados. Posteriormente, en la década de los noventa, ya no se habló de la interconexión de los asuntos mundiales, sino de globalización, concepto que denota un grado más elevado de interpenetración de los asuntos mundiales. Esta creciente interconexión de los asuntos humanos a lo largo y ancho del globo es una de las causas más relevantes de la tercera ola democrática, e incluso puede considerarse una de las causas de la segunda ola, en la cual muchos países compartieron el mismo destino debido principalmente a la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, para explicar la primera ola, este criterio parece menos aplicable, lo cual se debe básicamente a que en la época en que se inició no podría decirse que se había llegado a un grado de compenetración internacional como el que se alcanzó en el siglo XX. En el caso de la

primera ola, la interacción de la política mundial no pareció ser un factor tan relevante.

Aunque no podría negarse la contribución de las revoluciones francesa y americana, como lo propone Huntington, lo que resultó más importante en este acontecimiento, y quizá determinante, fue la raíz anglosajona de los países que participaron en la ola. Si se observa el conjunto, se verá que de los diez países que protagonizaron este movimiento, seis de ellos, esto es, más de 50%, eran herederos de las instituciones políticas británicas, a las cuales muchos les atribuyen el primer impulso democrático de la era moderna. En este caso, podría decirse que la ola democrática se debió menos a la dinámica interactiva de la política mundial que a los factores meramente intrínsecos de estos países.

En segundo lugar, si se consideran los periodos de duración de las tres olas democráticas se verá que el criterio para identificar a cada una de ellas ha sido un tanto irregular. Esto puede percibirse claramente si se comparan la primera y la segunda olas: en tanto la primera dura casi cien años, de 1828 a 1926, la segunda dura apenas veinte, de 1943 a 1962; es decir, existe una desproporción evidente. Esta disparidad implica que la primera ola sea demasiado extensa, tanto, que en ella se realiza una gran cantidad de transformaciones políticas y sociales en los países que se toman como referencia, lo cual hace difícil englobar en un solo periodo histórico el siglo que corre entre estas dos fechas y que está lleno de conflictos, reformas y revoluciones.

Además, la disparidad de la duración de ambas olas no es el único problema. La segunda ola, que va de 1942 a 1963, es en buena medida efecto y resultado de la Segunda Guerra Mundial, pues gran parte de las transiciones que se registraron en el periodo estuvieron influidas en mayor o menor medida por ese suceso. No obstante, con la segmentación de Huntington se pierde de vista que las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial deben ser consideradas como parte de un proceso íntegro que dio inicio mucho antes y que empieza precisamente con la Primera Guerra Mundial y concluye con el inicio de la guerra fría. En este sentido, la primera contra-ola, que Huntington

ubica entre 1922 y 1942, podría ser vista no sólo como una reacción frente a la primera, sino que tal vez se comprendería mejor si se la observara como un periodo de reacomodo entre las dos guerras mundiales. Sin embargo, hay que admitir que la periodización histórica siempre es relativa, al grado de que aun la más común y difundida produce polémica y desacuerdo; por tal motivo, en este caso debe señalarse al menos que la periodización propuesta por Huntington también suscita serias objeciones.

En tercer lugar, si se aplicara estrictamente la “definición mínima” de Huntington, en particular el requisito de que deben tener derecho al voto la mayoría de los adultos, se observaría que ningún país de los considerados en la primera ola tenían esa característica en el siglo XIX, y que muchos la alcanzaron ya bien entrado el XX. Huntington no pasó por alto esta dificultad, y para salvarla optó por usar dos definiciones alternativas de democracia, con lo que esperaba hacer congruente y aceptable su enfoque de las tres olas. Así, propuso que para el siglo XX se usara la definición íntegra que originalmente dio, y para el siglo XIX, que se aceptaran como democracias aquellos países en donde al menos 50% de los individuos adultos tuvieran derecho al voto. Si se aceptan estas dos definiciones alternativas de democracia, puede ponerse a salvo el enfoque de las tres olas, pero si se asume un criterio más estricto, entonces difícilmente podría admitirse. En este caso, tendría que reconocerse que varios de esos países eran oligarquías o aristocracias en el siglo XIX o, cuando mucho, podrían describirse como democracias censitarias, pero en todo caso serían regímenes distintos a las democracias del siglo XX.

En cuarto lugar, es pertinente hacer notar que una de las sugerencias implícitas en el enfoque de las tres olas democráticas es que los países que han experimentado este proceso, ya sea en la primera o en la tercera olas, adquieren por ese solo hecho el mismo nivel de desarrollo político, la misma condición, o, siguiendo la metáfora de Huntington, arriban a la misma playa. Es probable que mediante esta transformación política todos estos países lleguen a compartir alguna homogeneidad,

consistente sobre todo en la posesión común de ciertas instituciones democráticas básicas, como el voto universal, las elecciones periódicas o la competencia política abierta; sin embargo, es necesario advertir que entre ellos persisten considerables diferencias en cuanto a sus características e instituciones políticas, como la calidad y cantidad de la información política disponible; el nivel de educación y preparación de los ciudadanos, o la red de organizaciones y asociaciones sociales, esenciales para el pluralismo político. De este modo, no puede haber punto de comparación entre la democracia de Suecia y Francia con la de Venezuela o Sri Lanka, por ejemplo. Además, probablemente no sea necesario abundar en los enormes diferenciales de desarrollo económico y social que persisten entre estos países y que repercuten de manera directa en la esfera política.

Finalmente, en quinto lugar, Huntington define la democratización como el proceso de transición que lleva de un gobierno autoritario a uno democrático; no obstante, así como el enfoque de las tres olas homogeneiza implícitamente el tipo de democracia al que se llega, del mismo modo, en este caso también se homogeneiza el punto de partida. Huntington dice que para ajustarse a la conceptualización que sugiere debe fundirse en una sola categoría a los diversos tipos de gobiernos autoritarios que existen, a pesar de que las diferencias entre muchos de ellos sean considerables. Sin embargo, es necesario señalar que es muy importante el tipo de gobierno autoritario que antecede a la democracia, ya que de ello dependen no sólo la facilidad del tránsito, sino también el tipo de instituciones políticas que se construyan en ese Estado. Como decía Barrington Moore, existen algunas formas de gobierno autoritario cuya constitución favorece la implantación de la democracia, en tanto que otras la obstruyen. El mismo Huntington pudo advertir esto cuando señaló que los gobiernos burocráticos centralizados dificultan más la transición a la democracia que los sistemas feudales descentralizados, distinción que no toma suficientemente en cuenta cuando engloba en una sola categoría a todos los gobiernos autoritarios.

Por este motivo debe advertirse que no todos los procesos de democratización siguen la misma ruta; así como es diferente el punto de partida en cada caso, también es diferente el punto de llegada. Probablemente en el futuro estas diferencias pierdan significado para la conformación de cada régimen político, pero en la actualidad son relevantes y determinan en muchos casos aspectos básicos de los sistemas políticos en transformación.

Además, como se evidencia aquí, Huntington comparte y denota un problema muy común en la teoría política contemporánea sobre la clasificación de las formas de gobierno. En ésta generalmente se adopta una concepción lineal del desarrollo político, es decir, se opta por colocar en una línea recta y continua los distintos tipos de gobiernos autoritarios y democráticos: en vez de elaborar una tipología de las formas de gobierno, se elabora una escala en la que los gobiernos se diferencian únicamente en términos cuantitativos, esto es, se diferencian en tanto son más o menos democráticos, o bien, más o menos autoritarios.

Sin embargo, las generalizaciones de este tipo ciertamente facilitan la presentación de las panorámicas de conjunto, pero al costo de sugerir que todas las sociedades tienen una línea política evolutiva idéntica, de acuerdo con la cual el presente de las sociedades modernas es el futuro de las sociedades que se encuentran en proceso de modernización y aun de aquellas que están dando sus primeros pasos en esta ruta. Pero como el mismo Huntington lo reconoce en diversos contextos, los procesos de transformación y desarrollo político del conjunto de las sociedades humanas no siempre reproducen el mismo patrón de cambio y evolución; en ocasiones recrean y reproducen esquemas de desarrollo que ya han experimentado antes otras sociedades, pero a menudo se desenvuelven por vías paralelas o diagonales. La manera más clara en que el mismo Huntington reconoce esto es cuando admite que la modernización de algunos países no significa necesariamente su occidentalización; es decir, los países en vías de modernización seguramente reproducirán algunas estructuras políticas, económicas y

sociales de las sociedades occidentales modernas, pero no todas.

En esta medida, aunque la modernización está afectando a todas las regiones del planeta, sus efectos no están produciendo en todas partes los mismos resultados. Más aún, a contracorriente del optimismo que causó la caída del Muro de Berlín, los acontecimientos posteriores han mostrado que la pretendida victoria de la democracia liberal no será ni tan universal ni tan definitiva como en un principio se pensó. En este sentido, al parecer las fronteras políticas de Occidente y de la democracia liberal seguirán teniendo un contorno definido.

Occidente: los límites de las instituciones democráticas

A pesar de que el siglo XX puede considerarse el siglo de la democracia por las consideraciones hechas en un principio, también es necesario reconocer que en esta época, como en otras, el mundo occidental reafirmó su conciencia sobre sí mismo, esta vez mediante el vehículo de la democracia liberal, que aunque no es exclusivo de esta porción del planeta, sí es característico de ella.

Aunque las fronteras de Occidente han sido cambiantes, durante casi toda la época moderna se han mantenido fijas. Muchos han sido los ingredientes distintivos de nuestra civilización, pero ahora, como hace mil años, sigue habiendo una diferencia que para Huntington es sustancial, definitoria: la religión. Aunque él considera que existe una serie de características políticas y culturales que distinguen a Occidente, asigna a la identidad religiosa una posición fundamental. Así, como hace mil años, la identidad de Occidente sigue siendo la cristiandad, y su alter ego, su contrapunto frontal, el Islam. Tal parece que las batallas siguen siendo entre moros y cristianos.

Tradicionalmente se había considerado que la democracia encontraba su mejor sustento religioso en las sociedades protestantes. Se creía que sólo éstas proporcionaban al individuo la ética más apropiada para el ejercicio de la independencia y las libertades individuales, que son la base y el objetivo de las democracias contemporáneas. Por el motivo contrario, se

consideraba que el catolicismo era una base menos apropiada, principalmente porque imbuía en el individuo nociones de sometimiento incondicional a la autoridad, así como una conducta pía y temerosa en la vida.

No obstante ello, la tercera ola estuvo protagonizada por muchos países católicos; de hecho, la mayoría profesaba esa religión. Es cierto que esta tercera ola se generó por una compleja combinación de transformaciones económicas, políticas y sociales, pero dentro de todas ellas cabe distinguir la transformación de la propia Iglesia católica, la cual comenzó a abogar activamente en todo el mundo por la defensa de los derechos humanos, declaró su simpatía por los gobiernos democráticos y se la retiró a los autoritarios.

Sin embargo, en 1990 Huntington consideraba que este factor propulsor de la democracia tenía un límite rígido, el mismo que marca la separación entre el mundo cristiano y el resto de las civilizaciones. Fuera del cristianismo, ni el budismo ni el confucianismo, y menos aún el islamismo, parecían ser sustratos religiosos que favorecieran la democracia, razón por la cual Huntington concluía que uno de los impulsos fundamentales de la tercera ola democrática se había agotado, por lo que muy probablemente no se presentarían muchas otras transiciones en el futuro previsible. No obstante esta apreciación, poco después, en su libro *El choque de civilizaciones*, admitía que aun en los países fundamentalistas podía implantarse la democracia, es decir, que la tercera ola democrática bien podría extenderse a países cuya religión no tuviera como raíz el cristianismo. Como se ha mostrado anteriormente, en esta y en otras cuestiones relevantes la opinión de Huntington cambió radicalmente en unos cuantos años.

Esta nueva corrección de Huntington, como las otras, se hizo necesaria principalmente por la holgura de la “definición mínima” de la democracia, la cual atribuye este carácter a cualquier régimen que cumpla con los requisitos electorales mencionados. Pero también fue necesaria por una generalización excesiva de las civilizaciones distintas de las del Occidente.

Huntington llega a admitir que la democracia no es patrimonio exclusivo del mundo occidental y que también otras civilizaciones pueden generarla. De este modo, se ve obligado a cambiar su planteamiento para proponer que lo que caracteriza a Occidente no es la democracia, sino un conjunto de instituciones liberales. Se deduce así que en otras civilizaciones, particularmente dentro de la civilización islámica, puede haber democracias, pero no democracias liberales como las occidentales.

El planteamiento original de Huntington acerca de la identidad entre democracia y Occidente, y particularmente la creencia en la incompatibilidad de este régimen político y el Islam, le valió gran cantidad de críticas, muchas de las cuales se fundaban en la observación de que hacia fines del siglo XX más de la mitad de la población musulmana vivía en regímenes democráticos, rasgo categórico de la realidad que no debe ser ignorado o pasado por alto, tal como parecía hacerlo Huntington. En este mismo sentido, también han sido muchas las voces que se han alzado en contra de la presunción de Huntington y de la propia cultura occidental sobre el autoritarismo genético de las otras grandes religiones del mundo, como el confucianismo, el budismo o el islamismo. El confucianismo, por ejemplo, admite como principio dogmático la obediencia al padre y al soberano, pero también otorga un amplio margen para el libre albedrío y la libre determinación del individuo. Incluso el islamismo admite ambas posibilidades y su práctica depende mucho de la interpretación que se haga del Corán, la cual puede ser llevada hasta el fundamentalismo más extremo, o bien, al establecimiento de una tolerancia digna y respetuosa. En todo caso, como las propias escrituras sagradas de los cristianos, cada dogma religioso es susceptible de ser interpretado de las maneras más dispares.

Ciertamente, el esquema y margen de libertades civiles y políticas sigue siendo muy estrecho en la mayoría de esas sociedades, pero es probable que no deba considerarse que es una característica intrínseca de sus principios dogmáticos, pues ha habido otras épocas en las que las cortes musulmanas se han caracterizado

por su liberalidad y tolerancia, mientras que las cristianas eran barridas por la persecución y el oscurantismo.

Es probable que una de las mayores fuentes de error de Huntington sea considerar que el debate sobre la teoría de la democracia ha acabado, que Schumpeter ha vencido y la democracia debe ser entendida solamente como un “método político” para la toma de decisiones colectivas. Por suerte, el debate sobre la democracia no ha terminado, y aunque acaso tengan gran peso las teorías que definen este régimen esencialmente en términos de

procedimientos electorales y libertades individuales, hay gran cantidad de señalamientos críticos sobre éstas que deben tenerse en cuenta. En todo caso, aun si fuera necesario ceñirse a una “definición mínima” de la democracia para no caer en idealizaciones y adoptar un criterio válido y útil de clasificación de las formas de gobierno contemporáneas, es claro que la de Huntington no es lo suficientemente adecuada, o bien, requiere importantes correcciones y adiciones.

© Política y Cultura, primavera 2003, núm. 19

Huntington o el racista enmascarado

El mejor indio es el indio muerto". "El mejor negro es el esclavo negro". "La amenaza amarilla". "La amenaza roja". El puritanismo que se encuentra en la base de la cultura blanca, anglosajona y protestante de los Estados Unidos se manifiesta de tarde en tarde con llamativos colores. A los que arriba señalo se añade ahora, con el vigor de las ideas simplistas que eximen de pensar, "el peligro latino o moreno".

Su proponente es el profesor Samuel P. Huntington, incansable voz de alarma acerca de los peligros que "el otro" representa para el alma de fundacional de los Estados Unidos. Que existía (y existe) una "América" (pues Huntington identifica a los Estados Unidos con el nombre de todo un continente) indígena anterior a la colonización europea no le preocupa. La preocupación es la América hispánica, la que habla español y cree en Dios. Este es el peligro indispensable para una nación que requiere, para ser, un peligro externo identificable. Moby Dick, la ballena blanca, es el símbolo de esta actitud que, por fortuna, no comparten todos los norteamericanos.

Huntington, en su Choque de Civilizaciones, encontró su monstruo exterior necesario (una vez desaparecida la URSS) en un Islam dispuesto a asaltar las fronteras de Occidente, rebasando las proezas de Saladino que capturó Jerusalén en 1187 y superando él, Huntington, la campaña cristiana de Ricardo Corazón de León en Tierra Santa cinco años más tarde. La nueva cruzada de Huntington va dirigida contra México y los mexicanos que viven, trabajan y enriquecen a la nación del norte. Para él, los mexicanos no viven --invaden--, no trabajan --explotan--, y no enriquecen --empobrecen porque la pobreza está en su naturaleza misma--. Todo ello, añadido al número de mexicanos y latinoamericanos, constituiría una amenaza para la cultura que para Huntington sí se atreve a decir su nombre: la Angloamérica protestante y angloparlante de raza blanca.

Acaso nos une lo que Huntington cree que desune: la multiculturalidad de la lengua castellana. Los hispanoamericanos somos, al mismo tiempo que hispanoparlantes, indoeuropeos y afroamericanos. Y descendemos de una nación, España, incomprensible sin su multiplicidad racial y lingüística. Con todo ello ganamos, no perdimos. El que pierde es Huntington, aislado en su parcela imaginaria de pureza racista angloparlante, blanca y protestante --aunque su generosidad la extienda, graciosamente, al "cristianismo"--. Porque seguramente Israel y el Islam son peligros tan condenables como México, Hispanoamérica y, por extensión, la propia España de hoy, culpable según Huntington de indeseables incursiones en antiguos territorios de la Corona. Pregunta ociosa: ¿Cuál será el siguiente Moby Dick del Capitán Ahab Huntington?

Carlos Fuentes



La dinámica de la civilización occidental: Huntington a debate

Resulta muy complejo saber cómo la llamada “lucha” de las civilizaciones debe ser correctamente abordada como objeto de estudio. No obstante, nuestra pretensión en este trabajo es tratar de explicar como tal confrontación se ha producido. En concreto, parte de este análisis irá encaminado a rebatir las ideas expuestas, principalmente, por Samuel Huntington en su libro “El choque de las civilizaciones” y, en menor medida, por el politólogo Giovanni Sartori. Ambos autores, desde nuestro punto de vista, ofrecen perspectivas de Occidente “inocentes” y poco rigurosas con una historia presa de la irreflexión generada tras los acontecimientos del 11-S.

RAIMUNDO OTERO ENRÍQUEZ

Introducción

Tengamos como punto de partida las siguientes líneas escritas por Huntington: “Occidente difiere de las demás civilizaciones, no con el modo en que se ha desarrollado, sino en el carácter peculiar de sus valores e instituciones. Entre estos se encuentran sobre todo su cristianismo, pluralismo, individualismo e imperio de la ley, que hicieron posible que Occidente inventara la modernidad, se extendiera por el mundo y se convirtiera en la envidia de las demás sociedades. Estas características (...) convierten en única a la civilización occidental (...) es valiosa, no porque sea universal, sino porque es única. Por consiguiente, la principal responsabilidad de los líderes occidentales no es intentar remodelar otras civilizaciones a imagen de Occidente, cosa que escapa a su poder en decadencia, sino preservar, proteger y renovar las cualidades únicas de la civilización occidental”.

¿Este párrafo se ajusta a la realidad histórica que se ha forjado Occidente a lo largo de su existencia o respira un etnocentrismo que adultera dicha realidad?

1. Occidente bajo la ideología

Huntington, en nuestra opinión, cae en el error de conceder a la civilización occidental

una aureola de superioridad nacida de una peligrosa ideología. Centrémonos en la “era del imperialismo formal” (1870-1914) en donde, bajo un complejo fenómeno interactivo de motivaciones económicas, políticas e ideológicas, nos encontramos con unas relaciones entre países “desarrollados” y países o territorios “atrasados” caracterizadas, aunque algunos quieran olvidarlo, por una descomunal brutalidad. Centrémonos en las motivaciones ideológicas del imperialismo, esto es, la idea de que las naciones occidentales, siendo las más poderosas desde un punto de vista técnico, económico y moral estaban llamadas a dominar el mundo. El hombre blanco debía realizar “costase lo que costase” una misión de tintes místicos y divinos: ejercer una acción civilizadora en pueblos considerados como inferiores y bárbaros.

De dónde buscar una fuente de legitimidad que justificase la “puesta en marcha” de la ideología imperialista: en una cultura que había depositado una inmensa confianza en las ideas positivistas y etnocentristas del progreso, en la exaltación irracional de la voluntad o, indudablemente, en las tesis racistas del darwinismo social que gozaron de una gran aceptación popular. Desde la literatura - pensemos en las obras de Julio Verne o Richard

Kipling- o desde un enfoque antropológico - pensemos en la teoría clasificadora de las razas de G. Cuvier en 1817 o en el “*Essai sur l’inégalité des races humaines*” de Gobineau-, todos los esfuerzos de la “academia” iban encaminados a afirmar la perfección de la civilización de la raza blanca frente al grado de barbarie del “otro”. Lo que es más importante: en la era del imperialismo formal, la “academia” puso en marcha un paradigma historiográfico que explicaba la expansión de Occidente a través solamente de su perfeccionada naturaleza capitalista e incuestionable racionalidad industrial que otros pueblos clamaban por tener cuanto antes. En definitiva, Occidente había crecido necesariamente por el bien de las “civilizaciones bárbaras” y siempre apoyado por la innata perfección blanca.

El propio Spencer describía el tipo ideal de sociedad industrial -occidental- en los términos de una sociedad en donde la guerra se convertía en un recurso disfuncional que bloqueaba el desarrollo industrial y comercial, en donde existía un gobierno democrático y se protegía eficazmente al individuo, pues todos en ella eran tolerantes y flexibles. Curioso, Huntington describe la civilización occidental con adjetivos similares a los que Spencer hace más de un siglo utilizó: la civilización occidental es única, es plural, individualista, “inventó la modernidad”, “se extendió por el mundo” y “se convirtió en la envidia de las demás sociedades”. Nosotros nos seguimos preguntando, ¿la hegemonía de Occidente fue en verdad fruto de su naturaleza “envidiable”?

Nuestra intención, antes de hacernos preguntas sobre el “mundo civilizatorio” futuro, es indagar en la historia, precisamente, para romper el paradigma historiográfico “tradicional” que, bajo el discurso todavía reproductor de la fascinación ilustrada por el conocimiento científico-técnico, entiende que la expansión occidental es, en una palabra, producto de sus “méritos”. Esto no ha sido así, la occidentalización del mundo es fruto de un parto doloroso, es un cuento plagado de muerte y racismo en donde no hay nada de “maravilloso”. En realidad, la Ilustración -entendida como una metáfora de Occidente y no sólo de la historia del siglo XVIII-

desembocó en un género de barbarie sustentado en el triunfo de una razón instrumental o formal no sujeta a ningún tipo de reflexión ética sobre los fines perseguidos. En realidad, “la inventora de la modernidad”, la Ilustración, “ha perseguido desde siempre el objetivo de liberar a los hombres del miedo y constituirlo en señores. Pero la tierra enteramente ilustrada resplandece bajo el signo de una triunfal calamidad. En realidad, tras este período histórico “lo que los hombres quisieron de la naturaleza fue servirse de ella para dominarla por completo, a ella y a los hombres”. La naturaleza tanto física como humana había sido degradada a pura materia, había que dominarla sin otro propósito que no fuese el de dominarla, pues, en Occidente la dominación se convirtió en un fin en sí mismo.

Nosotros participamos de la idea que toda civilización -pensemos en Roma o Atenas- que ha querido extenderse más allá de sus fronteras primitivas, lleva implícita en su existencia una historia de represión y dominación. Para tratar de demostrarlo, partiremos del supuesto teórico que Norbert Elías expuso en su obra “El proceso de la civilización”: “la estabilidad peculiar -dice- del aparato de autoacción psíquica, que aparece como un rango decisivo en el hábito de todo individuo civilizado, se encuentra en íntima relación con la constitución de institutos de monopolio de la violencia física y con la estabilidad creciente de los órganos sociales centrales (...) El monopolio de la violencia física, la concentración de las armas y de las personas armadas en un solo lugar hace que el ejercicio de la violencia sea más o menos calculable y obliga a los hombres desarmados en los ámbitos pacificados a contenerse por medio de la previsión y la reflexión”. De lo que se trata no es de una superioridad del medio de producción capitalista, de nuestra democracia o de nuestro individualismo. En realidad, todo se reduce a una superioridad en los medios de coerción -el monopolio de la violencia física, la concentración de las armas, etc.- que ha garantizado para Occidente, y no de otro modo, su dominio del mundo. Tal y como algunos se percataron a principios del siglo XIX, Occidente crecía no por ser el continente de los altos designios divinos depositados en el hombre blanco, sino porque había conseguido

“imponerse” gracias a desarrollos concretos como “las armas de fuego, el compás de navegación y la prensa”.

2. Occidente como centro del sistema mundial:

Parafraseando a Noam Chomsky, desde el justo instante en que Cristóbal Colón descubrió América, se inició a escala mundial la cruenta confrontación entre conquistadores y conquistados, fenómeno que ha recibido numerosos nombres: imperialismo, neocolonialismo, el conflicto Norte-Sur, o, sencillamente, “la conquista del mundo por Europa (...) La conquista del Nuevo Mundo puso en marcha dos enormes catástrofes demográficas, sin paralelo en la historia: la práctica destrucción de la población indígena del hemisferio occidental, y la devastación de África a medida que la trata de esclavos se extendía con rapidez para servir a las necesidades de los conquistadores (...) También Asia sufrió horribles desdichas”. Desde nuestro juicio, la dinámica de la “confrontación global” a la que se ha visto sometida el mundo desde el comienzo de la Era Moderna, tiene en el modelo teórico del “sistema mundial” esbozado por Immanuel Wallerstein su mejor fuente explicativa. Por ello, lo explicaremos someramente para después “plegarlo” a nuestros propósitos.

El sistema mundial es “un sistema social, un sistema que posee límites, estructuras, grupos, miembros, reglas de legitimación y coherencia. Su vida resulta de las fuerzas conflictivas que lo mantienen unido por la tensión y lo desgarran en la medida en que cada uno de los grupos busca remodelarlo para su beneficio”. Ha habido en la historia dos variedades de sistemas mundiales: el imperio-mundo (el Imperio Romano, por ejemplo, en el cual existía un único sistema político dominante -que alcanzaba a comprender sólo una parte del planeta- de escaso control efectivo) y la economía-mundo o, si se quiere, el sistema mundial moderno (un sistema de quinientos años de antigüedad en donde no existe un único sistema político y, precisamente por esto último, en donde el capitalismo ha sido capaz de florecer “con una distribución desigual de

sus frutos”). Dentro de la economía-mundo nos encontramos con tres diferentes áreas:

A/ Estados del centro: “en tales estados, la creación de un fuerte aparato de Estado -según Weber, la entidad que detenta el monopolio efectivo de la violencia- unido a una cultura nacional, fenómeno a menudo llamado integración, sirve como mecanismo para proteger las disparidades surgidas en el seno del sistema mundial y como máscara ideológica justificadora del mantenimiento de tales disparidades”.

B/ Áreas, no estados, periféricas: “porque una característica de las áreas periféricas es que el estado indígena es débil, oscilando entre la no existencia (es decir, una situación colonial) y la existencia con un escaso grado de autonomía”. La “periferia” coincide con lo que denominamos hoy en día el “tercer mundo” que, sobre todo en el período álgido del imperialismo formal, fue explotado sistemáticamente al poseer éste unos vastos territorios con recursos naturales imprescindibles para poder abastecer a las industrias de los países económicos avanzados de Occidente.

C/ Áreas semiperiféricas: “están entre el centro y la periferia en una serie de dimensiones (...) son puntas de recopilación de cualificaciones vitales, a menudo políticamente impopulares -pensemos en el Sureste Asiático- que desvían parcialmente las presiones políticas que los grupos localizados primariamente en las áreas periféricas podrían en otro caso dirigir contra los Estados del centro y los grupos que operan en el seno y a través de sus aparatos de estado.

Antes de continuar, debemos aclarar que el “centro” del moderno sistema mundial coincide con lo que en sí hemos venido en llamar civilización occidental y que ha utilizado sistemáticamente los medios de coerción, para, precisamente, seguir en el centro del sistema a costa de mantener las terribles desigualdades que operan en él. No olvidemos que un estado hoy puede estar en el “centro” y mañana en la “semiperiferia” y, tal vez, sea esta la amenaza que perpetúa los desequilibrios del mundo

actual, desequilibrios muchas veces mantenidos de forma interesada por Occidente.

2.1 El caso de Bengala

Los casos de violencia en la historia de los conquistadores y los conquistados son innumerables: la cruenta conquista española y portuguesa de América, la conquista inglesa de Rhodesia contra los zulúes (1879), la ocupación francesa de Argelia tras la guerra contra los bereberes (1807-1883) o “crisis” como las de Fachoda (1898) nacida de las disputas entre las principales potencias europeas, son algunos de los ejemplos que podrían sernos útiles para el desarrollo de este artículo. No obstante hemos elegido el “caso de Bengala” para ilustrar como ha sido el *modus operandi* de Occidente en un pasado reciente, pues el destino de este territorio “pone de manifiesto elementos esenciales de la conquista mundial. Hoy en día, Calcuta y Bangladesh -Bengala en el pasado- simbolizan la miseria y la desesperación”.

Los ingleses de la Compañía de las Indias Orientales, apoyándose en el acuerdo de 1616 alcanzado con el imperio del Gran Mogol y que les permitía establecerse en la India, comenzaron a fundar sus colonias en este territorio de Bengala. La más importante fue Fort William, fundada en 1696 y núcleo de la futura Calcuta. Desde mediados del siglo XVIII, los comerciantes británicos empezaron a frecuentar más y más el territorio de Bengala pues era conocido por su excelente algodón -extinto en la actualidad-, por la calidad sobresaliente de sus textiles y por su producción de arroz, azúcar y salitre. Un visitante inglés calificó a Bengala de “tierra maravillosa, cuyas riquezas y abundancia ni la guerra, ni la pestilencia, ni la opresión podrían destruir”. En 1757, Plassey Clive dijo del centro textil de Dacca -la actual Calcuta- que era “tan amplio, populoso y rico como la ciudad de Londres”.

Había un problema, Dacca, “el Manchester de la India”, suponía una gravísima amenaza para las exportaciones de textiles ingleses a nivel mundial. A medida, pues, que el dominio británico de la India se iba afianzando, los comerciantes ingleses, “haciendo uso de todas las vilezas imaginables, adquirieron los textiles a

los tejedores por una fracción de su valor”. Escribió el mercader William Bolts en 1772: “varios e innumerables son los métodos para oprimir a los pobres tejedores... tales como la imposición de multas, el encarcelamiento, los azotes, la exigencia de fianzas, etc. La opresión y los monopolios impuestos por los ingleses han sido causa del declive del comercio, de la disminución de los ingresos y de la actual situación ruinosa de los negocios de Bengala”. Había que actuar con contundencia, estas medidas eran inevitables, porque, de no haber sido así, “las fábricas de Paisley y Manchester -dijo Horace Wilson en su “History of British India” en 1826- habrían tenido que cerrarse desde el mismo momento de su creación, y difícilmente podrían haberse vuelto a activar, incluso por medio del vapor. Se crearon -las fábricas inglesas- gracias al sacrificio de los fabricantes indios”.

Las Leyes del Parlamento de 1700 y 1720 gracias a las cuales se prohibía la importación de textiles traídos de la India, Persia y China (todos los artículos incautados -camas, tapicerías, sillerías, cortinas, telas, muebles, etc.- con motivo de la violación de esta ley eran confiscados, vendidos en subasta y reexportados) habían conseguido finalmente demoler las artesanías e industrias locales de estos países. La tragedia no se hizo esperar, en 1776 el mismo Adam Smith escribía: “en el país fértil e infrapoblado de Bengala tres o cuatrocientas mil personas mueren de hambre cada año. Estas son las consecuencias de las reglamentaciones inadecuadas y las restricciones imprudentes impuestas por la Compañía sobre el comercio del arroz que convierten la escasez en hambruna”. En 1754 en Dacca vivían 150.000 personas, en 1840 vivían 30.000, en 1835 el director de la Compañía de las Indias Orientales informaba que “la miseria prácticamente no tenía igual en la historia del comercio. Los huesos de los tejedores de algodón blanqueaban las llanuras de la India”. Bengala en 1900, después de que en 1858 se disolviese la “Compañía” y la India se convirtiese en un Dominio británico gobernado por un virrey a costa de guerras tan cruentas como la de los “cipayos”, “pasó -como señala Chomsky- a dedicarse a la agricultura para la exportación; primero el índigo, luego el yute; la

producción de Bangladesh representaba más de la mitad del total mundial en 1900, pero no se construyó allí ni una sola fábrica para su procesamiento bajo el dominio británico”. Conclusión, la génesis del fiasco que padece hoy en día Calcuta y Bangladesh, reside, mayormente, en la “honorable” expansión inglesa mundo adelante.

Desde la “historiografía tradicional” se nos ha hecho creer que Occidente era necesario, indispensable para todo país atrasado que quisiese modernizarse. Tales territorios participaban de primitivas economías autárquicas cuya “capacidad sustentadora” no era lo suficientemente amplia para alimentar correctamente a sus poblaciones. Había que proporcionarles cosechas mercantilizadas a gran escala destinadas a nutrir satisfactoriamente a la población local dejando al agricultor preso de las fluctuaciones de un mercado capitalista que no alcanzaba a entender. Ahora bien, ¿estos países estaban “atrasados”? No lo debían estar tanto a la luz de las citas aquí recogidas.

En suma, a mediados del siglo XVIII la India, simplemente, era un país desarrollado. “La construcción de buques, la metalurgia, la industria del vidrio, del papel y muchos oficios -desaparecieron- a medida que el desarrollo de la India se frenó y el crecimiento de las nuevas industrias quedó bloqueado. Así este país se convirtió en una colonia agrícola de la Inglaterra industrial. Mientras que Europa se urbanizaba, la India se fue ruralizando progresivamente, con un rápido crecimiento en la proporción de la población que dependía de la agricultura, la causa real de la espantosa pobreza del pueblo indio”. Efectivamente, antes de la llegada de Occidente no sólo en la India, sino también en África por ejemplo, existían complejas economías locales integradas en unos sistemas de mercados regionales muy perfeccionados, tanto o más que nuestro “traumático” modelo económico capitalista. Occidente, simplemente, gozó de una tecnología más perfeccionada en los medios de coerción a la hora de someter bajo su dominio a otras civilizaciones. Occidente actuó como antaño la civilización Dórica con sus armas de hierro había actuado contra la civilización Aqueo-Micénica tan sólo protegida por unas

armas de bronce del todo inútiles ante la presencia del nuevo metal.

Dice Huntington: “en el siglo XIX las importaciones culturales de Occidente se hicieron populares en China e India porque parecían reflejar el poder occidental (...) Lo que los occidentales pregonan como una saludable integración mundial, como en el caso de la multiplicación de medios de comunicación en todo el mundo, los no occidentales lo condenan como vil imperialismo occidental (...) Además, por su condición de civilización madura, Occidente ya no posee el dinamismo económico o demográfico requerido para imponer su voluntad a otras sociedades, y cualquier esfuerzo por hacer tal cosa es además contrario a los valores occidentales de la autodeterminación y de la democracia”. Estas palabras de Huntington, como acabamos de comprobar, ayudan a configurar una idea de Occidente totalmente errónea que, independientemente de los intereses a los que este autor representa, pueden lastrar el futuro hacia una mala dirección. A pesar de la existencia de miles y miles de estudios, de noticias, de desastres ecológicos que nos hacen ver una cada vez mayor dependencia de la “periferia” respecto del “centro”, incluso en empresas económicas teñidas de humanitarismo, algunos siguen pensando “que cada cual tiene lo que se merece”. Hoy, ya no la Compañía de las Indias Orientales, sino decenas de multinacionales, siguen construyendo “nuevas Bengalas” pese a que Huntington crea que ya “no imponemos la voluntad a otras sociedades” -en realidad, Occidente parece no poder imponerse a China, el país al que este señor parece tener especial aversión-.

2.2 El caso de Estados Unidos

Tengamos como punto de partida las siguientes palabras de Giovanni Sartori: “entre 1845 y 1925, ochenta años, unos cincuenta millones de personas atravesaron el Atlántico; y en los años 1900-1923, fueron 10 millones los inmigrantes. Pero estos recién llegados encontraban en el nuevo mundo, un espacio vacío inmenso, buscaban y deseaban una nueva patria, y les hacía felices convertirse en Norteamericanos”.

El que Tocqueville describiese a los Estados Unidos como un lugar idílico en donde “todo es extraordinario” en comparación con una Europa destruida por las tensiones entre revolucionarios y representantes del Antiguo Régimen, es erróneo. Ahora bien, peor es, con dos siglos de historia transcurridos, que se siga manteniendo esta visión de Estados Unidos, paradigma de la civilización occidental, puesto que este país tampoco se ha mostrado especialmente comedido al utilizar la coerción a la hora de ampliar su territorio. Bien es cierto que en esta nación se redactó la primera Constitución moderna de la historia minando definitivamente los pilares de un Antiguo Régimen despótico y anquilosado en el pasado; no obstante, para no caer en los designios irracionales que la Ilustración generó y de los cuales nos alertaba Horkheimer, es necesario saber a costa de qué materia se ha valido Estados Unidos para crecer. Aquella alabanza hecha a “los valientes pioneros que domaron el páramo vacío” por Ronald Reagan en el primer discurso de inauguración de su mandato presidencial cae, como veremos a continuación, en una peligrosa irrealidad.

Podríamos haber hablado, en lo que respecta a esta parte del trabajo, del “imperialismo estadounidense informal”. No obstante hemos decidido tratar el siempre recurrente tema de los indios para “encauzar” unas indagaciones históricas poco meritorias para Occidente pues, estamos de acuerdo nuevamente con Chomsky, que “después de que las colonias hubieron logrado su independencia durante el curso del gran conflicto internacional que opuso a Inglaterra contra Francia, España y los Países Bajos, el poder estatal -de Washington- se empleó para proteger a la industria nacional, fomentar la producción agrícola, manipular el comercio, monopolizar las materias primas y despojar de la tierra a sus habitantes. Los americanos se centraron en la tarea de derribar árboles e indios y de redondear sus fronteras naturales”.

Efectivamente, entre 1776 y 1800 los territorios que poseían los indios pasaron de tener 7.770.000 kilómetros cuadrados a unos 518.000. Después de la masacre de un número abrumador de indios -desconocido en la

actualidad-, hoy quedan un millón y medio de ellos, la mitad de los cuales viven en exiguas reservas; y es que el exterminio de la civilización india en América del Norte fue alentada desde todos los frentes, ya sean estos económicos o políticos. Personajes como George Washington o Thomas Jefferson (17) no se amilanaron en alentar el genocidio. En definitiva, los indios, sin ser en ningún momento pacifistas, se vieron en la obligación de aprender las técnicas de guerra total -manejar armas de fuego- y de impregnarse “del auténtico salvajismo de los conquistadores europeos” para entablar una resistencia que, ante los violentos modales de Occidente, se quebraría finalmente.

Pero el trabajo aún no había terminado, pues, parafraseando a Jerry Mander, pronto se pasaría de la agresión violenta -“la de las armas”, “la del general Custer”- a las manipulaciones legales encaminadas a solventar “el problema de los indios” separándoles definitivamente de sus tierras a través de leyes que lograban malvender las propiedades comunales de las tribus a cambio de alcohol y poco dinero -ley Dawes de 1887- o que destruían sus tradicionales formas de gobierno -ley de reorganización de los indios de 1934-. Hablando de las formas de gobierno indias, de la misma manera que nos cuesta creer que en Bengala a mediados del siglo XVIII pudiese haber un nivel de desarrollo y bienestar superior al de la misma Inglaterra, a Huntington le parecería increíble que la propia Constitución de Estados Unidos -uno de los símbolos de Occidente- pudiese haberse inspirado -según dicen algunos historiadores especializados en el estudio de los indios de América del Norte- en la Gran Ley Iroquesa compuesta por unas normas de un profundo y occidental sentido democrático.

Terminando este apartado, es indudable que la historia de Estados Unidos ha aportado cosas muy positivas a la humanidad al igual que la historia de cualquier otro país. No obstante, si es en esta parcela de Norteamérica, según Huntington, en donde debe recaer mayormente la responsabilidad de proteger a Occidente, bueno sería conocer los episodios históricos más oscuros acontecidos en ella.

3. Conclusión

Existe una cantidad ingente de material histórico que acredita que Occidente ha utilizado continuamente perfeccionados medios de coerción para lograr su hegemonía. Desacreditados quedan entonces un sinfín de “discursos legitimadores” acerca de la innata superioridad del hombre blanco.

No obstante, el supuesto teórico de Norbert Elías que hemos utilizado puede hacerse extensivo a cualquier otro tipo de civilización no occidental que quiso o quiere rebasar sus límites originarios. Es decir, en el supuesto de que Bengala, como estado independiente, gozase de unos medios de coerción más perfeccionados que los de Occidente y ésta quisiese expandirse por el mundo, ¿quién nos garantiza que hoy en día Inglaterra no estuviese en la “periferia” y Bengala en el “centro” del moderno sistema mundial? Eso mismo, todas las civilizaciones parecen sumar más violencia a la violencia ante el espectáculo de su propio crecimiento, dinámica que debe ser erradicada no precisamente con palabras como éstas: “la civilización occidental es valiosa, no porque sea universal, sino porque es única. Por consiguiente, la principal responsabilidad de los líderes occidentales no es intentar remodelar otras civilizaciones a imagen de Occidente - cuestión que, como hemos visto, nunca interesó hacer- (...) sino proteger y renovar las cualidades únicas de la civilización occidental”. ¿Y cómo conseguir esto? Simplemente, dice Huntington, ampliando la OTAN “para incluir a otras sociedades occidentales que desean ingresar en ella”. En una palabra, “la estrategia de Occidente se debe volver a concentrar en impedir la aparición de futuros competidores potenciales a escala mundial”.

Desde luego, Huntington confirma nuestra hipótesis: viendo el “crecimiento chino” - recordemos su pregunta de “¿cómo podría producirse una guerra entre los Estados Unidos y China?”- Occidente debería reaccionar, precisamente, con las medidas coercitivas que, aunque este señor lo quiera desmentir, siempre ha utilizado. Pero, si en este momento es cierto que existe una civilización china que quiere “crecer” y tiene, reproduciendo nuestras

propias argumentaciones, en su poder un medio de coerción poderoso capaz de hacer frente a los de Occidente -armas nucleares, un poderoso ejército-, también hará uso de la misma violencia que a lo largo de nuestro trabajo hemos criticado y expuesto. Y es que de eso se trata, de no caer en la “ceguera histórica” de Huntington y de ser consciente que los desmanes cometidos por Occidente pueden ser devueltos por Oriente a cualquier ciudadano, independientemente de su nacionalidad, con la misma intensidad destructiva que, tradicionalmente, ha sido utilizada por las civilizaciones en la historia.

Si de veras queremos no repetir el error - definitivo esta vez- de una III Guerra Mundial, en principio debemos ser conscientes de que nuestro mundo es “multicultural” y que desde los respectivos etnocentrismos propios de cada cultura, se genera un odio que no conoce límites -pensemos en la reciente Guerra Yugoslava-. No es nada reconfortante leer cosas tan poco constructivas como las que siguen: “culturalmente, los norteamericanos son parte de la familia occidental; los multiculturalistas pueden dañar e incluso destruir esa relación, pero no pueden reemplazarla (...) En nombre del multiculturalismo, atacaban la identificación de los Estados Unidos con la civilización occidental, negaban la existencia de una cultura estadounidense común y promovían identidades y agrupamientos raciales, étnicos y otros de tipo cultural subnacional (...) Su talante es el de despojar a los estadounidenses de la pecaminosa herencia europea y buscar inyecciones redentoras de culturas no occidentales -¿?- (...) Los multiculturalistas estadounidenses rechazan igualmente la herencia cultural de su país -¿?- (...) Desean crear un país de muchas civilizaciones, lo que equivale a decir un país que no pertenezca a ninguna civilización y carezca de núcleo cultural -¿?- (...) Unos Estados Unidos de múltiples civilizaciones no serán los Estados Unidos, serán las Naciones Unidas”.

Huntington, bajo el eco de estas palabras, denosta peligrosamente “al otro” en repetidas ocasiones, degrada al millón y medio de indios que viven en USA y, de paso, degrada también

a los hispanos -una “gran minoría” según él-, por la que parece sentir el mismo resentimiento que utiliza contra los chinos. Actitudes como ésta, totalmente intolerantes, aceleran esa inercia violenta en la que fácilmente las civilizaciones se pueden ver envueltas, proceso del cual, como hemos dicho, saldremos todos perjudicados.

¿Cómo frenar la dinámica destructiva de las civilizaciones con medios de coerción altamente perfeccionados? Precisamente, a través del profundo respeto y conocimiento del “otro”, cuestión que las actuales tecnologías de la información pueden facilitar. Desde un punto de vista político, sólo organismos con un poder ejecutivo internacional como el de la hoy débil y etnocéntrica Organización de las Naciones Unidas, diferente en todo caso al de la Santa Alianza en el siglo pasado o al de la Sociedad de Naciones en el siglo XX, pueden satisfacer una

saludable demanda de seguridad mundial con éxito. Precisamente, cuanto mayor sea la fuerza de nuevos foros de debate internacional -en nada parecidos al de la actual OMC- en donde se muestre la especificidad y riqueza de todos “los nosotros”, de todos los países, de todas las civilizaciones que componen el mundo, sólo así Occidente podrá extender realmente al mundo sus “logros” de entre los que destacamos, siempre según nuestra opinión, la invención de A/ una tecnología médica, industrial, etc, cualitativa -como diría Marcuse- beneficiosa para todos y B/ una democracia de raíces “rousseauianas” que puede conducirnos a una efectiva puesta en práctica de los derechos humanos sabiendo apreciar nuestras diferencias, únicamente y en beneficio de la riqueza del patrimonio de la humanidad, culturales.

Por qué se equivoca Huntington

Aunque los acontecimientos de los últimos años tal vez no hayan cambiado tanto los modelos de conducta cotidianos, sí han modificado mi manera de ver el mundo. A todos nosotros el mundo se nos aparecía relativamente ordenado dentro de la confusión, como un paisaje de colinas y bosques, de continentes y personas cercanas y alejadas, familiares y exóticas, y en este mundo, después de todo, cada uno ocupaba su lugar. Entonces los chinos eran de China, los negros de África, los italianos de Italia, los daneses de Dinamarca, los franceses de Francia, los brasileños de Brasil y así sucesivamente. Entonces venían de un lugar, estaban arraigados y, si era necesario, se les podía devolver a sus países de origen. Aunque no se supiese mucho acerca de los “extranjeros”, se sabía, en cambio, que se les podía visitar en aquellos lugares geográficos. Bajo esta concepción de la cultura basada en el hermetismo territorial parecía fácil tanto viajar de una sociedad a otra como comunicarse unos con otros sin barreras lingüísticas.

Esta visión del mundo se ha vuelto muy dudosa. Por primera vez en la historia todas las personas, los grupos étnicos y religiosos y las poblaciones tienen un presente común: cada pueblo se ha convertido en vecino inmediato de otro, y las sacudidas en una parte del globo terrestre se propagan a gran velocidad al conjunto de la población del planeta. Pero este presente fáctico y común ni se basa en un pasado común, ni garantiza de ninguna manera un futuro común. Precisamente porque el mundo está “unido” aun sin quererlo, sin votarlo y sin aprobarlo, de repente las contradicciones entre las culturas, los pasados, las distintas posturas y las religiones se hacen patentes. El mundo en el que cada cultura, cada grupo étnico y su correspondiente jerarquía y creencia religiosa estaban encajados en un lugar geográfico exclusivo, ya no existe. Más bien, estas culturas y naciones aparecen indisolublemente entremezcladas unas con otras. Vivimos en una comunidad de vecinos, mezclados unos con otros, y esto se expresa también a través de una competencia dolorosa por encima de todas las fronteras.

Detrás de las redes de comunicación tecnológicas no sólo están los estados y los empresarios compitiendo entre ellos, sino también de manera directa los individuos. Cada día hay más ejemplos que lo ilustran: empresas de seguridad en países en desarrollo que se encargan de la videovigilancia de empresas occidentales; o escolares americanos que reciben clases de recuperación de un profesor indio al otro lado del planeta.

Ni los sueños de los humanistas ni las ideas de los filósofos, ni aun la actividad política han llevado a esta "unión" de la humanidad. En esta comunidad de vecinos que compartimos todos mezclados, los vecinos se ven a sí mismos extraños, incomprensidos y amenazados.

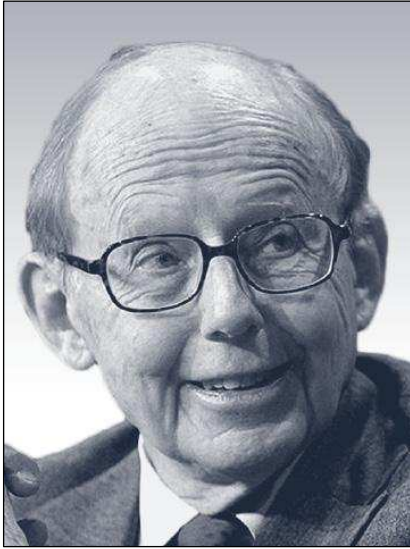
Las personas que viven en un mundo con una concepción autoritaria del poder, como ocurre bajo algunas formas del Islam, viven de manera distinta a aquellas que viven en un mundo en el que el poder se reparte democráticamente. Las personas que tienen un concepto del "honor" con un significado tan predominante, que pueden llegar a matar a sus hermanas convertidas en impuras porque han sido violadas, son distintas a las personas que viven en un mundo en el que los sujetos son juzgados según sus intenciones y su rendimiento. Las personas que "saben" que la humanidad está amenazada con desaparecer por culpa de una catástrofe climática provocada por la sociedad industrial, viven en otro mundo que aquellas que todavía no han oído nada de todo esto o que piensan que estas previsiones son producto de una histeria pseudocientífica. Y una parte esencial del problema es que todos estos mundos conviven mezclados unos con otros en la misma sociedad.

Samuel Huntington trata de explicar estas contradicciones con la imagen del "choque de civilizaciones". Pero esta imagen es falsa. Aún es deudora precisamente del antiguo mundo de representaciones, en el que las culturas son construcciones cerradas herméticamente en una localización geográfica específica. Hoy se trata de lo siguiente: de mostrar, en contra de estos ideólogos tanto occidentales como orientales que militan a favor de la ilusión de la pureza, que la cultura es algo originariamente impuro, algo que se debe siempre a la mezcla de distintas "culturas" y, sobre todo y antes que nada, que se constituye como tal con esta mezcla. Por supuesto, Europa también ha recibido la herencia de los antiguos a través la cultura árabe e islámica. Y naturalmente el Islam estaba estrechamente entrelazado en muchas partes con el Occidente cristiano y con el mundo judío. No hay nada más falso que decir que la herencia europea y el Islam compiten el uno con el otro. A la vez, esta idea hermética de la cultura ignora que las líneas de tensión, división y de conflicto no son permanentes. En realidad, las identidades de grupo son recreadas permanentemente.

Los dirigentes del islamismo militante han creado un movimiento terrorista que ha trastornado el orden mundial, a la vez que han fabricado un cóctel político explosivo basado en viejas enseñanzas, tradiciones inventadas, ideales de pureza ficticios y nuevas técnicas de comunicación y de organización, y lo han globalizado con éxito como antídoto al dolor por la dignidad herida. El mediador entre Occidente y el Islam, el premio Nobel de Literatura de este año, Orhan Pamuk, ha escrito lo siguiente: "Occidente apenas tiene idea del sentimiento de humillación que una gran mayoría de la población se ve obligada a vivir y a superar, sin perder el juicio o convertirse en terrorista, en nacionalista radical o en fundamentalista religioso". Tal como reveló una encuesta publicada hace poco en el mundo árabe, las personalidades más importantes para este mundo son los jefes de Hezbolá, de Irán, de Hamás y de Al Qaeda.

El motor central de los acontecimientos no será por mucho tiempo sólo la globalización, esto es la integración de contextos de actividades y experiencias más allá de las fronteras de los Estados nacionales. Se trata, sobre todo, de una competición en el seno de estas culturas que viven mezcladas y entre ellas mismas para imponer los preceptos del camino correcto, esto es el poder definir lo que es verdadero y lo que es falso, lo bueno y lo malo, lo arriesgado y lo seguro. Los aspirantes a convertirse en países hegemónicos como Irán -¡y Estados Unidos!- se ven a sí mismos no sólo como naciones, sino como modelos morales, que enseñan el buen camino a la humanidad. Y Europa: ¿qué hace, a favor de qué está y para qué lucha?

En realidad, bajo mi punto de vista, negar la verdad elemental de mi lugar de origen y del mundo conceptual europeo y occidental, según la cual todas las personas están provistas de derechos inalienables y que, debido a ello, la democracia es la única forma de ejercer el poder que garantiza la dignidad humana, sería lo equivalente a un suicidio cultural. Precisamente, en la vecindad tan enigmática y conflictiva en la que estamos mezclados unos con otros esta verdad es más importante que nunca. Es la clave de la supervivencia. **Ulrich Beck** © El País, 21 diciembre 2006.



Samuel Huntington, ¿el Spengler americano?

La aspiración a una existencia sin conflictos entre los pueblos en el marco de una cultura mundialmente homogeneizada, parecía ser la tendencia dominante en la clase política e intelectual de las últimas décadas tras la conflagración de 1945. Esta afirmación se vio explicitada en diversos trabajos donde se exponía el peligro de un mundo diverso, y se proponía la creación, aunque fuera artificial, de una única cultura que fuera impuesta a todos los pueblos como vacuna contra todo aquello que pudiera alterar el nuevo Orden Mundial establecido (1). A todo ello contribuyo, en fecha reciente, Francis Fukuyama al exponer su discurso sobre el fin de la historia.

CARLOS MARTÍNEZ-CAVA

Un mundo. Una cultura. Un gobierno

Pero en el verano de 1993 la revista norteamericana *Foreign Affairs* publicó un extenso ensayo titulado "El choque de civilizaciones". Su autor, Samuel Huntington. El efecto que causó este trabajo fue comparable al de una inmensa piedra que se arroja en el centro de un estanque. Sus ondas todavía perturban con insistencia las costas resacas de las mentes de nuestra débil intelectualidad europea.

Huntington: la fractura

¿Quién ha sido el atrevido que ha vuelto a poner encima de la mesa, después de más de medio siglo de trabajar por un mundo único, la existencia de distintas culturas y el hecho de que éstas, al ser impermeables, provocan conflictos? Pues nada menos que el Director del John M. Olin Institute for Strategic Studies at the Center for International Affairs de la Universidad de Harvard y Profesor de Ciencias Políticas en esta Universidad. Su currículum político en conocidas instituciones "mundialistas" es notorio: en 1959 fue nombrado Director Asociado del Instituto de Estudios sobre Guerra y Paz en la Universidad de Columbia, hasta el año 1962; en 1967 y hasta 1971 fue Presidente del Departamento de Gobierno de Harvard, y de 1973 a 1989 trabajó como Director Asociado y Director, más tarde, en el CFR, el célebre Council of Foreign

Relations, que pasa por ser el más reputado vivero del mundialismo contemporáneo.

Desde 1989 es Director del Instituto Olin de Estudios Estratégicos. Su labor en el mundo de la literatura política ha sido muy prolífica, ya que ha trabajado extensamente en tres áreas:

A) Política militar, estrategia y relaciones militares-civiles. Entre sus libros están: *El soldado y el Estado: la Teoría y la Política de las Relaciones entre civiles y militares*, (1957); *Viviendo con armas nucleares* (1983) y *Reorganizando la defensa americana* (1985).

B) Política americana y comparada. Sus libros incluyen: *La Crisis de la Democracia* (1975); *Poder Político USA-URSS* (1964); y *Dilemas Globales* (1985).

C) Desarrollo político y la política de los países menos desarrollados: *Orden Político en Sociedades Cambiantes* (1968); *Política Autoritaria en la Sociedad Moderna: La Dinámica de Sistema de Partido Unico* (1979); *Entendiendo el desarrollo político* (1986) y *La Tercera Ola: Democratización a finales del siglo XX* (1991).

Un replanteamiento de la política mundial

El 23 de mayo de 1995 y organizado por el Club Debate de la Universidad Complutense de Madrid, Samuel P. Huntington pronunció una

Conferencia ante un nutrido grupo de universitarios e intelectuales, con la atractiva convocatoria de "El Islam y Occidente".

Las tesis fundamentales de su exposición vinieron a desarrollar su polémico ensayo en los siguientes términos: Gobiernos y pueblos de todo el mundo se enfrentan a una crisis de identidad que resuelven redefiniéndola en términos culturales. Como resultado de este proceso, la política mundial está siendo reconfigurada a lo largo de líneas culturales. En este nuevo mundo, la política local es la política de la etnicidad; la política mundial es la política de las civilizaciones. Los actores principales en este mundo son los estados centrales de las civilizaciones básicas.

Así, según Huntington, y "por primera vez en la historia", la política mundial es al mismo tiempo multipolar y multicivilizacional. La rivalidad de las superpotencias ha sido sustituida por el conflicto de civilizaciones. De este modo, los pueblos con cultura común se están aproximando. Los países formados con poblaciones pertenecientes a diferentes civilizaciones, por el contrario, se están desintegrando o están soportando una fuerte tensión. Esta reconfiguración cultural está remodelando sustancialmente los alineamientos políticos en Europa y en otros lugares del mundo. Los conflictos más peligrosos serían, ahora mismo, los de la antigua Yugoslavia, el norte del Cáucaso, el Transcáucaso, Asia Central y Cachemira: lugares de roce o fricción entre distintas civilizaciones, distintas imágenes del mundo.

Huntington considera que la falta de un Estado Central, como ocurre en el Islam, provoca que se vuelva mucho más difícil el mantenimiento del orden dentro de cada civilización, y la preservación de la paz con los restantes agentes se vuelve mucho más difícil.

Por otra parte, tras la revolución de 1989, que hizo caer el Telón de Acero, se crean nuevas perspectivas:

- El ascenso político y económico del Este de Asia, especialmente la emergencia de China como poder hegemónico en esta región.
- El restablecimiento de Rusia como Estado Central de la Civilización Ortodoxa.

- La contradicción entre la creencia de Occidente en la universalidad de valores y de sus instituciones, y el gradual declive de su poder.

- El dramático renacimiento que se ha extendido por todo el mundo del Islam.

Es este renacimiento del Islam el que provoca en Huntington mayor detalle en sus análisis, ya que entiende que presenta muchas similitudes con la reforma protestante. Y aunque los grupos fundamentalistas o islamistas han llegado al poder político en tan sólo algunos países musulmanes, en casi todos los otros monopolizan o dominan la oposición al Gobierno. Estos grupos islamistas encuentran su mayor aceptación, sobre todo, entre estudiantes, profesionales, clase media y emigrantes urbanos pobres, todos los cuales han sido afectados en mayor o menor medida por el proceso de modernización. Pero nuestro polémico analista concluye considerando que la causa más importante del renacimiento islámico es la demográfica: su fuerte aumento de población, especialmente en el tramo comprendido entre los 15 y los 24 años. Esta gente joven proporciona al Islam sus militantes.

Y al considerar como demográfico el motivo del impacto islámico, Huntington, sin determinar la causa, entiende que a principios del próximo siglo el movimiento fundamentalista decaerá, puesto que habrá decaído su población. Frente al conflicto presente Europa-Islam, se propone la práctica de una "Política de contención", y resistir hasta que las inquietantes consecuencias del Islamismo se apaguen.

Huntington utiliza la misma explicación para, por analogía, decir que el fascismo europeo también obedeció a una demografía alta en los años 30. Por ese mismo motivo no puede existir fascismo actualmente. Europa es vieja, su vitalidad es declinante. Pero sus curiosas interpretaciones no finalizaron con su particular explicación del origen del Fascismo. Huntington desveló el verdadero rostro del Occidente americanomorfo, al mostrarse partidario de que el Frente Islámico de Salvación (FIS) hubiese gobernado en Argelia, a fin de que no soportara Norteamérica nuevas

acusaciones de imperialismo. Ahora bien, si el FIS en el poder hubiera incurrido en algún "desviacionismo", poniendo en peligro los intereses occidentales, el Gobierno americano habría provocado la intervención del Ejército argelino para acabar con el FIS.

¿Quién gobierna el mundo?...

La causa de los pueblos. Identidad y arraigo contra un mundo vacío

Decía Heráclito que "El Ser es la desigualdad; la igualdad es la nada." Con ello, desde la Grecia presocrática se afirmaban los presupuestos de una existencia acorde con la Naturaleza.

El conjunto de pueblos que hemos venido denominando durante siglos como Occidente ha realizado, en virtud de su impulso faústico, una intensa labor de conquista con un amargo fruto: la aculturación de gran parte de Asia, Africa y América. A través de canales aparentemente inocuos como la religión, la escuela y, hoy principalmente, la empresa, se ha realizado un profundo etnocidio. Pero quien fue su autor, Europa, hoy se ha convertido en víctima. Así, todo el continente europeo languidece lentamente, sin pulso vital, adormecido por venenos inoculados en su alma más profunda.

Se ha llegado a pensar que ese estado narcótico es el estado ideal, por cuanto la afirmación de la cultura y el ser propio, podrían ser el origen de graves conflictos. Huntington lo ha puesto de manifiesto: la esencia de los conflictos actuales en el mundo es de naturaleza cultural y los puntos de fricción son aquellos donde distintas civilizaciones entran en contacto. La imagen apropiada sería la de las placas tectónicas que, al chocar, unas se superponen, otras se hunden, pero, en todo caso, producen graves perturbaciones.

En esta clave habría que interpretar el conflicto yugoslavo. En los medios de comunicación se nos repite hipnóticamente que el origen de la guerra entre croatas, serbios y bosnio-musulmanes es étnico y que quien conquista o reconquista un terreno, practica "limpieza étnica". Nada más erróneo. Los pueblos que están en armas en la antigua república balcánica son étnicamente, con

carácter general, homogéneos. Se nos habla de "limpieza étnica" sin precisar qué se entiende por "etnia". El problema es la cultura, la religión que profesan y la distinta manera de entender la sociedad que unos y otros tienen.

La solución, por tanto, es de orden espiritual, porque los hombres y los pueblos no son meros aglomerados biológicos

Pero este análisis de un espacio-tiempo actual no nos debe hacer perder la perspectiva del eje de debate que Huntington ha propuesto. ¿Podemos aceptar sus tesis? En principio, y en lo que se refiere al reconocimiento de distintas civilizaciones y a los conflictos que pueden originarse donde las fronteras de ambas se interrelacionan, sí. Ello supone reconocer la existencia de otros combates que no son los de pura naturaleza económica como han venido sosteniendo los materialistas de una u otra índole. Por otra parte, el análisis de Huntington guillotina a Fukuyama, en cuyo fin de la historia se han refocilado los liberales de pensamiento débil.

Pero si podemos aceptar algunas de sus percepciones, otras son insatisfactorias porque no resuelven los grandes interrogantes o actuales conflictos intercivilizacionales. Es muy dudoso que el Islam deje de ser conflictivo por algo tan aleatorio como la cuestión demográfica. Y una cuestión en la que Huntington no entra es la siguiente: ¿Qué ocurre cuando el conflicto surge dentro de una civilización porque la inmigración ha provocado que existan grandes núcleos de población procedentes de otra civilización distinta? ¿Habría aquí que realizar también una "política de contención" como ha sugerido contra las naciones islámicas?

Huntington no aporta las claves de solución, su análisis reposa en la superficie. Ante ello, ¿qué reflexión nos cabe proponer?

En 1970 se autoinmolaba en un sacrificio de clave cultural y sagrada el japonés Yukio Mishima. Al margen de su obra literaria, por la que llegó a ser candidato al premio Nobel, nos legó una profunda actitud ante la vida y una filosofía de la cultura que fue expuesta ante los atónitos oídos de los estudiantes japoneses

ultraizquierdistas, a los que Mishima se dirigió en la Universidad. Es la idea del Imperio Cultural, para quien la médula de la cultura estaba en la cortesía. Utilizando palabras de Isidro Palacios (2), diremos que "La cortesía es la paz entre quienes viven en belicosa tensión, sin renunciar a ella; el respeto por las formas y diferencias de cada identidad; el apego a lo interior y a las herencias... Equilibrio, como lo entendieron los Celtas con su concepción del Imperio Metafísico y que tuvo cierta respuesta en el Medioevo céltico-cristiano, en el que el eje de la unidad vertical no rompía la diversidad, sino que hacía vivir las múltiples diferencias en lo horizontal, en el arraigo, en la tierra."

La solución, por tanto, es de orden espiritual, porque los hombres y los pueblos no son meros aglomerados biológicos. El hombre, en palabras de Arnold Gehlen, es un ser cultural por naturaleza. Y del mismo modo que Maistre dijo no haber visto al hombre, sino que había conocido franceses, persas o griegos, del mismo modo no hay cultura universal ni hombre universal. El mundo es polifónico, diverso y plural.

Pero Samuel Huntington no ha entendido esto porque él y la cosmovisión que él defiende están enfermos de alterofobia, de odio al otro, al que es distinto, y por ello hay que "contenerle", y si resulta muy molesto hay que narcotizarle con la sociedad de consumo, o en último caso, directamente "intervenirle".

Huntington ha reconocido la realidad del conflicto, pero no su naturaleza, su Ser. Con la

lectura de su obra, muchos hemos recordado la de un europeo: Oswald Spengler, de quien el próximo año se cumplirá el sesenta aniversario de su muerte. Huntington no es Spengler, su obra no ha analizado la Filosofía del Ser de cada civilización, como hizo el alemán, ni tampoco ha estudiado la evolución de las distintas culturas. Se ha limitado a visualizar la existencia de bloques civilizacionales y de los conflictos que pueden surgir en sus interrelaciones. Huntington no estudia al alma faústica de Europa. Spengler, sí.

Si pretendemos comprender la antropología de las Civilizaciones y proponer una nueva Aurora, debemos entender la relación del hombre con su pueblo y de éste con su cultura. En caso contrario, las palabras del propio Spengler —escritas en 1933 en *Años decisivos*—, volverán a ser de nuevo, actuales: "Si no vemos cómo el problema más importante, precisamente para nosotros, es nuestra relación con el mundo, el destino —¡y qué destino!—, pasará sin compasión sobre nosotros" (3).

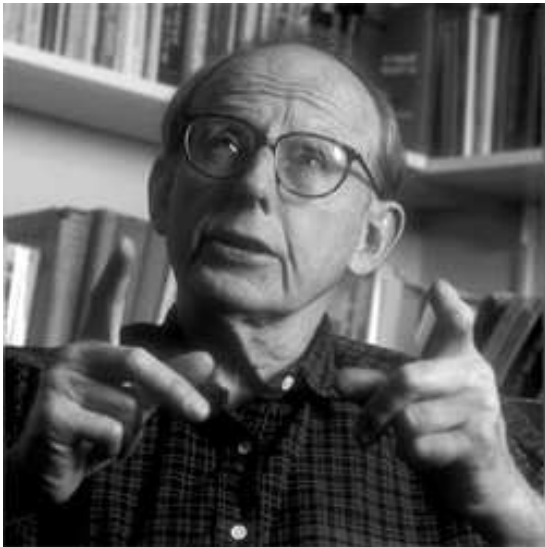
Notas

(1) Cf. *Problemas en torno a un cambio de civilización*, Ed. Nuevo Arte Thor, Barcelona, 1988.

(2) *Punto y Coma*, nº 4.

(3) SPENGLER, Oswald: *Años Decisivos*, Ed. Austral, Madrid, 1962, pág. 16.





La guerra de civilizaciones: plan para extender la hegemonía estadounidense

La teoría del complot islámico y del choque de civilizaciones se ha ido elaborando progresivamente, desde 1990, para proporcionar una ideología de repuesto al complejo militar e industrial estadounidense después del derrumbe de la URSS. El orientalista británico Bernard Lewis, el estratega estadounidense Samuel Huntington y el consultor francés Laurent Murawiec fueron los principales creadores de esta teoría que permite justificar, de forma no siempre racional, la cruzada estadounidense por el petróleo.

THIERRY MEYSSAN

Los atentados del 11 de septiembre de 2001, que la administración Bush imputó a un «complot islamista», fueron interpretados en Estados Unidos y Europa como la primera manifestación de un «choque de civilizaciones».

El mundo arabo-musulmán habría entrado así en guerra con el mundo judeocristiano. Dicho enfrentamiento no podría encontrar más solución que la victoria de uno en detrimento del otro: triunfo del Islam con la imposición de un Califato mundial (o sea, de un Imperio islámico) o victoria de los «valores de Norteamérica» compartidos con un Islam modernizado en un mundo globalizado.

Una doctrina apocalíptica

La teoría de un complot islámico y de un choque de civilizaciones propone una explicación holista del mundo y establece un ordenamiento mundial partir de la desaparición de la URSS. No existe ya el enfrentamiento este-oeste entre dos superpotencias con ideologías antagónicas sino una guerra entre dos civilizaciones, o más bien entre la civilización moderna y una forma arcaica de barbarie.

Al plantear que el Islam está en guerra contra los valores de Norteamérica, esta teoría da por sentado que el Islam no se puede modernizar. Esta cultura no podría ser disociada de la sociedad árabe del siglo VIII

cuyas estructuras estaría perpetuando, particularmente el estado de inferioridad de la mujer, y no concebiría su expansión más que mediante la violencia al estilo de las guerras del Profeta.

Esta teoría supone también que «Norteamérica» es portadora de la libertad, la democracia y la prosperidad, que encarna la modernidad y representa el más alto grado del progreso, el fin de la Historia.

El 11 de septiembre de 2001 es entonces la primera batalla de esta guerra de civilizaciones, como Pearl Harbor es -para Estados Unidos- la primera batalla de la Segunda Guerra Mundial. O sea, esta guerra no se parece a las anteriores.

Durante las dos primeras guerras mundiales, coaliciones militares se enfrentaban en un combate de titanes. Durante la guerra fría, los combates militares se limitan a zonas periféricas o a conflictos de baja intensidad (guerrillas) mientras que el enfrentamiento central opone ideológicamente a dos superpotencias. Durante la Cuarta Guerra Mundial que acaba de comenzar, las batallas militares clásicas desaparecen para dar paso a guerras asimétricas: una potencia única, líder de todos los Estados, combate contra un terrorismo no estatal omnipresente.

No se trata, sin embargo, de una guerra entre el despotismo de Estados y grupos de

resistencia sino más bien, al contrario, de una insurrección de las democracias contra la tiranía islamista que oprime al mundo arabo musulmán y trata de imponer el Califato mundial.

Esta lucha entre el Bien y el Mal tiene su punto de cristalización en Jerusalén. Es allí donde, después del Armagedón, debe tener lugar el regreso de Cristo que marcará el triunfo del «destino manifiesto» de Estados Unidos, «única nación libre de la tierra», encargada por la Divina Providencia de llevar «la luz del progreso al resto del mundo». A partir de ahí, el apoyo incondicional a Israel ante el terrorismo islamista es un deber patriótico y religioso para todo ciudadano estadounidense, aun cuando los judíos solamente puedan esperar la salvación a través de la conversión al cristianismo.

Un complejo

Esta exposición de la teoría de la conspiración islamista y del choque de civilizaciones no es en lo absoluto exagerada. Es, en cambio, perfectamente fiel a lo que divulgan los medios de comunicación y los partidos políticos en Estados Unidos. Uno puede, por supuesto, interrogarse a la vez en cuanto a los prejuicios que le sirven de base, su coherencia interna y su naturaleza irracional.

Los conceptos de mundo arabo-musulmán y de mundo judeocristiano son en sí mismos discutibles. Originalmente, el término «judeocristiano» no se refiere al conjunto de judíos y cristianos sino, al contrario, al grupúsculo de los primeros cristianos cuando eran todavía judíos, antes del momento en que la Iglesia se separa de la Sinagoga. Pero, al final de los años 60, o sea después del acercamiento israelo-estadounidense y la Guerra de los Seis Días, este término adquiere un sentido político. Designa entonces al bloque atlantista, calificado como Occidente, ante el bloque soviético, llamado Este.

Se observa aquí un reciclaje de conceptos. Occidente sigue siendo hoy más o menos lo mismo que antes mientras que el adversario no es ya el Este sino el Oriente. Estos conceptos no tienen nada que ver con la geografía o la cultura sino, únicamente, con la propaganda.

Así, Australia y Japón son políticamente occidentales, al igual que dos Estados europeos

cuya población es musulmana: Turquía y Bosnia Herzegovina. Allí aparece además un importante problema: en muchos Estados, y principalmente alrededor del Mediterráneo, se hace imposible distinguir actualmente la civilización judeocristiana de la civilización arabo-musulmana.

La guerra de civilizaciones supone, por tanto, que se susciten guerras civiles para separar las poblaciones. Desde este punto de vista, una experiencia exitosa tuvo lugar en Yugoslavia. La lucha por el proyecto de separación y la realización del mismo implica la liquidación del idealismo laico. Se hace entonces inevitable, a largo plazo, que la resistencia estructural más importante dentro del bando «occidental» sea la República Francesa.

Por otro lado, el prejuicio según el cual el Islam es incompatible con la modernidad y la democracia supone una gran ignorancia. La expresión «mundo arabo-musulmán» subraya que el Islam es actualmente mucho más amplio que el mundo árabe aunque la representación que nos hacemos del mismo no puede ser más estrecha. Son pocos los estadounidenses que saben que Indonesia es el primer Estado musulmán del mundo.

¿Puede decirse razonablemente que Abú Dhabi y Dubai son menos modernos que Kansas? ¿Se puede afirmar sinceramente que Bahrein es menos democrático que la Florida? Uno de los mecanismos de este discurso consiste en asociar el Islam a la Arabia del siglo VIII. Pero, ¿se nos ocurre acaso asimilar el cristianismo a la Antigüedad del Oriente Medio?

Correlativamente, esta teoría se basa en la creencia en los «valores de Norteamérica». Y se trata precisamente de una simple creencia porque ¿cómo es posible tener en tan alta estima un país cuya constitución no reconoce la soberanía popular, cuyo gobernante no es elegido sino nombrado, donde la corrupción de los parlamentarios no está prohibida sino reglamentada, donde pueden mantenerse incomunicadas las personas que deben ser sometidas a juicio, que mantiene un campo de concentración en Guantánamo, que practica la

pena de muerte y la tortura, donde los propietarios de los grandes periódicos reciben semanalmente sus órdenes de la Casa Blanca, que bombardea poblaciones civiles en Afganistán, que secuestra a un presidente elegido democráticamente en Haití, que financia mercenarios para derrocar regímenes democráticos en Venezuela y Cuba, etc?

En fin, esta teoría está indisolublemente ligada a un pensamiento religioso de carácter apocalíptico. La revolución norteamericana es un movimiento complejo en el que se entremezclaron ideologías diferentes. Pero es, en definitiva, un proyecto religioso lo que sirvió de base a la fundación de Estados Unidos y ese proyecto religioso es lo que la actual administración dice defender.

El juramento de fidelidad, en vigor desde la Guerra Fría y actualmente impugnado ante la Corte Suprema, implica que para ser ciudadano de Estados Unidos hay que creer en Dios. George W. Bush llegó a la Casa Blanca presentando su fe cristiana como programa político y ha profesado creencias fundamentalistas según las cuales la humanidad fue creada hace solamente unos cuantos miles de años y sin evolución de las especies. Instaló, en la Casa Blanca, un Buró de iniciativas fundadas en la fe.

El secretario de Justicia John Ashcroft ha hecho suya la divisa «No tenemos más rey que Jesús». El secretario de Salud cortó programas profilácticos en nombre de sus convicciones religiosas. El secretario de Defensa incluyó en las fuerzas de la Coalición enviadas a Irak misionarios de la Iglesia del pastor Graham cuya misión consiste en convertir iraquíes.

Se podrían citar más ejemplos como esos, que nos llevan a preguntarnos razonablemente si Estados Unidos son en verdad un país moderno, abierto y tolerante o si no son más bien la encarnación del sectarismo y el arcaísmo.

Origen del concepto

La expresión «choque de civilizaciones» apareció por primera vez en 1990 en un artículo del orientalista Bernard Lewis, amablemente intitulado *Las raíces de la rabia musulmana*. Aparece allí el razonamiento según el cual el

Islam no da nada bueno y la amargura que eso provoca en los musulmanes se transforma en furor contra Occidente. Sin embargo, la victoria está asegurada, al igual que la libanización del Medio Oriente y el fortalecimiento de Israel.

Bernard Lewis, quien tiene hoy 88 años, nació en el Reino Unido y se formó como jurista e islamólogo. Durante la Segunda Guerra Mundial sirvió en los órganos de inteligencia militar y en el Buró árabe del ministerio británico de Relaciones Exteriores. En los años 60, se convirtió en un experto muy escuchado por el Royal Institute of International Affairs donde se erigió en gran especialista de la injerencia humanitaria británica en el Imperio otomano y uno de los últimos defensores del British Empire.

Bajo los auspicios de la CIA, participó en el Congreso por la libertad de la cultura que le encargó un libro, *El Medio Oriente y Occidente* [3]. En 1974, emigró a Estados Unidos. Se hizo profesor en Princeton y adoptó la ciudadanía estadounidense. Se convirtió pronto en colaborador de Zbigniew Brzezinski, el consejero de seguridad nacional del presidente Carter. Juntos concibieron la base teórica del concepto de «arco de inestabilidad» y planearon la desestabilización del gobierno comunista en Afganistán.

En Francia, Bernard Lewis fue miembro de la muy atlantista Fondation Saint-Simon, para la cual concibió, en 1993, un folleto intitulado *Islam y democracia* cuya aparición dio lugar a que fuera entrevistado por diario francés *Le Monde*. En esa entrevista, se las arregló para negar el genocidio cometido contra los armenios, lo cual le costó una condena judicial.

Sin embargo, la noción del choque de civilizaciones evolucionó rápidamente. Pasó de un discurso neocolonial sobre la supremacía del hombre blanco a la descripción de un enfrentamiento mundial cuyo resultado es incierto. Esta nueva acepción se debe al profesor Samuel Huntington quien no es, por cierto, islamólogo sino estratega. Huntington desarrolla esta teoría en dos artículos -¿El choque de civilizaciones? y Occidente es único, no universal- y un libro cuyo título original es

Choque de civilizaciones y remodelamiento del orden mundial.

No se trata ya solamente de luchar contra los musulmanes sino de priorizar esa lucha antes de pasar a combatir contra el mundo chino. Como en el mito de la fundación de Roma, Estados Unidos tiene que eliminar a sus adversarios uno a uno para alcanzar la victoria final.

Samuel Huntington es uno de los intelectuales más importantes de nuestra época, no porque sus obras sean rigurosas y brillantes sino porque constituyen el basamento ideológico del fascismo contemporáneo.

En su primer libro, *El soldado y el Estado*, publicado en 1957, trata de demostrar que existe una casta militar ideológicamente unida mientras que los civiles se mantienen políticamente divididos. Desarrolla así una concepción de la sociedad en la que se eliminarían las regulaciones del comercio y el poder político estaría en manos de los patrones de las multinacionales bajo la tutela de una guardia pretoriana.

En 1968, publica *El orden político en las sociedades en proceso de cambio*, una tesis donde afirma que los regímenes autoritarios son los únicos capaces de modernizar a los países del Tercer Mundo. Secretamente, participa en la constitución de un grupo de reflexión que presenta un informe al candidato a la presidencia, Richard Nixon, sobre la forma de reforzar las acciones secretas de la CIA.

En 1969-70, Henry Kissinger, quien aprecia su gusto por las acciones secretas, hace que lo nombren miembro de la Comisión presidencial para el Desarrollo Internacional [9]. Huntington preconiza un juego dialéctico entre el Departamento de Estado y las multinacionales: el primero tendrá que ejercer presión sobre los países en vías de desarrollo para que adopten legislaciones liberales y renuncien a las nacionalizaciones mientras que las multinacionales deben transmitir al Departamento de Estado sus conocimientos sobre los países en los que han logrado establecerse.

Se une entonces al Wilson Center y crea la revista *Foreign Policy*. En 1974, Henry

Kissinger lo hace miembro de la Comisión de Relaciones EE.UU.-América Latina. Huntington participa activamente en la entronización de los regímenes de los generales Augusto Pinochet, en Chile, y Jorge Rafael Videla, en Argentina. Allí ensaya por vez primera su modelo social y prueba que una economía sin regulaciones es compatible con una dictadura militar.

Paralelamente, su amigo Zbigniew Brzezinski lo introduce en un círculo privado: la Comisión Trilateral. En ella redacta un informe intitolado *La crisis de la democracia* en el que se pronuncia por una sociedad más elitista que restringirá el acceso a las universidades y la libertad de prensa.

Cuando Jimmy Carter se deshace de los miembros de las administraciones Nixon y Ford, Brzezinski, transformado en consejero para la Seguridad Nacional, le tiende la mano a su amigo Huntington quien logra así permanecer en la Casa Blanca y se convierte en coordinador de planificación del Consejo de Seguridad Nacional.

Es durante este período que Huntington comienza a colaborar estrechamente con Bernard Lewis y concibe la necesidad de dominar primeramente las zonas petrolíferas del arco de inestabilidad antes de poder atacar la China comunista. Aunque esto no se llama todavía «choque de civilizaciones», ya se parece bastante.

Pero el profesor Samuel Huntington se ve obligado a afrontar un incómodo escándalo. Se revela que la CIA le paga por publicar en revistas universitarias artículos que justifican las acciones secretas como medio de mantener el orden en los países donde algún dictador amigo muere repentinamente. Cuando el episodio cae en el olvido, Frank Carlucci lo nombra miembro de la Comisión Conjunta del Consejo de Seguridad Nacional y el Departamento de Defensa para la estrategia integrada a largo plazo.

Su informe servirá para justificar el programa de «guerra de las galaxias». El profesor Huntington es hoy administrador de la Casa de la Libertad (Freedom House),

asociación anticomunista que preside el ex-director de la CIA, James Woolsey.

Jerusalén y la Meca

La teoría de la guerra de civilizaciones se cristaliza en las cuestiones religiosas. El control judeocristiano sobre Jerusalén es un talismán necesario para la victoria global. Si Occidente perdiera la ciudad santa, perdería su fuerza para cumplir su destino manifiesto, su misión divina. Recíprocamente, si los musulmanes perdieran el control de la Meca, su religión se desmoronaría. Claro, nada de esto es muy racional, pero esas supersticiones están siempre presentes en la prensa popular estadounidense y forman parte de un discurso político estructurado.

El 10 de julio de 2002, Donald Rumsfeld y Paul Wolfowitz convocaron a la reunión trimestral del Comité Consultivo de la Política de Defensa [13]. Solamente asiste una docena de miembros. Se escucha allí la exposición de un experto francés de la Rand Corporation, Laurent Murawic, intitulada Echar de Arabia a los Saud. La conferencia se desarrolla en tres partes con la proyección de 24 diapositivas. Al principio, Murawiec retoma las teorías de Bernard Lewis: el mundo árabe está en crisis desde hace dos siglos. Ha sido incapaz de llevar a cabo tanto su revolución industrial como su revolución numérica.

Este fracaso suscita una frustración que se transforma en rabia antioccidental, sobre todo porque los árabes no saben debatir debido a que en su cultura la única forma de política es la violencia. Desde ese punto de vista, los atentados del 11 de septiembre no son más que la expresión sintomática de su gran descontento.

En la segunda parte, Murawiec describe a la familia real saudita como incapaz de controlar los acontecimientos. Los Saud han desarrollado

el wahabismo en el mundo, para luchar tanto contra el comunismo como contra la revolución iraní, pero hoy no controlan ya lo que han creado.

Finalmente, el conferencista propone una estrategia: los Saud tienen a la vez el petróleo (al fin llegamos al fondo del asunto), los petrodólares y la custodia de los lugares sagrados. Son el pilar central y único alrededor del cual se organiza el mundo arabo-musulmán. Deshaciéndose de ellos, Estados Unidos puede hacerse del petróleo que necesita para su economía, del dinero proveniente del petróleo que cometió el error de pagar en el pasado, y sobre todo de los lugares sagrados, y por consiguiente del control de la religión musulmana. Y cuando el Islam se haya desmoronado, Israel podrá anexarse Egipto.

Laurent Murawiec fue consultante del ministro francés de Defensa Jean-Pierre Chevènement e impartió cursos en la Escuela de Altos Estudios de Ciencias Sociales (EHESS, siglas en francés). Consejero de Lyndon LaRouche durante varios años, lo abandona de pronto y se une a los neoconservadores. Hoy es experto en el Hudson Institute de Richard Perle y colabora en el Middle East Forum de Daniel Pipes.

Esta reunión hizo mucho ruido. El embajador de Arabia Saudita exigió explicaciones y se le pidió al señor Perle, organizador del encuentro, que fuera más discreto durante algún tiempo. A Murawiec se le invitó a dejar la Rand Corporation. En todo caso, la reunión había sido convocada por Rumsfeld y Wolfowitz con todo conocimiento de causa. Solamente se trataba de un ensayo para saber hasta donde puede llegar el Pentágono.

© <http://www.voltairenet.org/>



¿Choque de civilizaciones? Una revisión crítica de la teoría de Samuel Huntington

Más allá de una reiteración en críticas ya emprendidas, he querido contribuir a una deconstrucción del discurso huntingtoniano y hacerlo desde el ámbito de la antropología social. Es por ello por lo que mi reflexión tratará de aportar algunos datos etnográficos y históricos que apoyen a la argumentación presentada. De hecho, considero que muy a menudo los discursos resistentes, alternativos, deben dotarse de amplias baterías de ejemplos que apoyen posicionamientos que, de lo contrario, podrían parecer, o ser, puramente panfletarios.

JOAN MANUEL CABEZAS

No hay que ‘vender la moto’ sobre las inconveniencias de la teoría del choque cultural/civilizacional, sino demostrar su opacidad, su vacío conceptual, sus falsos argumentos y los múltiples casos reales que los rebaten de forma tangencial. Y hacer pedagogía de todo ello, claro está. Pedagogía, y de larga duración. Es una necesidad. Urgente.

1. Choque de civilizaciones: aclaraciones preliminares

Tras la victoria contra el enemigo histórico (la URSS), y sobre las tropas iraquíes, George Bush padre proclamó el año 1990 el nacimiento de un «Nuevo Orden mundial». Semejante afirmación, además de ser demasiado eufórica, es homónima (quizá no por casualidad) con el ideal nazi-fascista del Nuevo Orden. Ordine Nuovo fue, de facto, una organización fascista que, por ejemplo, puso una bomba en la Piazza Fontana de Milán el 12 de diciembre de 1969, matando 16 personas; o que pusieron otra once años después en la estación de tren de Bolonia, asesinando a 85 inocentes. Haría falta hacer memoria y observar paralelismos léxicos que pienso que difícilmente se pueden atribuir al azar (si es que realmente existe el azar).

Evidentemente, la euforia del jefe del clan Bush al proclamar este nuevo orden fue efímera: Somalia, Haití, Kurdistán, Ruanda, Liberia, Sierra Leona, Eritrea-Etiopía,

Chechenia, Bosnia, Palestina y Kosovo, entre muchos otros conflictos, han desmentido que nos encamináramos hacia una Pax universal. El propio Bush padre sabría, intuyo, que dicho nuevo orden no sería precisamente un orden ‘pacífico’, sino una paz armada de la mano de la expansión del capitalismo financiero que todavía algunos se entozudecen en seguir llamando, eufemísticamente, ‘globalización’. Desde el derrumbe de un mundo bipolar (URS/EE.UU., ‘comunismo’/capitalismo) ha cogido un notable empuje el denominado fundamentalismo religioso, tanto el “islámico” como el “protestante”, o el fundamentalismo del ‘mercado libre’ y el neoliberalismo.

Lo que a menudo se considera como fenómenos contrapuestos y tangencialmente diferentes, surgen del mismo sistema de pensamiento, v.g.: el pensamiento moderno, escisionista, centrado en una dualidad absoluta de la realidad (sí/no, blanco/negro, conmigo/contra mí), iconoclasta y enfrentado sin remedio a una tantálica tarea de destrucción de la pluralidad en el camino de la uniformización definitiva del mundo bajo una única y eterna Verdad.

A bote pronto, voy a poner el subrayado en algo que me parece fundamental, y nunca mejor dicho: la supuesta dicotomía ‘fundamentalismo islámico’/ nuevo orden mundial, no es una

lucha entre civilizaciones, ya que ambas ópticas parten de los mismos presupuestos Modernos. Nada tiene de ‘medievalizante’ el salafitismo, wahhabismo o los taliban: son plenamente modernos, y están en el mismo plano ‘civilizatorio’ que los talibanes del neoliberalismo, para entendernos. Para unos y otros, la realidad está configurada por una suerte de concatenación de polos irreconciliables que culmina con una polaridad trascendental: “nosotros”, los que tenemos el acceso a La verdad y, por lo tanto, los únicos humanos, y los otros, los que están errados y son herejes que o bien hace falta convencer de su error (subrepticamente o a sangre y fuego), o hace falta exterminar físicamente si perseveran en su ‘desviación’ aberrante y solamente ‘tolerable’ si es folklórica y no presenta planteamientos que cuestionen ningún pilar ‘fundamental’ e incuestionable (de ahí la pertinencia del término ‘fundamentalismo’ en ambos casos).

En pocas palabras: según nuestro entender, el actual choque de civilizaciones no es otra cosa que un conflicto intra-moderno (y me atrevería a decir que intra-capitalista) entre dos sistemas derivados del pensamiento moderno, dos “fundamentalismos” que buscan una excusa (la de las diferencias culturales, religiosas y civilizacionales) para legitimar su pretensión de inapelabilidad discursiva y transformar en cribas ‘insuperables’ las ‘diferencias’, las cuales siempre han sido un componente básico de toda vida social, de toda comunicación, y de todo dinamismo cultural y psicológico.

2. Samuel Huntington: contexto sociopolítico y epistemológico

El contexto histórico, ideológico e intelectual de Samuel Huntington se inscribe dentro de una de las ramas más sólidas del pensamiento moderno burgués, es decir, la etnosfera, el ambiente social generado en la academia conservadora de los Estados Unidos a lo largo de los últimos 40 años.

Varios ingredientes configuran el humus de dónde brota la teoría del choque de civilizaciones (Dueñas, 1997):

1. La tesis del fin de las ideologías, comenzada por el sociólogo nortamericano

Daniel Bell (*The end of ideology*, 1960). Básicamente, esta teoría apuntaba que las ideologías del s. XIX estaban perdiendo credibilidad como sistemas intelectuales que se creían en posesión de la verdad por el que a su visión del mundo se refiere. Sobre todo se fijaba en el marxismo, atrapado por la evidencia de las dictaduras estalinistas de capitalismo estatal (‘socialistas’).

Una etapa de gran crecimiento económico y de relativa buena salud del estado del bienestar en algunos países creó el contexto oportuno para el surgimiento de esta tesis. No olvidemos que el contexto histórico es una suerte de medio ambiente psicosocial que no determina los discursos, pero sí que avitualla sus premisas.

Huntington, evidentemente, está profundamente influenciado por la idea que las ideologías ya no son válidas ni para explicar el mundo ni para movilizar ejércitos, gobiernos y personas.

En este sentido, lo que nos tendríamos que preguntar es qué diferencia hay entre una ideología y el uso de una matriz étnica, religiosa o lingüística como vehículo de expresión ideológica. Distinguir de manera taxativa entre ideología y cultura/religión roza el cretinismo si tenemos en cuenta que, en el caso que estamos analizando, se habla exactamente de lo mismo, es decir, de sistemas de ideas socialmente organizadas que son empleadas en la lucha por el poder.

2. La idea del fin de la historia, que tiene en Francis Fukuyama (1989) su creador. Enlazando con la recientemente apuntada importancia de los contextos históricos (es decir, socioculturales), no deja de ser significativo que esta teoría coincidiera con la caída del muro de Berlín...

Según Fukuyama, la ‘democracia’ liberal había demostrado ser ‘el significado de la historia’, su misma naturaleza. De esta manera, la historia ya ha culminado en tanto que se ha logrado el punto final de la evolución ideológica de la humanidad. El auge actual de los nacionalismos y del fundamentalismo no desmienten, según Fukuyama, este diagnóstico, sino que lo refuerzan, puesto que indican que el

‘liberalismo’ todavía no ha llegado a todos los rincones del planeta y, por lo tanto, no ha traído la paz en cualquier parte del mundo.

La democracia liberal se presenta como una inevitable panacea universal. El discurso, si lo analizamos seriamente, esconde una evidente carga religiosa: el cielo en la tierra, la parusia representada por el neoliberalismo, el destino divino de la humanidad hacia una salvación que sólo puede tener una forma: la dictada por el capitalismo financiero y la ‘democracia’ liberal. En nombre de Dios, pues, George Bush Jr. puede emprender toda clase de guerras preventivas para completar esta misión.

Haciendo un breve paréntesis, resulta como mínimo sospechoso que tanto Fukuyama como otros intelectuales (o políticos) que hablan desde los círculos hegemónicos sólo consideren nacionalismos los movimientos de resistencia y/o de rebelión de los pueblos “otros”, pero nunca se habla del nacionalismo norteamericano, entre muchos otros que se niegan a reconocerse con ese epíteto. Y lo mismo es aplicable también a los fundamentalismos, entre los cuales no sería nada injusto incluir el fundamentalismo constitucionalista de algunos dirigentes españoles: el famoso ‘patriotismo constitucional’, que ha convertido un texto en un fetiche, además de presentar tintes muy en la línea del talibanismo jacobino.

Retomando el tema axial de este artículo, hay que remarcar que Huntington da la razón a Fukuyama con respecto al punto axial de sus teorías: las ideologías ya no son relevantes para entender el mundo. Ahora, por lo que dice, lo que importa son las ‘culturas’, entendidas por los dos como glándulas inmóviles, eternas, que chocan entre ellas como si de bolas de billar se tratasen. Por cierto: es ésta una visión substancialista y esencialista de las culturas que, a más pequeña escala, también se aplica en la promoción de políticas ‘multiculturales’ que legitiman taxonomías rígidas destinadas a perpetuar la marginación, desactivación y esclerosis de las “otras” culturas.

3. Una tercera influencia en la teoría de Huntington es, paradójicamente, la idea del pensamiento único, que apunta el carácter

absoluto y totalitario del neoliberalismo, el cual considera sus concepciones sobre el hombre, la sociedad, la naturaleza, el mercado, etc..., no como construcciones ideológicas sino como realidades ‘naturales’ e incuestionables, tal y como la misma teoría de Fukuyama revela con una nitidez agobiante.

Huntington reconoce sin tapujos el dominio que él denomina ‘Occidental’, y lo hace con una sinceridad incluso insultante. Literalmente:

«(1) los conflictos militares entre estados occidentales es impensable, y el poder militar occidental no tiene rival. (2) exceptuando el Japón, Occidente no tiene ningún otro contrincante económico. (3) los asuntos políticos y de defensa mundiales son resueltos con eficacia por un consejo formado por los EE.UU., Gran Bretaña y Francia. (4) las decisiones tomadas por el Consejo de Seguridad de la ONU y el FMI, que reflejan los intereses de Occidente, son presentadas al mundo como el reflejo de los deseos de la comunidad ‘mundial’, término que ha devenido el nombre colectivo eufemístico para dar legitimidad a las acciones que responden a intereses de las potencias occidentales» (Huntington, 1997:)

Podríamos añadir que Huntington, y muchos otros, dicen Occidente para referirse, eufemísticamente, tanto a los Estados Unidos como el gran capital financiero multinacional, sea de la religión, etnia o lengua que sea. El capital no tiene patria ni lengua. Su única patria es el dinero, la extorsión, la comercialización de toda la realidad y el máximo beneficio ad infinitum.

Antes de seguir, permítanme un breve paréntesis: pensar que podemos revertir la situación y hacer un mundo mucho más justo y radicalmente nuevo, sin injusticias sociales, exclusiones, marginaciones, genocidios, destrucción de la naturaleza y mercadeo de paisajes, personas, pueblos e ideas, un mundo donde la especie humana tenga conciencia de su unidad y su origen común, así como de su relación umbilical con el medio ambiente, si queremos hacerlo de verdad, habrá que dejar de lado, de forma tajante, el sistema capitalista

neoliberal, predador, etnocida y utilitario. Pensar que se pueden alcanzar los objetivos antes comentados sin abandonar la vía neoliberal del capitalismo salvaje, actualmente hegemónica, resulta un formidable ejercicio o de ingenuidad o de hipocresía. Queda dicho.

2. La “teoría” del choque de civilizaciones

Samuel Huntington publica el artículo “Crash of Civilizations?” en el año 1993, en concreto en la revista *Foreign Affairs*, y el año 1996 redefine (y reafirma) su “teoría” (por así llamarla). A grandes rasgos, Huntington piensa que nos encaminamos hacia un mundo multipolar donde las causas de los conflictos serán “culturales” y “religiosas”, no “ideológicas”. Ya hemos comentado anteriormente lo absurdo de dicha dicotomía en términos genéricos.

Huntington argumenta, sin demasiadas bases (tampoco se le puede pedir mucho, francamente), que las diferencias culturales son más profundas que las ideológicas y, ante este panorama, lo que debe hacer Occidente es unirse, dejar de lado las divisiones internas, y volverse a rearmar. Ya tenemos la primera receta de actuación para el gobierno americano de turno. Segunda receta, ¿dónde atacar?: existen civilizaciones como la que él denomina ‘islámica’ que están caracterizadas (según él) por el hecho de no compartir ningún rasgo con la civilización occidental. Según Huntington y un ingente número de intelectualoides, la diferencia, sin más, por ella misma, en sí, es un motivo de conflicto. Por lo tanto, las marcadas diferencias entre las mencionadas civilizaciones crearán, por imperativo axiológico, conflictos muy graves.

Estamos ante una self-fulfilling prophecy (profecía que se cumple por ella misma): las diferencias son peligrosas y conflictivas, hay muchas diferencias entre Occidente y el Islam, las ideologías ya no existen y han quedado las ‘culturas’ (y sus diferencias) al descubierto, ergo: habrá conflictos, y muy importantes. Y si no los hay, se crean, claro está.

Pero...¿cuáles son las ‘civilizaciones’ actuales de las que habla Huntington?. A grandes rasgos, éstas: • Occidental (Estados

Unidos, Canadá, Europa Occidental, Australia, Nueva Zelanda) Según nuestro autor, estaría caracterizada por: individualismo, liberalismo, constitucionalismo, derechos humanos, igualdad, libertad, estado de derecho, democracia, mercados libres, separación iglesia-estado y cristianismo protestante o católico. • Confuciana (China, Taiwan, Corea, Singapur y Vietnam). • Japonesa (curiosamente, sin religión ‘clara’:

confucionismo/budismo/shintoísmo). Islámica. • Hindú. • Eslavo-ortodoxa. • Latinoamericana. • posiblemente (sic) la Africana.

Ni que decir tiene que resulta muy significativo todo aquello que este último punto implica: el autor, al igual que harían muchas otras personas de varias geografías del pensamiento, tambalea a la hora de otorgar a los africanos (a los negroafricanos, en concreto) la posibilidad de lograr el ‘nivel’ de civilización. No es casual que todavía hoy en día incluso los medios de comunicación ‘progresistas’, o supuestamente de izquierdas, cuando hablan de conflictos etnosociales en África Negra utilicen el calificativo de conflictos ‘tribales’. Toda una señal, y no precisamente positiva, más bien todo lo contrario.

Líneas de fractura

S. H. Huntington afirma que las fronteras entre civilizaciones son frentes potenciales de conflicto. En este sentido, remarca la «línea de fractura» entre Europa Oriental y Occidental, incidiendo en las, según él, violentas relaciones acontecidas a la zona fronteriza entre estas dos áreas, y la incapacidad de las poblaciones del Este para aceptar la ‘democracia’ y el liberalismo económico, al fin y al cabo, como precipitado de una historia diferente. De nuevo nos topamos con una visión cerrada, burdamente historicista y uniforme de la cultura: los europeos orientales están atrapados en jaulas culturales de las cuales no pueden salir. Su destino está marcado de una vez para siempre.

Civilización

Según Huntington, una civilización es una entidad “cultural”. Como vemos, nuevamente aparece esta palabra ‘cultura’, que sirve como comodín para referirse a algo que ya nadie sabe

muy bien qué es o, cuando menos, a una suerte de prisión simbólica que determina inexorablemente las conductas, pensamientos y acciones de las personas en ellas atrapadas.

Más concretamente, S. Huntington apunta que una civilización, a su parecer, es el agrupamiento cultural de personas más grande, y el nivel de identidad cultural de personas más amplio, fuera del nivel que distingue los humanos de otras especies. Siempre según su opinión, las civilizaciones incluyen elementos ‘objetivos’ comunes: lengua, historia, religión, costumbres, instituciones...y la autoidentificación subjetiva de las personas... Este último punto es uno de los innumerables puntos débiles epistemológicos de Huntington: ¿en qué datos se ha basado para considerar que las personas de una región del planeta se identifican con una u otra civilización? La pregunta, evidentemente, es puramente retórica: en ninguna. En caso de intentarlo, de lo contrario, el esfuerzo sería descomunal, y los datos no aportarían ninguna estructura clara, geométrica y mensurable, para desgracia de los fetichistas de la estadística, hijos pródigos del reino de la cantidad.

Por mi parte, considero que una ‘civilización’ es, como dijeron hace un siglo Émile Durkheim y Marcel Maus, «una especie de medio ambiente donde se sumerge un cierto número de naciones» (Durkheim, Maus, 1971). Y hace falta añadir que todo medio ambiente es ecológico, es decir, depende del flujo externo, de la incorporación constante de elementos culturales (y de personas) provenientes del exterior.

Por otro lado, haría falta volver a subrayar que Huntington es profundísimamente substantivista y primordialista pues, según él, las diferencias entre civilizaciones son fundamentales, son el producto de siglo y no desaparecerán rápidamente. Según comenta, en el curso de los siglos, las diferencias entre civilizaciones han generado los conflictos más largos y más violentos. No aporta demasiado ejemplos que puedan apoyar afirmaciones (o, mejor dicho, predicciones) tan rotundas, pero sí que nosotros podemos aportar ejemplos que lo contradigan: así, los almorávides surgieron en las orillas del río Senegal, pero su jihad no fue

contra los negroafricanos “animistas” del sur, sitios muy cerca ellos pero en otra civilización, sino contra el resto de musulmanes de la parte occidental de la Umma (comunidad islámica), y esto explica que llegasen allende Toledo mientras pocas decenas de kilómetros al sur del área dónde nació el ‘movimiento almorávide’ las comunidades negras ‘paganas’ continuaban desarrollando sus procesos sociales de manera soberana y relativamente tranquila. Por lo tanto, los almorávides protagonizaron un conflicto intra-civilizacional, como casi todos los grandes conflictos, en todas partes y siempre.

Es más, ¿qué fueron las dos guerras mundiales del siglo veinte, que costaron más de 60 millones de muertes?: dos confrontaciones dentro la civilización occidental, protagonizadas por occidentales y, en el caso de la Gran Guerra, desarrollada de forma casi exclusiva en el continente europeo. ¿Una guerra tribal intraeuropea? Sí, siguiendo la terminología todavía hoy en uso, y aplicándola a nosotros mismos. ¿Por qué no hacerlo? ¿Somos superiores? ¿En qué?

Todavía hay más: uno de los genocidios más sangrantes de los últimos tiempos, que tuvo lugar en Ruanda (800.000 muertes en unos cuantos meses de una población de 6 millones), fue no sólo entre dos comunidades (hutu y tutsi) de una misma civilización (la africana), sino que estas dos comunidades, además, hablan exactamente la misma lengua, el KiRwanda.

También serbios, bosnios y croatas hablan la misma lengua, al igual que los montenegrinos (y se acaban de separar de sus ‘hermanos’ serbios), al igual que todos los grupos enfrentados en luchas sangrantes en Somalia hablan somalí. Y al igual que marroquíes y saharauis son de la misma civilización, religión, y lengua.

En contraposición con la postura de Huntington, postura vinculada, como ya hemos comentado, con la creencia que las diferencias son, en sí, fuente de conflicto, defendemos lo mismo el que sociólogo alemán Georg Simmel subrayó hace casi un siglo: “En el terreno de las comunidades de parentesco, se produce un antagonismo más fuerte que entre personas

extrañas. El odio mutuo que se tienen dos estados vecinos con similares concepciones del mundo es a menudo más apasionado y irreconciliable que entre naciones enteramente extrañas entre ellas espacialmente y objetivamente. Una hostilidad ha de excitar la conciencia de una manera más violenta cuanto mayor sea la igualdad que se plantee entre las partes. A partir de una igualdad muy grande de convicciones y de inclinaciones puede producirse el hecho que la separación en lo referente a un punto completamente insignificante, se haga perceptible, debido a la agudeza del contraste, como algo de completamente insoportable.” (Simmel, 1988).

Considero que las tesis defendidas por Huntington rozan no ya la paradoja, sino directamente la sandez: por un lado, fiel a un determinismo histórico estrechamente imbricado con el esencialismo cultural, indica que las civilizaciones se configuran a lo largo de muchos siglos de “historia común”; por otro lado, argumenta que últimamente las interacciones entre pueblos de diferentes civilizaciones aumentan, y que esto intensifica la conciencia de civilización. Si se dice que las civilizaciones surgen de historias concretas y se diferencian debido a su mutuo aislamiento, ¿porque ahora resulta que es la interacción la que crea diferencia (ergo, antagonismo, según la lógica que defiende Huntington)?

Antes de continuar con la deconstrucción del débil edificio teórico de Samuel Huntington, haría falta apuntar que, tal y como también demuestran innumerables ejemplos etnográficos e históricos, por todas partes y siempre, la diferenciación no deriva del aislamiento sino, todo el contrario, de la comunicación.

Según Huntington, en países no-occidentales se está produciendo una desoccidentalización e indigenización de las élites, a la vez que culturas, estilos y hábitos occidentales, normalmente norteamericanos, devienen más populares entre la mayoría de la población. Más bien se trata de todo el contrario: son las élites las que, desde hace tiempo, se han occidentalizado y, sobretodo, modernizado, mientras que amplios sectores de la población se han occidentalizado de manera

epidérmica y han permanecido fieles a procesos sociales autocentrados, tradicionales. Derivaciones salafitas como la élite wahhabí o los talibán son un ejemplo perfecto de estratos ‘superiores’ profundamente modernos, por no hablar de los occidentalizados de África, América Latina o Asia.

Según Huntington, la religión discrimina las personas y los territorios de manera más precisa y excluyente que la etnicidad. Ya hemos sugerido antes que, si ejerce el rol de matriz de identificación social, la religión deviene etnicidad ipso facto. Pero es que, además, resulta que nuevamente nuestro autor se equivoca de manera tangencial: la religión no ha marcado casi nunca la historia de un pueblo de forma unívoca, ni ha discriminado entre personas de manera tajante. No sólo ha habido personajes históricos que han llevado a término acciones que dejarían estupefactos a Huntington y compañía, como lo muestra el hecho que la conquista otomana de Grecia fuera iniciada por un griego (Evrenos, en el s. XIV)) y completada por otro griego (Zağanos, un siglo después), sino que hay documentos que demuestran que algunos de estos personajes han cambiado cuatro o cinco veces de religión a lo largo de su vida, como es el caso de Gjijn Kastrioti, hermano del héroe nacional albanés, Skandërbeu.

Todavía más: pueblos enteros han cambiado de religión y de lengua, como ejemplifican los badagoyo de Mali, musulmanes reconvertidos en paganos de lengua mandinga y, más tarde, en musulmanes de habla peul. Por no hablar de la enorme cantidad de naciones multiconfesionales, desde los kurdos (siete religiones diferentes) hasta los albaneses (cuatro), pasando por ejemplos paradigmáticos como el de una pequeña etnia de Etiopía, los mao (unas 10.000 personas), la mitad de la cual es musulmana y la otra mitad cristiana ortodoxa. Fíjense: siguiendo la ‘doctrina’ aquí criticada, esa pequeña etnia etiope estaría dividida en dos “civilizaciones”.

¿Fronteras ‘sangrantes’?

Como ejemplo de “línea de fractura”, Huntington expone la que separa los árabes de los negroafricanos (animistas y cristianos),

reduciendo ad absurdum una frontera, el Sudán histórico, que ha sido siempre lugar de génesis cultural, de comunicación social y de dinamismo humano, mucho más que no de conflictos violentos de gran tamaño o duración. Estos, cuando se presentan en esta frontera dibujada por Huntington, observamos que son conflictos derivados de las estructuras de los nuevos estados naciones transplantados en territorio africano, unos estados artificiales en manos de élites occidentalizadas. Pueblos como los tekurí, khasonké, wasulunka, lebú y un largo etcétera, son el producto de la comunicación social densificada que se ha dado históricamente en la frontera del Sudán histórico entre musulmanes y animistas.

Otra frontera ‘sangrante’ descrita por Huntington es la del norte del Islam. En el caso de los Balcanes, debemos decir que los enfrentamientos han sido de cariz étnico (no religioso, sensu strictissimo), y tienen como punto de partida, contrariamente al que se pudiera pensar, la occidentalización de los Balcanes, la cual destruyó la herencia otomana e inició una fulgurante modernización (es decir, una uniformización cultural) que ha provocado conflictos entre territorializaciones e identificaciones antaño complementarias.

En el caso del Cáucaso y, más concretamente, de Chechenia, la raíz del conflicto tampoco es “religiosa”, sino que deriva de la ocupación militar rusa que desde mediados del siglo XIX trata, sin éxito, asimilar esta nación dentro del impero (zarista/soviético/ruso).

4. Amnesia occidental

Otro grave error de Huntington es, a nuestro parecer, que peca de un excesivo orgullo etnocéntrico a la hora de caracterizar aquello que él denomina ‘Occidente’. Ya nos hemos referido a esta cuestión con anterioridad, pero resulta importante volver a comentarla. Así, se afirma que el régimen democrático tuvo su origen en Occidente, obviando que, siguiendo la terminología del término-fetichismo “democracia” (‘gobierno del pueblo’), ha habido sociedades mal denominadas ‘primitivas’ mucho más democráticas que la actual “democracia” burguesa, en gran medida

tiranizada por el poder económico neoliberal. Y también haría falta hacer algo más de autocrítica de Occidente recordando que fue en la matriz civilizatoria occidental donde nació el colonialismo, el imperialismo, la carrera de armamentos, la militarización del mundo y el capitalismo salvaje. ¡Qué rápidamente nos ‘olvidamos’ que Auschwitz y el Holocausto fue un hijo de la Modernidad occidental!

5. ¿Qué civilizaciones?: occidente, confucianos, musulmanes

Antes ya hemos criticado con una cierta contundencia la profunda contradicción que contendía la definición dada por Huntington de Civilización “Occidental”. Sólo haría falta añadir que, con respecto a Historia, bien poca ha compartido Europa Occidental con Estados Unidos, Canadá y Oceanía. En otro orden de cosas, nos podríamos preguntar hasta qué punto los europeos occidentales tienen conciencia, y se sienten, parte de la misma ‘civilización’ que los norteamericanos o los australianos.

Con respecto a la civilización confuciana, que englobaría China (suponemos que se refiere a la República Popular China), Taiwan, Vietnam, Corea (¿las dos?) y Singapur, las dudas etnográficas son tan numerosos que resultaría necesario una ingente cantidad de artículos para describirlas.

Sólo citaremos las que consideramos más relevantes en tanto que grotescas:

- Singapur es un minúsculo archipiélago formado por personas de varias culturas y religiones (chinos, hindúes, malayos). Sólo la priorización (cultural) que Huntington y sus compañeros de pensamiento neoliberal/neoconservador hacen de la matriz ‘económica’, y una tendencia a elevar a la categoría de dato supremo la cuantificación, permitiría entender, que no justificar, esta elección: los chinos son la mayoría de la población de Singapur y, sobre todo, abarcan la mayoría de negocios.

- ¿A qué civilización pertenece Mongolia? ¿Y el Tíbet? ¿Y el Turkestan Oriental, poblado por la nación uigur, ocupado por China y rebautizado oficialmente por el gobierno de

Pekín con un nombre tan aséptico como Hsin-Kiang (lit.: “Región del Oeste”)?

• ¿Dónde hacemos encajar a los pueblos indígenas del interior de Vietnam, de Laos y de Camboya? Los hui, chinos musulmanes...¿de qué civilización son? ¿Dónde podríamos inscribir los 60 grupos etnosociales del sur de la República Popular China?

Como vemos repetidamente, las minorías resultan algo absolutamente prescindible para una ideología absolutizadora, y más cuando ésta se presenta como inapelable. Pero si alguno de los pueblos ‘olvidados’ que acabamos de citar tuviera un notable peso comercial y económico (dato axial, hace falta repetirlo), ya tendríamos el recorte de otra civilización específica. En relación con esto, no resulta nada extraño que se delimite una Civilización Japonesa mientras que la coreana resta circunscrita al *melting pot* confuciano. Sin duda, si Corea tuviera el peso económico e histórico de Japón (en términos expansionistas y militaristas, tan apreciado Huntington & Cía), también formaría una civilización per se.

Poco se dice, en cambio (a parte de englobarla en un complot confuciano-musulmán) de la pertenencia civilizacional de la república estalinista del norte de Corea, obviamente diferenciada del resto de la ‘cultura’ coreana tras decenas de años. Quizás esta sería una prueba fehaciente de que la ideología de raíz marxista (o, mejor dicho, la religión estalinista) también puede conseguir crear un espacio identitario diferencial.

Con respecto a la Civilización Islámica, Huntington nos dice que ésta consta de tres subdivisiones –árabe, turca y malaya. A nuestro modesto entender, pensamos que los mundos islámicos (el plural es mucho más respetuoso con su carácter heterogéneo y heterodoxo) están formados, como mínimo, por diez grandes civilizaciones, todas ellas rebosantes de múltiples matices internos, confesiones específicas y fusiones con creencias preexistentes de cariz “animista”, chamánico, budista, cristiana o confuciana:

• Islam Negro • Islam Árabe (subdivisible en base a tres grandes regiones: Magreb, Mashreq y Oriente Medio). • Islam Turco

• Islam Irano-Indio • Islam Malayo • Islam Chino • Islam Siberiano • Islam del Turquestan • Islam Balcánico • Islam Este-europeo (Polonia, Ucrania, Bielorusia, Países Bálticos, Finlandia)

6. ¿Qué civilizaciones?: hindúes, eslavo-ortodoxos, latinoamericanos y africanos?

En la denominada Civilización Hindú ni que decir tiene que nos encontramos con muchas gradientes de ‘radicalismo’ hindú y, sobre todo, con innumerables variantes internas dentro del subcontinente indostánico: pueblos de lenguas indoeuropeas (hindi, gujarati, rajastani, bengalí, asamés...), de lenguas dravídicas (tamil, toda, kanada...) y de lenguas munda; pueblos, como estos últimos, con sistemas políticos clánico-parentales (‘tribales’), y otros con una larga tradición de estados propios. Una riqueza y una variedad tanto grandes que reducirlos a una única civilización uniforme resulta, como mínimo, un reductivismo descomunal.

Una de las aberraciones etnográficas e históricas de la taxonomía huntingtoniana se centra en la Civilización “Eslavo-Ortodoxa”, dónde incluye Grecia (nación integrada desde hace mucho tiempo en la Europa comunitaria, es decir, occidental...), Albania (mayoritariamente musulmana y en absoluto eslava) y Kosovo. Además, la línea divisoria entre esta civilización y la Occidental vivisecciona de cuajo dos naciones como son Bielorusia y Ucrania, esta última la segunda más grande del continente tras Rusia. Siguiendo las premisas y predicciones de Huntington, ambos países tendrían un futuro lleno de turbulencias.

La Civilización Latinoamericana no diferencia entre culturas criollas dominantes y culturas indígenas. Además, nuevamente, nos preguntamos dónde se pueden hacer encajar pueblos como los amerindios del Amazonas dentro de esta rígida parrilla clasificatoria. Posiblemente, como pensarán muchos de los lectores, Huntington (y otros muchos) ni tan sólo los considera pueblos civilizados...

Esta misma premisa inexpresada llevó a nuestro autor a dudar sobre la existencia de una Civilización Africana (es decir, negroafricana), y a decir que ‘posiblemente’ había una. No deja

de ser chocante que se tambalee seriamente al inscribir esta civilización dentro de su esquema taxonómico cuando, desde un punto de vista riguroso, resulta ser la única que posiblemente forme una unidad civilizatoria (lengua, elementos culturales, instituciones políticas). Como ha demostrado Igor Kopytoff (1987), la inmensa mayoría de los sistemas sociales africanos actuales provienen de la diáspora de unos grupos humanos que constituyeron el Neolítico Sahariano antes que esta región se desertificase, y esta relativa unidad de origen ha comportado que aun cuando (o seguramente gracias a que) África negra es un continente dotado de una extraordinaria variedad étnica, lingüística y religiosa, ciertos rasgos comunes constituyan factores reconocibles y (todavía más importante) auto-reconocidos como distintivos por los africanos. Como siempre, khoisanidos (bosquimanos, hotentotes) y pigmeos permanecen en el limbo de las frías categorías clasificatorias de Huntington. Es más: ¿dónde están los aborígenes australianos? ¿Y los indígenas de Nueva Guinea? ¿Y los indígenas norteamericanos? ¿Y los inuit (esquimales) de Alaska, Canadá, Groenlandia y Siberia? Aún más: ¿Dónde metemos los pueblos indonesios no-musulmanes? Podríamos añadir a la lista los pueblos gitanos, entre los cuales encontramos (1) cristianos ortodoxos, (2) musulmanes sunníes, (3) musulmanes chiís, (4) católicos, (5) protestantes de varias confesiones, (6) hinduístas...

¿Dónde estarían, por su parte, los numerosos musulmanes de Rusia? No estamos hablando de una anécdota, pues estos incluyen, además de los pueblos nord-caucásicos y de los musulmanes de Siberia, a los tártaros y bashkir del Alto Volga, en el este de la Rusia europea, musulmanes ‘curiosamente’ aliados a otros pueblos (udmurt, chuvash, mordvinos, incluso yakutos de Siberia) contra algunos intentos neoimperialistas de Moscú.

7. Fronteras, religiones, paradojas

Las fronteras no son sólo ‘líneas de conflicto’, sino que sobre todo son zonas de génesis social, de comunicación, de creación y de preservación de diferencias, regiones de un dinamismo hiperbólico, zonas de articulación

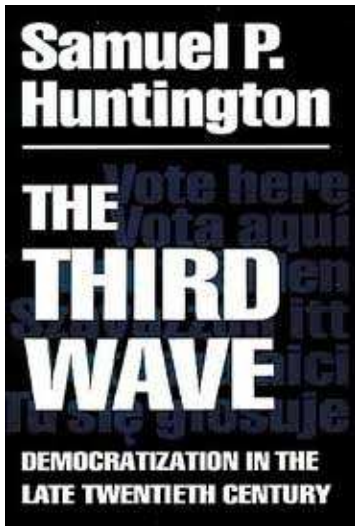
de nuevas fórmulas culturales, de interpenetración social. Además, las fronteras nunca son líneas sino áreas, territorios de tránsito, regiones fluctuantes, espacios ambivalentes en continua reelaboración y en permanente cambio.

Una gran cantidad de ejemplos exhiben las paradojas, las aparentes contradicciones identitarias, que tanto y tanto sesga Huntington. Históricamente, numerosos armenios se habían integrado en las administraciones de tres imperios rivales: ruso, persa y otomano. Además, los armenios constituían una notable comunidad en la China y la India. Y su renacimiento literario tuvo lugar a la «Occidental» Venecia. ¿Cómo explicarían Huntington y sus adláteres esta supuesta paradoja?

Algo semejante pasó con los griegos, presentes desde hace siglos en Rusia, Anatolia interior, pero también en Etiopía, Florida y Alemania. Aplicando la teoría de Huntington en escala menor, las urbes norteamericanas (y europeas) son un lugar de potencial conflicto, pues conviven personas de las civilizaciones occidental, latinoamericana, africana, islámica, eslavo-ortodoxa, confuciana...

El mismo Huntington advierte de este, para él, peligro. En cambio, a contrario, ciudades como Plovdiv (Bulgaria) estaban pobladas por quince etnias diferentes ahora hará un siglo, el mismo número de culturas que tenía por aquellas mismas fechas Izmir (actual Turquía). Los checos eran mayoría en la Viena de inicios del s. XX y, a mediados de los años 1950, la pequeña ciudad de Mopti (Malí), de 10.000 habitantes, acogía veinte etnias diferentes, las cuales eran catorce en la villa próxima de Korientzé, de sólo 2.000 habitantes (Cabezas López, 2002).

En el momento de la independencia de Grecia, Atenas contaba con 7.000 habitantes, de los cuales 4.000 eran albaneses. Estos, los albaneses, fueron los líderes más destacados del movimiento de liberación de Grecia. Como estamos tratando de demostrar, Huntington “sólo” se equivoca tangencialmente.



Samuel P. Huntington: un intelectual pragmático del “sueño americano”

¿Quiénes somos? Con esta simple interrogante sobre la identidad nacional de los estadounidenses, el politólogo Samuel P. Huntington presenta su libro más reciente, y vuelve a provocar controversia en el medio académico e intelectual hispanoamericano, en particular, el mexicano. Utilizando el *modus operandi* que lo ha caracterizado a lo largo de su trayectoria académica, expone primero sus premisas en una revista internacional para posteriormente explayarse en detalle en un libro.

MARIA LUISA PARRAGUEZ KOBEC

Introducción

Proyectado al primer plano en asuntos globales de post Guerra Fría por su artículo “¿El Choque de Civilizaciones?” que apareció en la revista *Foreign Affairs* en 1995, es precedido por su debatido libro *Choque de civilizaciones* publicado en 1996. Asimismo, en 2004 vuelve a presentar una tesis polémica en el artículo “El Desafío Hispano” en la revista *Foreign Policy*, prefacio al libro *¿Quiénes somos?* Huntington es un connotado e influyente catedrático en una de las universidades más prestigiadas del mundo, con una extensa trayectoria de medio siglo de publicaciones y sus libros tienen una gran influencia en el medio político estadounidense. Uno no puede dejar de preguntarse, ¿hacia dónde va Huntington con su última tesis?

Esta tesis sostiene que el desafío más serio e inmediato para la identidad estadounidense proviene de la inmensa y sostenida migración de América Latina, especialmente de México, y de su tasa de fertilidad. El autor afirma que esto amenaza con dividir a Estados Unidos en dos pueblos, dos culturas y dos idiomas. A diferencia de grupos migrantes del pasado, éstos no se asimilan a la sociedad estadounidense y crean sus propios enclaves políticos y lingüísticos. Además, rechazan los valores establecidos por los colonos fundadores blancos, anglosajones y protestantes (white, anglo-saxon, protestant, wasp) que crearon el

“sueño americano”. Esta presencia masiva de mexicanos en territorio estadounidense y su flujo continuo, dice, amenaza con desfigurar esta nación como se le ha conocido desde hace tres siglos.

¿Alarmista? Sí ¿Nuevo? No. Esto ya lo había dicho en *Choque de civilizaciones* y en otros escritos. En esta ocasión se apoya en una serie de estudios, comentarios y estadísticas que caracterizan sus libros, y sostiene que la consanguinidad, el número, la concentración regional, la persistencia y la presencia histórica combinadas convierten a la migración mexicana en una diferente del resto. Hace hincapié en lo que el denomina un reclamo histórico a territorio estadounidense que los migrantes mexicanos hacen por medio de una especie de reconquista territorial y cultural. Asimismo, lo que más le preocupa al catedrático, es la persistencia de estos mexicanos, factor que caracteriza como una oleada que no muestra signo alguno de disminuir.

Después de identificar y dimensionar el problema, prevé la organización de un «nativismo blanco americano» emergente compuesto por una nueva generación de blancos “cultos y altamente preparados”, que, aunque no propugnan una supremacía racial blanca, creen en la preservación racial y afirman que la cultura es producto de la raza. Señala que, al igual que surgieron otros grupos minoritarios en Estados Unidos en las últimas

décadas, se formará una agrupación nacional de blancos para proteger sus valores e intereses amenazados por políticas pro globalización y por la migración en general

Para entender quiénes son los escogidos para representar el destino manifiesto estadounidense, este artículo examina la trayectoria del autor y su representatividad en dicho esquema general de ciudadanos protectores y reproductores del llamado «sueño americano».

‘Made in the U.S.A.’: el intelectual corporativo como producto estadounidense

En una sociedad compleja y de cultura de masas como la sociedad estadounidense, los intelectuales se desempeñan en varios estadios y niveles. Por su función estratégica como investigador y formador de cuadros, el catedrático se ubica en un espacio de debate e intercambio intelectual privilegiado; un universo de personas, ideas, y opiniones donde se convierte en un intelectual académico. Si éste se incorpora a la gran maquinaria de reproducción de ideas de las fundaciones y los centros de investigación completamente vinculados a una producción masiva global, lo convierten en un intelectual académico corporativo.

El pensamiento político de la elite intelectual de Estados Unidos está condicionado, en gran parte, por la capacidad de financiamiento de las fundaciones y los centros de investigación estadounidenses. Los proyectos y actividades de estos centros, así como las solicitadas cátedras, las cuales ofrecen no solo el prestigio institucionalizado sino también un considerable salario adicional, son producto de una inversión millonaria de fundaciones y corporaciones.

El autor de *Choque de civilizaciones* se destaca como un representante por excelencia de la ideología predominante de la elite intelectual estadounidense. Se ubica en la más clara tradición pragmático-realista de la ciencia política norteamericana, que se ha destacado, en mayor medida, por estudiar procesos comparados a nivel mundial y por interpretar su evolución? A pesar de las aparentes diferencias con sus contemporáneos como Stanley

Hoffmann, Zbigniew Brzezinski, Robert Kaplan, Francis Fukuyama y otros, todos presentan una visión ideológica similar de Estados Unidos.

Huntington es considerado parte de una *intelligentsia* formada -en términos de Randolph Bourne- por los discípulos (de Dewey) que han aprendido demasiado al pie de la letra la actitud instrumental hacia la vida y, pese a ser enormemente inteligentes y enérgicos, se están convirtiendo a sí mismos en instrumentos eficientes de la técnica guerrera, aceptando con escasa reflexión sus fines tal como se enuncian desde arriba... Desde su debut como joven académico en la Universidad de Harvard a principios de la Guerra Fría, refleja una trayectoria clara y puntual de la política exterior de Estados Unidos.

Como intelectual corporativo proyecta esquemáticamente, a través de sus numerosas publicaciones, el realismo político de Estados Unidos de la segunda mitad del siglo XX y principios del nuevo siglo. Este ensayo examina su trayectoria intelectual y expone cronológicamente lo más representativo de su obra década por década, haciendo hincapié en los sucesos más significativos de la política interna y externa de Estados Unidos. Asimismo, intenta ubicarlo como académico, investigador y funcionario público en el escenario internacional que dio pauta a su obra durante las diferentes etapas de la Guerra Fría, y más recientemente frente a los desafíos globales del nuevo milenio. Finalmente, intenta reflexionar sobre el papel del autor como intelectual académico corporativo, quien refleja en sus escritos un firme compromiso con el realismo político estadounidense y algunos de los temores y prejuicios más profundos de la élite blanca, anglosajona y protestante de este país.

La militarización de Estados Unidos: la década de 1950

En 1955 Dwight D. Eisenhower, general de cinco estrellas y exdirector y comandante supremo de la OTAN, lleva a la presidencia de Estados Unidos (1955-63) un cambio de filosofía basado en una manera metódica de analizar los conflictos internacionales.

Asimismo, la política exterior de su secretario de Estado, J.F. Dulles, se caracteriza por ser doctrinaria, rígida, legalista, moralista y claramente antisoviética. Para frenar el expansionismo comunista en el mundo, Eisenhower cambia la política de contención de su antecesor Harry Truman (1945-53) a una estrategia militar de *détterrence* para disuadir a la Unión Soviética de no atacar a Estados Unidos, lo que podría llevar a una mutua destrucción nuclear. Con la muerte de Josef Stalin en la Unión Soviética ese mismo año, la Administración Eisenhower aboga por una política más dura para enfrentar el comunismo. Establece una industria permanente de armamentos y surge el “complejo industrial militar». Con la posibilidad de un ataque nuclear, Estados Unidos reemplaza el “balance de poder” internacional por un “balance de terror” y se intensifica la Guerra Fría.

En este entorno internacional Huntington, titulado como doctor por la Universidad de Harvard en 1951, inicia su carrera como profesor de Ciencia Política en su *alma mater*. A raíz de su tesis doctoral publica su primer libro, *El soldado y el Estado: teoría y política de las relaciones cívico-militares*, en 1957. En éste argumenta que el estudio de estas relaciones había carecido de la suficiente teorización y propone un marco más útil para plantear y definir los temas teóricos principales implícitos en el estudio de las relaciones cívico-militares. Postula que el foco principal de éstas es el vínculo del cuerpo de oficiales con el Estado y analiza las mismas para definir la naturaleza del hombre de armas. Su libro es políticamente trascendente porque presenta un marco teórico aplicable para resguardar la seguridad nacional y justificar la militarización de Estados Unidos.

Su texto contiene dos supuestos metodológicos básicos: el primero, que las relaciones cívico-militares en cualquier sociedad deben estudiarse como un sistema compuesto por elementos interdependientes. Específicamente, se refiere a la posición estructural de las instituciones militares en el gobierno, el papel informal y la influencia de los grupos militares en la política y la sociedad en general, y la naturaleza de las ideologías correspondientes a los grupos militares y no

militares. Argumenta que todos estos elementos están intrínsecamente ligados, de tal forma que el cambio en cualquiera de ellos produciría un cambio necesario en el equilibrio total. Esto implica un delicado y complejo equilibrio entre la autoridad, la influencia e ideología de los militares y los grupos civiles, lo cual denominó el “control civil objetivo”.

El segundo supuesto metodológico establece ciertas premisas respecto a la naturaleza y la finalidad de las instituciones militares. Esto permite establecer el tipo de control civil objetivo de las relaciones cívico-militares para determinar si se tiende a reforzar o a debilitar la seguridad militar en dicha sociedad. Propone la posibilidad de cambios en los componentes de cualquier sistema para lograr el equilibrio de un control civil objetivo.

Huntington profundiza su hipótesis del continuum guerra-política retomando la ética militar profesional de Karl von Clausewitz. En su dicho más celebrado, Clausewitz afirma: “la guerra no es sino una continuación del intercambio político con una mezcla agregada de otros medios... por lo tanto la guerra tiene su propia gramática, pero no su propia lógica”. Para Huntington el que la guerra tenga su propia gramática significa que los militares están autorizados para desarrollar su maestría con esta gramática y sin interferencia.

No obstante esto, la política es terreno del estadista y el soldado debe estar siempre subordinado al Estado. Huntington retoma los postulados de Clausewitz: la política es la facultad inteligente, la guerra sólo el instrumento, no al revés. La política, que en principio debe representar los intereses de una nación, puede adoptar una orientación diferente y preferir otros fines como el de intereses preferenciales, o la ambición y vanidad de los gobernantes, pero eso no le debe concernir al militar.

El autor utiliza ejemplos históricos y hace un recuento del poder militar de Estados Unidos desde 1789 a 1940 y de la crisis de las relaciones cívico-militares del período 1940-55. Argumenta que el Estado es el elemento de dirección activa de la sociedad y el responsable de la distribución de recursos importantes que

incluyen la seguridad militar. Describe la mentalidad, el poder, el profesionalismo y la ideología del militar para luego ubicar al hombre de armas dentro de la sociedad. Concluye con el valor del ideal militar, donde señala que en su severidad, regularidad y disciplina, la sociedad militar comparte las características de la orden religiosa y el hombre moderno bien puede encontrar su monasterio en el Ejército. Su propuestas que hay que ‘civilizar’ a los militares para crear un mayor vínculo entre éstos y el Estado.

Su primer libro es importante para el análisis de su trayectoria como intelectual académico corporativo porque marca un método y un estilo que se repetirá en sus obras posteriores. Por ejemplo, el autor formula primero sus ideas como ensayos y posteriormente las publica en libros. Como acostumbrará a hacerlo en todos los prefacios de sus libros, agradece el apoyo financiero de las fundaciones e instituciones que auspician sus proyectos de investigación así como los comentarios de sus “colegas mayores”. Por ejemplo, expresa su gratitud al Consejo de Investigación en Ciencias Sociales por una beca de investigación y a Paul H. Nitze y Henry Rosovsky, entre otros, por sus críticas y comentarios. Con esta primera publicación, establece un rasgo distintivo que predominará en todos sus escritos subsecuentes. Es claro, directo y aparentemente no tiene conflicto ideológico o moral con su trabajo de intérprete pragmático de eventos internacionales.

Realizando su formación en filosofía política, el joven profesor harvardiano presenta una oportuna reflexión teórica sobre las instituciones militares y el Estado. En ésta postula que la única teoría cívico-militar desarrollada hasta ese momento no es más que un conjunto confuso y poco sistemático de supuestos y creencias derivados de las premisas subyacentes al liberalismo estadounidense. Su tesis principal se resume en un postulado vanguardista para su época: el cuerpo moderno de oficiales es un cuerpo profesional y el oficial moderno es un profesional. Con este extenso trabajo teórico, Huntington inicia su carrera académica en la cuna intelectual de Estados Unidos, bastión de donde medio siglo después

continúa lanzando sus más punzantes críticas político-sociales.

La “teoría de juegos” aplicada al sistema internacional: la década de 1960

En términos geopolíticos internacionales la primera parte de la década de los años sesenta se caracteriza por un escalamiento de conflictos y la consecuente intensificación de la Guerra Fría. En 1959 Fidel Castro asume el poder en Cuba y en febrero de 1960 firma con la Unión Soviética un tratado comercial de intercambio de azúcar por petróleo. Cuba se convierte en una amenaza geopolítica demasiado cercana para su vecino del norte. En abril de 1961, bajo la administración de John F. Kennedy (1961w65), Estados Unidos lanza sin éxito un ataque a la Bahía de Cochinos operando con el apoyo de agencias estadounidenses. El primer ministro soviético Nikita Krushchev responde con limitar el acceso de las fuerzas occidentales a Alemania y comienza la construcción del Muro de Berlín. Las tensiones bipolares escalaron de tal manera que en octubre de 1962, con la crisis de los misiles en Cuba, el mundo se encontró por primera vez con la posibilidad inminente de una guerra nuclear.

Huntington refleja los acontecimientos de su época en *The Common Defense* (1961). Basado en la lógica de la «teoría de juegos» y rompiendo con esquemas analíticos tradicionales, examina los programas militares para establecer una defensa común en contra de la amenaza de la Unión Soviética. Posteriormente en *Changing Patterns of Military Politics* (1962) y *Political Power*; con Zbigniew Brzezinski (1964), analizan los patrones en materia de política militar y reflexionan sobre el equilibrio del poder bipolar.

Un segundo elemento determinante en la década de los años sesenta es el de los movimientos sociales en contra del sistema. Aunque éstos surgen a nivel internacional, tienen un gran impacto social en Estados Unidos, principalmente el movimiento de los “derechos civiles”, el “poder negro” y la “nueva izquierda”. En noviembre de 1965, Kennedy es asesinado dejando como herencia a su sucesor, el presidente Lyndon Johnson (1965-69), una

serie de desafíos nacionales e internacionales. Johnson aprueba proyectos para secundar los derechos civiles, promueve programas de educación, vivienda y salud, y en 1964 promulga el Acta de Derechos Civiles para atacarla discriminación racial en lugares públicos e instituciones. No obstante esto, se sigue invirtiendo una gran parte del presupuesto militar en Vietnam. Esta intervención militar aumenta de tal forma que para 1969 existen 540.000 tropas estadounidenses en ese país. En marzo de 1968, la presión doméstica en contra de la participación estadounidense en Vietnam hace que Johnson tome la decisión de parar los bombardeos en Vietnam del Norte, aunque pasan varios años antes de un retiro total de las fuerzas armadas estadounidenses.

En 1968 Huntington publica su célebre libro *El Orden político en las sociedades en cambio*, con el fin de desarrollar un marco teórico que explique la violencia, la inestabilidad y el desorden políticos. Su tesis principal sostiene que la combinación del rápido cambio social y la veloz movilización política de nuevos grupos, aunados al lento desarrollo de las instituciones políticas, llevan a una inestabilidad política y desorden en las sociedades. Analiza la transformación del orden político, presenta las variables que lo afectan y postula la modernización política necesaria para reestablecerlo. Para el autor puede haber orden sin libertad pero no libertad sin orden y destaca que el orden político de una sociedad está intrínsecamente ligado a instituciones políticas estables.

Este libro, dice el politólogo mexicano Héctor Zamitiz, «es considerado uno de los libros más perceptivos y con más repercusión en política comparada que se haya escrito... su objetivo normativo y analítico, el interés que tiene Huntington por el orden y su manifiesta degradación en la distinción entre democracia y dictadura le generó fama de conservador. Huntington señala que aunque Estados Unidos, Gran Bretaña y la Unión Soviética tienen formas de gobierno distintas, el Estado cumple con su función específica. En los tres casos impera un consenso absoluto sobre la legitimidad del sistema; «los tres poseen instituciones políticas sólidas, flexibles y

coherentes, burocracias eficientes, partidos políticos bien organizados, un alto grado de participación popular en los asuntos públicos, sistemas eficaces de control civil sobre los militares, importante injerencia del gobierno en la economía y procedimientos suficientemente aptos para asegurar la continuidad y frenar el conflicto político». Equipara las diferencias políticas con la brecha económica entre sociedades de economías avanzadas y el llamado Tercer Mundo (Asia, África y América Latina), haciendo hincapié en las fuerzas que conforman las sociedades modernas.

Aunque su obra destaca por su propuesta de carácter teórico conceptual, la premisa huntingtoniana sobre el orden político tiene por lo menos aspectos importantes que merecen crítica.” El primero es que no distingue entre el tipo de orden que se debe establecer en una sociedad, donde un orden político autoritario es igual a uno liberal. Lo importante para su análisis es que exista un orden y el tipo de régimen no es un factor determinante. El segundo punto de crítica es que no se toma en consideración los costos para establecer dicho orden. Los medios, ya sean democráticos o autoritarios, siempre sirven el fin de establecer un orden político deseado. Además, no le preocupa la calidad o efectividad de las instituciones siempre y cuando sirvan para mantener el orden en la sociedad. Esta perspectiva, adoptada por regímenes autoritarios en América Latina, sirve para legitimar sucesivos gobiernos dictatoriales basados en la defensa del orden político instituido.

Posteriormente, se enfoca en el autoritarismo y publica *Autoritarian Politics in Modern Society: The Dynamics of Established One-Party Systems* en 1970. En éste, continúa su hipótesis previa, indagando: ¿es probable, e incluso inevitable que, en la medida en que las sociedades se hacen económicamente más fuertes y socialmente más complejas, sus sistemas políticos se transformen en más abiertos, participativos y responsables?” Su premisa implícita es que sí. En resumen, señala que las sociedades con sistemas de partido único reflejan la forma moderna del

autoritarismo del siglo XX y menciona en su estudio comparado, el caso de México.

La pérdida de confianza en Estados Unidos: la década de 1970

La época de los años setenta está marcada por la pérdida de la guerra de Vietnam, el escándalo de Watergate que termina con la destitución del Presidente Nixon en 1974, la crisis energética, la estagflación, y la crisis de los rehenes en Irán. Todos estos eventos provocan una crisis de confianza en Estados Unidos. La carrera armamentista nuclear entre las superpotencias ha crecido a la vez que los países en desarrollo han sido inundados con armamentos convencionales. La Unión Soviética ha igualado en armamento nuclear a Estados Unidos y bajo los liderazgos de Leonid Brezhnev y Richard Nixon, respectivamente, se inicia una nueva era en las relaciones internacionales: la llamada “*détente*”. Ésta es una competencia armamentista más restringida entre las dos superpotencias para reducir la amenaza de una guerra nuclear.

En 1973 se establece la Comisión Trilateral, fundada por David Rockefeller, con el objetivo de crear un foro de política exterior -que se alejará del enfoque bipolar del conflicto con la Unión Soviética de la administración Nixon-Kissinger para promover una cooperación económica y política más estrecha entre Estados Unidos, Europa Occidental y el Japón. Zbigniew Brzezinski es director de la Comisión Trilateral con Jimmy Carter y Samuel P. Huntington como miembros. Para la campaña presidencial de 1976, Brzezinski, con apoyo de Huntington, escribe un memorándum de 45 páginas para los discursos de la campaña de Carter sobre política exterior. Dada esta relación personal, no es sorprendente que durante la administración Carter (1977-1981), 16 de los puestos de política exterior sean ocupados por ex-miembros de la Comisión Trilateral, entre ellos: Zbigniew Brzezinski como asesor de seguridad nacional y Samuel P. Huntington como director de planeación de seguridad en el Consejo de Seguridad Nacional desde 1977 a 1978.

Bajo el auspicio de la Comisión Trilateral, y como asesor político, Huntington publica en

1975 con Michel J. Crozier y Joji Watanuki un informe titulado “La crisis de la democracia”, el cual trata el tema de la sobrecarga de la democracia en el mundo. Para el autor esta crisis se debe a una serie de factores, entre otros: una creciente clase media, la pérdida de confianza en el liderazgo político y sus instituciones, y una fragmentación de partidos políticos. El informe se enfoca en un análisis de las formas y los retos de la democracia y la debilidad de los gobiernos frente a ella. Asimismo establece que los sistemas democráticos eran viables y deseables y propone una innovación institucional para enfrentar los nuevos desafíos del último cuarto del siglo XX. Este informe es motivo de gran debate en las aulas y círculos intelectuales en América Latina y en el mundo.

Los países en desarrollo en la década de los años setenta enfrentan la amenaza de la proliferación nuclear y exigen un nuevo orden económico internacional. Las relaciones Norte-Sur demandan atención cuanto a estabilidad política vinculada a una economía nacional e internacional estable. Aprovechando esta coyuntura internacional, Huntington publica *No Easy Choice*, con John M. Nelson, en 1976. Bajo la administración de Gerald F. Ford y su secretario de Estado Henry Kissinger, Estados Unidos continúa su política de *détente* y firma el Acuerdo de Helsinki para ratificar las fronteras de Europa y apoyar los derechos humanos.

Con una decepción generalizada de la población estadounidense por la política doméstica y exterior de Estados Unidos, después de Vietnam y Watergate, en 1977 llega a la presidencia Jimmy Carter, quien propone restaurar la confianza de sus ciudadanos, mejorar el diálogo Norte-Sur, promover los derechos humanos en el mundo, y establecer una relación de cooperación entre las superpotencias.” Sin embargo, la caída del Shah de Irán y la consecuente escasez de petróleo, la victoria de los Sandinistas en Nicaragua, el descubrimiento de una brigada soviética en Cuba, y la invasión soviética a Afganistán, cambian el diseño de la política exterior de Carter. Este escenario político permite que las fuerzas conservadoras de Ronald Reagan ganen la presidencia en 1981 y pongan en marcha una

visión de un mundo “democrático” con valores estadounidenses, para reestablecer el poder económico de Estados Unidos y aumentar el presupuesto militar para compensar una “década de olvido”.

Las transiciones democráticas internacionales: la década de 1980

Después de un corto tiempo en el gobierno de Carter, Samuel P. Huntington regresa a la vida académica y publica en 1981 *American Politics: The Promise of Democracy*. En este libro analiza las paradojas estructurales de la política estadounidense: la cultura política de su país vis-à-vis, las instituciones políticas desde 1960 hasta 1975. Los movimientos sociales en contra del sistema de los años sesenta cambian fundamentalmente el tono y el tejido de la sociedad estadounidense. La expectativa poco realista de la perfección moral exigida por la ciudadanía al gobierno estadounidense no permitía un manejo deseado de la política nacional e internacional. El objetivo de la política exterior de Estados Unidos, dice el autor, está basado en intereses definidos por el poder, el dinero y la seguridad; los cuales son suficientemente temporales como para considerarlos permanentes? En este libro, Huntington se enfoca en el credo estadounidense, en el consenso de valores y creencias políticas básicas, y en la brecha entre el idealismo y el realismo político en la política de su país.

En 1991, Huntington publica otro de sus controvertidos libros *La tercera ola: la democratización a finales del siglo XX*, como resultado de un análisis de los acontecimientos democráticos internacionales de los años ochenta. Como acostumbra hacer, aborda el tema en dos artículos: “Will More Countries Become Democratic?”, en *Political Science Quarterly* y “The Modest Meaning of Democracy” en *Democracy in America*; *Slipping the Pendulum*, editado por Robert Pastor, Nueva York: Holmes & Meier, 1989. Asimismo, en 1985 comienza a impartir un curso sobre democracia en la Universidad de Harvard y desde 1987 a 1990 trabaja en este libro con el apoyo de la beca “John M. Olin por la Democracia y el Desarrollo”. Vale destacar que en esta época se establece como director

fundador del Centro de Estudios Estratégicos John M. Olin en su alma mater. Es importante hacer hincapié en el desarrollo intelectual del autor porque este libro presenta un nuevo enfoque. Si bien es cierto que sus publicaciones hasta entonces se habían basado en un supuesto análisis “científico”, altamente respetado y cotizado entre los intelectuales estadounidenses de la Guerra Fría, en su libro *La tercera ola* abandona abiertamente el papel de un científico social; asume el papel de un consultor político y establece los “lineamientos para democratizadores”. Huntington, con una seguridad desafiante, señala al inicio de su libro que si este cambio lo hace aparecer como “un democrático aspirante a Maquiavelo, que así sea”. Expone en su libro que cree en la democracia porque ésta tiene consecuencias positivas para la libertad individual, la estabilidad doméstica, la paz internacional y para Estados Unidos. El autor denomina la “tercera ola” al proceso internacional de transición democrática en 50 países entre 1974 y 1990. Su libro está dividido en capítulos titulados: ¿Qué?, ¿Por qué?, ¿Cómo?, ¿En cuánto tiempo?, y ¿Hacia dónde?

Utilizando datos estadísticos y representaciones gráficas, examina los cambios históricos y aplica una serie de variables a las transiciones democráticas. De esta manera, expone diferentes escenarios posibles y culmina con los obstáculos y oportunidades para la democracia internacional. A pesar de ser un razonamiento mecánico, Huntington propone fórmulas cuantitativas de análisis para conceptualizar los procesos políticos internacionales. En su libro Huntington hace referencia al pensamiento de varios autores, entre ellos a Robert Dahl; Giovanni Sartori y Linz. Para continuar su análisis, Huntington se basa en las dos dimensiones de la democracia de Robert Dahl: competencia y participación. Dahl argumenta que un sistema democrático es uno donde los que toman las decisiones políticas son elegidos por medio de elecciones honestas, equitativas y periódicas dentro de las cuales todos los candidatos tienen la libertad de competir por votos y donde la población adulta tiene la posibilidad de votar? Asimismo, selecciona argumentos presentados por Joseph Schumpeter en su libro *Capitalismo, Socialismo*

y Democracia (1942) donde el autor señala las deficiencias de “la teoría clásica de la democracia”, la cual define como “la voluntad del pueblo” y “el bien común”. Schumpeter maneja “otra teoría de la democracia”: el “método democrático”, dice, es el “arreglo institucional para la toma de decisiones políticas dentro del cual los individuos adquieren el poder para la toma de decisiones por medio de una lucha competitiva por el voto del pueblo”. Huntington presenta ambos lados del debate entre la “teoría clásica de la democracia” y “el concepto de procedimiento democrático” y opta por la democracia definida en términos empíricos, descriptivos e institucionales y no utópicos e idealistas. No niega que el concepto de la “verdadera democracia” debería abarcar aspectos más idealistas como: libertad, igualdad y fraternidad, el poder efectivo del ciudadano sobre la política, un gobierno responsable, honestidad y apertura en la política, decisiones informadas y racionales, participación y poder equitativo, y varias otras virtudes cívicas; sin embargo concluye que las normas subjetivas no son útiles para analizar el tema. Esta lógica, aplicada a las ciencias sociales en Estados Unidos durante esta década, guía su investigación y las propuestas derivadas de ella. De esta manera, Huntington se vuelve a ubicar dentro de la vertiente más clásica del realismo político estadounidense.

El final de la Guerra Fría y el choque de civilizaciones: la década de 1990

En el verano de 1993, la revista *Foreign Affairs* publica el artículo “¿El Choque de Civilizaciones?” de Samuel P. Huntington, el cual genera más discusión que ningún otro desde el famoso artículo del diplomático estadounidense George F. Kennan, declarándole la guerra a la Unión Soviética en 1947. Este artículo se presenta como pregunta, y a manera de respuesta, en 1996 publica un libro titulado *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. En un ambiente de cambios internacionales importantes de post Guerra Fría, de complejas interrogantes sobre el nuevo orden internacional y de grandes debates teórico-conceptuales, presenta su libro como un paradigma alternativo al de la “política de

poder”. Al proponer que los nuevos conflictos ya no son entre Estados sino entre civilizaciones, Huntington plantea la tesis que el origen del conflicto social en este nuevo mundo no es ni ideológico ni económico sino “cultural”. El Estado Nación seguirá siendo el actor central en las relaciones internacionales pero los conflictos se darán entre naciones y grupos de diferentes civilizaciones. Razonando por analogía con la conciencia de clases, sostiene que las tendencias de cada bloque serían las de llegar a una mayor “conciencia” de civilización y buscar así aumentar el poder como bloque. Asimismo, las quiebras o fallas entre las civilizaciones conformarían los frentes de batalla entre civilizaciones.

El choque de civilizaciones sería, de acuerdo a su teoría, la amenaza más grande para la paz mundial, y un orden internacional basado en una teoría de civilizaciones sería la mejor medida preventiva en contra de la guerra. El autor identifica a siete o posiblemente ocho civilizaciones: occidental, confuciana, japonesa, islámica, hindú, eslávica ortodoxa, latinoamericana, y posiblemente africana. Esta división del mundo es, por supuesto, arbitraria y cuestionable. ¿Por qué diferenciar América Latina de Occidente, por ejemplo, cuando ambos tienen un fuerte origen europeo occidental con un marcado antecedente histórico indígena? Asimismo, se puede argumentar sobre cada una de las categorías establecidas por el autor.

En *Choque de Civilizaciones* adelanta su tesis sobre la nueva amenaza a la identidad estadounidense, la cual se está transformando cada vez más en una sociedad pluriétnica y racialmente diversa. Si en el pasado Estados Unidos incorporó exitosamente a millones de inmigrantes de numerosos países a su vida ciudadana fue porque éstos se adaptaron a una cultura predominantemente europea y adoptaron el credo americano de libertad, igualdad, individualismo y democracia. Advirtió que si esto no sucedía, entonces existiría la posibilidad de un choque de civilizaciones interno, Huelga decir que su paradigma de civilizaciones sigue siendo fuertemente criticado por círculos intelectuales a través del mundo. Uno de los argumentos más debatidos por sus

detractores es el declive de la civilización occidental. Apoyándose en mapas del mundo en 1920, 1960 y 1990 describe, con cierto lamento nostálgico, las transiciones en el mundo y muestra gráficamente el declive de la dominación mundial estadounidense. Tomando en consideración la tendencia de escritores que, después del derrumbe del imperio soviético, se pronunciaron por el inevitable e inminente declive del imperio estadounidense, su postura no sorprende. Existe un pesimismo en la perspectiva huntingtoniana, al estilo del darwinismo social, que plantea el peligro de que Occidente sea dominado por otros si no fortalece sus valores. El autor señala que el multiculturalismo de Estados Unidos es la base de su declive y aboga por una política para proteger las tradiciones y valores anglosajones y reafirmar así su identidad y preservarla contra los embates de sociedades no occidentales. A pesar de las críticas, el autor reta a sus detractores con un artículo posterior titulado «¿Si no civilizaciones, entonces qué?»⁴ donde argumenta que a pesar de las numerosas reacciones a su artículo, ningún autor ha presentado una contrapropuesta viable.

Para justificar cualquier margen de error en su tesis, cita a Thomas S. Kuhn respecto a la estructura de las revoluciones científicas, donde dice que para que una teoría sea aceptada como un paradigma, ésta debe explicar los hechos mejor que sus competidoras aunque no tiene que explicar, necesariamente, todos los hechos que se le presentan. Si el mundo funcionó por cuarenta años bajo los parámetros de un paradigma simplista, como lo fue el de la Guerra Fría (Este versus Oeste), argumenta, y aunque este no respondió a todas las 'anomalías' que ocurrieron, fue un esquema valioso para el análisis de las relaciones internacionales. El mapa del mundo como se presenta en su artículo es un intento por establecer los elementos de un paradigma de post-Guerra Fría y que, según dice, sus críticos no pueden reemplazar por otro. Aunque su planteamiento demuestra cierta creatividad, su llamado «paradigma» demuestra lo contrario. En éste, presenta un marco conceptual para el examen y el diseño de las relaciones internacionales contemporáneas, apoyándose en los cimientos más clásicos de la realpolítica:

el poder bajo esta óptica, presupone por analogía que todas las civilizaciones tienen necesariamente tendencias colonizadoras que buscan aumentar su poder. Asimismo, el papel de las grandes civilizaciones es mantener un equilibrio del poder. Recomendaba que Occidente debe adquirir una profunda comprensión de otras civilizaciones para poder coexistir con ellas. Esto no es nada nuevo: el concepto de "coexistencia pacífica", que fue el principio utilizado como estrategia durante la Guerra Fría, no cambia en esencia el paradigma de la lucha por el poder. Una cosa queda clara en su trabajo y es que sigue siendo un defensor perseverante de los principios del realismo político.

Las tesis de cultura e identidad política: el siglo XXI

En este siglo, Huntington escribe varios textos basados en el concepto de identidad y cultura y publica en 2001 *Culture Matters: How Values Shape Human Progress* con Lawrence Harrison. En éste, analizan el por qué algunos países y grupos étnicos se encuentran en mejores condiciones que otros y el papel que desempeñan los valores culturales en construir el comportamiento político, económico y social de un país. Basándose en causas culturales, estos dos autores discuten el por qué a principios del siglo XXI el mundo está más dividido que antes entre ricos y pobres y entre los que viven libres y oprimidos. Esta compilación de 22 ensayos de académicos, periodistas y expertos en negocios internacionales es el resultado de un simposium auspiciado por la Academia de Estudios Internacionales y Regionales de la Universidad de Harvard, de la cual Huntington es director.

En 2005 publica *Many Globalizations: Cultural Diversity in the Contemporary World* con Peter L. Berger, el cual trata el tema del poder y las consecuencias inesperadas de la globalización. El libro se basa en la hipótesis de que existe una emergente cultura global y que a pesar de que la globalización tiene sus orígenes y contenido en Estados Unidos, no es una fuerza central dirigida por el imperialismo clásico. Presenta un estudio del impacto cultural de la globalización en ciudadanos de diez países distintos en los cinco continentes; la

participación en una economía global con valores y estilos de vida propios; y las ‘sub-globalizaciones’ que unen a diversas regiones. Sin temor a cuestionamientos de su supuesta neutralidad como investigador académico de una de las universidades más prestigiadas del mundo, lanza al mercado en 2004 su último libro individual *Who Are We? America’s Great Debate* y se vuelve a exponer a las críticas internacionales. Con el ataque a las Torres Gemelas y al Pentágono del 11 de septiembre de 2001, el politólogo cree comprobar su tesis previa de choque de civilizaciones. Identifica al Islam como el enemigo exterior y se refiere al migrante mexicano como al enemigo interno de Estados Unidos. En este libro reitera su propuesta de varias décadas en el sentido de renovar, reforzar y resguardar aquellos nobles intereses de los colonos fundadores de Estados Unidos. La mayoría de los estadounidenses, expone el autor, ven este credo como un elemento importante de su identidad nacional: el idioma inglés, el cristianismo, la devoción religiosa, los conceptos anglosajones de la supremacía de la ley, incluyendo la responsabilidad de los gobernantes y los derechos individuales, la ética de trabajo, los valores protestantes (el individualismo, entre otros), y la creencia en que los seres humanos tienen la habilidad y el deber de crear un Cielo en la tierra. La degeneración nacional -producto de la erosión de la identidad nacional a raíz de la migración masiva primordialmente hispana, el bilingüismo, el multiculturalismo, la devaluación de la ciudadanía y la desnacionalización de la elite estadounidense- parece ser un futuro aterrador para el autor y trata de prevenir que esto no debe suceder. De un pragmatismo exacerbado cae en una utopía e idealismo doctrinario y cree que la transformación de Estados Unidos en un país bicultural y bilingüe terminaría con éste, tal y como se le ha concebido desde hace trescientos años. Existe solo un «sueño americano», argumenta, el que fue creado por pioneros del siglo XVII y XVIII, mayoritariamente blancos, anglosajones y protestantes, con un credo político común enraizado en esa cultura. Advierte que Estados Unidos es incapaz de enfrentar las numerosas olas migratorias sin sufrir daños irreparables e irreversibles en su

tejido cultural fundador. Su solución es, específicamente, controlar y, de ser posible, parar esta continua y creciente migración mexicana y, en general, la migración indeseable para proteger al credo estadounidense de esta amenaza: la no blanca, no protestante y que no habla inglés. Huntington, muestra un marcado distanciamiento científico para ser un analista político formado en la aulas de la Ivy League (grupo de ocho universidades prestigiosas de Estados Unidos), al presentar una visión apasionada y cargada de prejuicios sobre la migración mexicana. Le agrega a una supuesta amenaza exterior a Estados Unidos la amenaza interior que, por ser un fenómeno que ocurre dentro de sus fronteras, se vuelve mucho más peligrosa. Señala que las diferencias entre mexicanos y anglosajones son irreconciliables dado que los valores son diferentes y advierte que esto producirá “choques” culturales.

El planteamiento de Huntington está plagado de contradicciones. Entre ellas que estadounidenses comunes, donde su ubican la mayoría de los migrantes, serían menos patrióticos que la elite liberal. Solo hay que detenerse a ver los nombres y antecedentes de los caídos en las últimas guerras encabezadas por Estados Unidos en este nuevo siglo. “Argumentar que solamente existe una cultura estadounidense es minimizar la riqueza multicultural que ha coexistido en Estados Unidos desde su fundación. Asimismo, aclamar a la religión protestante como dominante también minimiza su diversidad religiosa. Es incorrecto sostener que la identidad estadounidense fue formada mayoritariamente por anglosajones protestantes. Al contrario, lo que destacó en esa época fue la diversidad que unió esta nación. Por ejemplo, «la iglesia de Inglaterra se convirtió en la Iglesia establecida del Estado de Virginia, los Puritanos fueron la iglesia establecida del Estado de Massachusetts; Nueva York y Nueva Jersey fueron fundados mayoritariamente por holandeses, los católicos fueron un grupo importante en el Estado de Maryland, el Estado de Rhode Island fue fundado por Bautistas, y en el Estado de Pennsylvania predominaron los ‘cuáqueros’ alemanes e ingleses». Lo criticable de la posición de Huntington es que un catedrático de su nivel debe conocer en detalle la historia

religiosa de la fundación de su país y sin embargo no la incorpora en su argumento. El historiador mexicano Enrique Mauze comenta sobre la tesis huntingtoniana de la siguiente manera: “Los factores diferenciales que advierte en esta ola migratoria con respecto al pasado son, en términos generales, ciertos: la contigüidad entre ambos países -abismalmente desiguales- explica la enorme escala del fenómeno, la condición de ilegalidad en la que viven millones de migrantes tampoco tiene precedentes”. Advierte, además, que “aunque señale conflictos reales, falla como diagnóstico... y tomado al pie de la letra, justifica acciones políticas muy peligrosas”. Su tesis ha despertado amplias y numerosas controversias en México. La politóloga mexicana Denise Dresser, refiriéndose al trabajo más reciente de Huntington, dice: «es un ejemplo de la ciencia social que se pone al servicio de la política, del análisis prejuicioso disfrazado de artículo académico, de la intolerancia que produce resentimiento y lo cosecha». Lorenzo Meyer, historiador mexicano, reflexiona diciendo: “La parte prescriptiva de este último libro de Huntington es el aislamiento relativo de Estados Unidos y de sus aliados de Occidente, pues esa es la mejor manera de mantener su supremacía económica, militar y política... la cual refleja la naturaleza y evolución del pensamiento brillante pero conservador y elitista del profesor Huntington. Carlos Fuentes responde al artículo diciendo que “presentar a los Estados Unidos como un gigante tembloroso ante el embate español, no es más que una táctica de miedo al otro, tan favorecida por las mentalidades fascistas”. Las afirmaciones de Samuel P. Huntington sobre la «baja calidad» de los migrantes que van a Estados Unidos y su presunta resistencia a la integración cultural parecen extrañas e insostenibles, afirman especialistas en el tema de migración como Wayne A. Cornelius.” Asimismo, Krauze cuestiona la óptica del autor, postulando que “admira el férreo individualismo estadounidense” pero no tiene ojos para ver la durísima aventura personal de los emigrantes.

En respuesta a las críticas, Huntington se queja de que las reacciones sobre su libro están sustentadas en descalificaciones y aun más, en la difamación: “han dicho de mí y de mi artículo “chauvinista”, “nativismo europeo”, “racista” y “xenófobo”, calificativos que no deberían tener cabida en *Foreign Policy*”. Pero su postulado de presentar el estereotipo *waspy* como el que debe predominar en la sociedad estadounidense es inquietante en dos sentidos. Primero, porque a raíz de un enfoque prejuicioso establece estereotipos y patrones culturales que realzan las virtudes de un grupo por encima de otro, fomentando un odio entre culturas. Segundo, al empeñarse en buscar defectos en las otras culturas para sustentar sus tesis no toma en consideración los beneficios de la diversidad cultural y rechaza, de una manera conservadora y reaccionaria, la realidad de los crecientes flujos migratorios como resultado de las fuerzas en expansión.

Al caer en el sentimentalismo nostálgico de su última tesis cultural —debilidad académica tan criticada por Huntington en investigadores liberales— y la ilusión de una nación *waspy* idealizada por sus colonos fundadores, se desdice de su pretendido análisis realista. Sin embargo, al incorporarse a la gran maquinaria de la producción masiva del capital de las grandes corporaciones, su función como intelectual pragmático sigue intacta. Huntington representa la élite académica corporativa de Estados Unidos en su máxima expresión. Expresa de manera fiel la ideología realista estadounidense de estos tiempos e incita, para bien o para mal, al investigador a hacer un análisis de la yuxtaposición de la política doméstica y la política exterior de Estados Unidos. Huntington, más de medio siglo después de su primer libro, continúa siendo una lectura obligada para los estudiosos de las relaciones internacionales contemporáneas. Firme protector de su anhelado “sueño americano”, Huntington parece siempre soñar en blanco y negro y, por supuesto, siempre en inglés.

A propósito de choque de civilizaciones de Samuel Huntington

Ahora más que nunca se manifiestan los movimientos internacionales de resistencia y reivindicación cultural y étnica por todo lo largo y lo ancho del planeta despertando y cobrando con creces lo arrebatado.

Tal apreciación, posiblemente precipitada y superficial de la realidad internacional podría rápidamente hacer pensar que estamos en los albores de un enfrentamiento étnico, cultural sin precedente en la historia de la humanidad. Esta es la conclusión a la que ha llegado el profesor titular de Ciencia del Gobierno de la Universidad de Eaton y director del Instituto John M. Oil para Estudios Estratégicos Universidad de Harvard, Estados Unidos, Samuel Huntington, en su ensayo "¿Choque de civilizaciones?" publicado el verano de 1993 en la revista norteamericana *Foreign Affairs*.

El autor de *El Soldado y el Estado* (1957) y *La Defensa Común* (1961). Y, que llegaría a ser director de Planificación del Consejo de Seguridad Nacional bajo el gobierno de Jimmy Carter. Afirmar en su texto que:

"la principal fuente de conflicto en un nuevo mundo no será fundamentalmente ideológica ni económica, el carácter tanto de las grandes divisiones de la humanidad como de la fuente dominante de conflicto será cultural" sus argumentos principales son los conflictos desatados en los últimos tiempos, donde el rasgo cultural está siendo usado como bandera de lucha.

Es bien importante recalcar que conflictos de origen étnico-culturales se han registrado a lo largo de la historia humana, desde el inicio de las primeras civilizaciones, y siempre han sido elementos considerables en las conflagraciones que conocemos. Ciertamente los aspectos étnicos-culturales tienen un peso importante en todas las relaciones de los hombres y las mujeres, la cultura viene a determinar nuestra concepción de la realidad y nuestros patrones de comportamiento generalmente. Y siempre han sido importante en las relaciones de poder en la humanidad. No es dudable la importancia de los aspectos culturales en las relaciones entre una u otra sociedad, pero son otros elementos los que bien han causado y posiblemente causarán los conflictos.

Lo que Huntington en su artículo trata de ignorar, o bien nos presenta como omisión, son las causas reales de los conflictos que menciona en su texto. Así mismo omite las causas históricas que habrán de generarlos.

Porque si bien es verdad que la bandera de la reivindicación cultural esta cada vez siendo mas usada, no es la causante principal del derramamiento de la sangre alrededor del mundo. Hasta la fecha uno de los conflictos que mas podríamos vislumbrar como conflicto propiamente cultural y/o religioso podría ser Las Cruzadas, cuando Europa declaraba la Guerra Santa a los "infeles" - muy parecido a la declaración Homologa de la "Yihad", sino bien en términos de motivos, si bien de naturaleza. Las cruzadas tenían como eje principal la reconquista de la Tierra Santa, enclave occidental, que ha servido históricamente a los intereses occidentales en las tierras rodeadas por el pueblo Musulmán. Las Cruzadas eran guerras santas, convocadas bajo la bandera de la cultura, sin embargo eran verdaderas empresas económicas imperialistas que estaban motivadas esencialmente al saqueo, conquista y captación de esclavo, así como enriquecimiento de la "Santa Madre Iglesia. Semejante empeño hizo que Urbano II, su "Santidad" convocara un ejército civil de mujeres, niños, de casi un millón de personas en 1095, de los que pocos sobrevivieron.

Es así como damos una ojeada a cualquier conflicto histórico o contemporáneo y fácilmente podemos intuir que sus verdaderas causas no corresponden a diferencias culturales, ni étnicas, sino a reivindicaciones históricas, necesidades económicas o luchas ideológicas.

Son las luchas materiales y no las diferencias (aunque juegan un papel predominante) las que impulsan a los pueblos del mundo a movilizarse, y son las que impulsan el fundamentalismo islámico

o las guerrillas indígenas, o los movimientos separatistas o la resistencia iraquí en Irak, o la Intifada, o simplemente lo que motivó a los Boxers, o a los gavilleros a luchar.

No me niego a pensar que las diferencias étnicas culturales y/o étnicas son pilares importantes de las sociedades, y que es posible que puedan esgrimirse en una lucha o conflicto, sin embargo estas "diferencias" persé no son capaces de originar conflictos bélicos considerables en la mayoría de los casos.

El análisis de "Choque de las Civilizaciones" es un análisis simplista que trata de persuadir de buscar las verdaderas causas históricas de los conflictos que puedan y que están ocurriendo. Sería también un intento por justificar un nuevo modelo de relaciones internacionales basadas en la agresión de un bloque (occidental) hacia todo el mundo conocido. Sin embargo ahora es preciso señalar algo más profundo todavía, que resultaría en palabras de Wallerstein la diferencia que existiría entre civilización en singular, y civilizaciones en plural. Porque es el concepto en singular acuñado durante la Ilustración, lo que pudo desencadenar el proceso largo de imponer la "ideología occidental" a lo largo del mundo y que como respuesta a esto surgiría el famoso "choque de civilizaciones" de Huntington, que no sería más que las respuestas de las "civilizaciones" a la imposición histórica de una concepción del mundo.

El mundo occidental ha sido desde sus inicios etnocentrista, y se dedicó por muchos siglos (proceso que no ha terminado) ha imponer su visión de la realidad y en consecuencia su "Civilización". Este proceso tiene sus orígenes tal vez durante los inicios de la conquista y habría de propagarse por los siglos de los siglos hasta la Globalización del occidentalismo de nuestros días.

El mejor ejemplo de la imposición occidental - y occidental desde el punto de vista de la clase dominante en Occidente - es el símbolo de la religión ortodoxa rusa, que consta de una cruz sobre la media luna islámica, como símbolo del triunfo occidental sobre la "barbarie" musulmana en Asia.

Pero son las "civilizaciones" que surgieron, según Wallerstein: "como una defensa contra los estragos producidos por la civilización (en singular)" las que ahora ve chocar Huntington, sin observar que sus conflictos son totalmente reivindicativos, y no espontáneos.

Como siempre el balance de poder de las civilizaciones ha sido desde hace mucho tiempo el dominio de la clase dominante occidental, y de los valores, principios, conductas, occidental. Evidentemente tal larga supremacía es cada vez menos poderosa por el gran movimiento de resistencia que se está gestando y los cambios en el poder económicos y políticos que podrían producirse en el futuro. Aunque es importante recalcar el avance de la "Globalización Occidental de la Producción y la Miseria" que está imponiendo modelos netamente occidentales, sin embargo a mayor acción, mayor reacción.

Actualmente los únicos factores que podrían obstaculizar las relaciones entre las civilizaciones (que cada vez se estrechan) serían las relaciones de dominación existente dentro del sistema mundo actual, donde la información es cada vez más accesible a las mayorías y existe un gran sistema de telecomunicaciones que favorecen el intercambio diario de diferentes culturas y a una cada vez mayor conciencia de el mundo global.

Las relaciones de poder existentes entre las civilizaciones y la posibilidad de resistencia a ese dominio, podrían ser la causa fundamental para nuevos conflictos y obstáculo principal para la convivencia pacífica de las civilizaciones, y no simplemente las múltiples diferencias entre las civilizaciones, que son a la postre quizá el mayor patrimonio de la humanidad.

H. Galvan